

ALEJANDRO PATERNO

NÍNAY

(COSTUMBRES FILIPINAS)



MADRID

IMPRENTA DE FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

1885

N Í N A Y

ALEJANDRO PATERNO

NÍNAY

(COSTUMBRES FILIPINAS)



Imprenta de Fortanet

MADRID

IMPRENTA DE FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

1885

B ~~10~~ // 1 1 1 37

ANW

Traducción:

A mi querido padre.

Pedro Alejandro Molo Paterno

INTRODUCCIÓN

En 18... el cólera hacía estragos en *Manila*. A montones se arrojaban los cadáveres en las fosas. El camino del cementerio, en otras épocas tan solitario, era entonces el sitio más concurrido. A pesar de los amistosos consejos y de las prohibiciones oficiales, los parientes y amigos acompaña-

Manila. (La insigne y siempre leal, y la muy noble ciudad de), capital del archipiélago filipino y sus inmediaciones, tiene alrededor de 400.000 habitantes.— « En esta población numerosa se presenta »verdaderamente un mundo cuya vista sorprende al »que llega por primera vez al país, y nunca lo considera bastante estudiado el hombre pensador. Hállase

ban á la última morada los restos de las personas queridas.

Una tarde en que salía yo de una casa infestada por el mal asiático, ví, camino del cementerio, á un débil anciano que casi se arrastraba, agobiado más que por los muchos años, por su inmenso dolor.

Afligido ya por las recientes escenas que acababa de presenciar, me impresionó doblemente aquella figura abatida y solitaria, aquel rostro pálido, coronado de blancos cabellos, aquel andar á paso lento y penoso trás un pequeño féretro que llevaba con indiferencia el sepulturero.

»éste rodeado de chinos, tagalos, visayas, pampangos, »americanos, españoles, ingleses, franceses, alema- »nes, etc.; pues casi no hay pueblo que no tenga algu- »nos individuos en Manila.»

(*Diccionario geográfico-estadístico-histórico de las islas Filipinas*, por Fr. Manuel Buzeta, t. II, pág. 243.)

Movido de compasión me acerqué al anciano desconocido y le ofrecí mi brazo; en él se apoyó sin advertir lo que hacía, ¡tan preocupado estaba su espíritu! Y sólo al llegar á la puerta de la fúnebre mansión, como despertando de su letargo, levantó hacia mí sus tristes ojos, y con acento de gratitud me dijo:

—Viva V., feliz joven, muchos años y más que yo; al fin de la jornada encontrará otro que le prestará el mismo servicio que acaba de prestarme ahora.

Sorprendiéronme estas palabras, dichas con tanta seguridad y firmeza, que llegaron á lo más profundo de mi corazón, donde las conservo para que sean manantial perenne de generosas acciones.

Llegamos á la fosa preparada, y al cubrir la tierra el pequeño ataúd, el viejo, bajo el peso de su pena, cayó desmayado en mis

brazos, murmurando:—Era mi único consuelo, ¡cuán sólo estoy!

Prestéle cuantos socorros necesitaba para que volviera en sí, lo que pude conseguir después de algún tiempo. Le conduje por la vereda, y cuando estábamos algo distantes de aquel lugar que tanto le afligía, le hice sentar en un banco para que se repusiera de la fatiga.

En esto se abrieron de par en par las grandes puertas del cementerio, dando paso á un féretro lujoso, seguido de gran número de hombres y mujeres que lloraban amargamente.

Ora por curiosidad, ora por distraer al anciano, dije:—¿Quién será esa opulenta persona que tantas lágrimas hace verter?

—¿Es V. forastero acaso, que no conoce á la hermosa Nínay?

—Como si lo fuera; partí de niño á la otra orilla del mar, y después de larga ausencia vuelvo á pisar esta patria querida. Mas, ¿quién es esa Nínay?

—La más virtuosa, cuanto la más desgraciada joven de Manila.

—Mucho le agradecería á V. me contara su historia que debe ser interesante, pues tan sentida es su muerte.

—Mi débil memoria no recuerda sus pormenores. ¿Conoce V. á doña Margarita Buísan?

—No la conozco.

—Nínay es sobrina suya y en su casa se celebra el *Pasiám*; allí, si gusta, puede ver satisfecha su curiosidad. Un amigo mio le presentará á V. á esa señora.

Conviene explicar al lector lo que es un *Pasiám*, antigua costumbre filipina.

Cuando fallece alguno, su familia recibe

donativos para sufragar los gastos del entierro. Ningún pariente ni amigo olvida esta obligación; el que no puede hacerlo en metálico lo realiza en especies, y si tampoco así le es posible, en servicios personales. La casa del difunto no puede cerrarse durante los primeros nueve días, pues acuden á ella todos los amigos y parientes, ya vivan cerca, dentro de la población, ya lejos, en las provincias.

Es indudable que el dolor se reproduce con más intensidad en las sombras de la noche; por esto á la caída de la tarde los amigos se citan en la casa mortuoria para distraer á la familia apenada. Acompañanla en sus rezos y luego se reúnen en círculos para contar los actos laudables del difunto, la historia de nuestras islas, los cuentos y leyendas y las mil poesías que consuelan el espíritu. A media noche todo concluye

con la cena acostumbrada, retirándose luego los concurrentes á sus respectivos hogares si son de la comarca, y á las habitaciones de la casa mortuoria si son forasteros, y los que no caben en ella se alojan en las de los amigos.

El conjunto de lo que se hace en estos nueve días es lo que llamamos *Pasiám*.

Aproveché este recuerdo para poner en manos del anciano algunas monedas, y ayudándole al mismo tiempo á levantarse del asiento, le dije:

—Como filipino y amante de nuestras costumbres, reciba V. mi donativo, pues que acaba de sufrir una pérdida irreparable, y nos une amistad desde ahora.

Pasiám. Costumbre antigua que también se encuentra en Europa, por ejemplo, en algunos pueblos de Santander, Bretaña, Irlanda, etc.

—Gracias, generoso joven, — me dijo:— ¡bienaventurado el espíritu que le guía! atraiga sobre su cabeza la abundancia de la fortuna.

Hablando así, nos alejamos del cementerio, y el pobre viejo, muy solícito, antes de ir á su casa, me llevó á la de su amigo para que éste me presentase aquella misma noche á doña Margarita.

El amigo, persona simpática y complaciente, accedió gustoso á realizar mi deseo, y siendo ya tarde, se vino conmigo, á fin de llegar á las primeras ceremonias del *Pasiám*. Dejamos al anciano en su casa, de quién me despedí con pena, prometiéndole mis frecuentes visitas, y partimos presurosos.

PRIMERA NOCHE

DEL

PASIÁM

Una habitación espaciosa, profusamente iluminada; preciosos paisajes de litografía con sencillos marcos colgados en las paredes; canapés, sillas y bancos alrededor, y una gran mesa en el centro llena de fiambres, frutas y dulces, fué lo primero que ví al entrar en la casa de doña Margarita Buísan. Esta primera habitación, especie de antesala donde suelen reunirse las familias para resguardarse del ardiente calor se llama en Filipinas la *caída*. Frente á la

puerta de entrada había otra que comunicaba con el salón, donde se hallaban orando, arrodillados delante de un altar, la familia de la difunta y todos sus parientes y amigos.

Acabado el rezo fui presentado á la señora de la casa, y por mi buena suerte hallé entre los concurrentes á muchos de mis amigos y en un grupo á varios europeos.

Como llevaba la imaginación agitada por las impresiones recibidas en el cementerio, les conté lo que había visto y rogué me refiriesen la historia de la finada.

Un joven indio, conocido en la localidad por su fácil y abundante frase, se prestó gustoso á referirla. Varios de los concurrentes que la ignoraban también, entre ellos los europeos que habían acudido allí sólo para el estudio de las costumbres ta-

galas, formaron conmigo un círculo para oír el relato.

Taríc, que tal era el nombre del joven indio, con voz clara y dulce se expresó de este modo:

*
* * *

A la margen derecha del *Pásig*, cerca de tres kilómetros de Manila, levántase el pintoresco pueblo de Santa Ana; en él vivía Antonina Milo y Buísan, llamada por su familia Ninay, joven de diez y ocho años acariciada por la belleza y la fortuna, cuya frente purí-

Pásig. Este río tiene su origen en la gran laguna de Bay, y recorre unas seis leguas hasta desembocar en la bahía de Manila, á los 124° 37' 40'' long. y 14° 35' 38'' lat., bañando y enriqueciendo con su caudalosa corriente numerosos pueblos que se levantan en sus riberas. Es navegable con vaporcitos y pequeñas embarcaciones.

sima besaban dos seres como único altar de sus amores.

Sus padres D. Evaristo y doña Carmen, rodeábanla de satisfacciones, complaciéndola en sus más insignificantes caprichos, con la solicitud de dos almas que há diez y nueve años se unieron y cuya luna de miel aún no se había ocultado; pues ni el más ligero soplo de disgusto han sentido, ni nubecilla alguna que les velara un instante la dicha, ha pasado por el cielo de su hogar. Todos sus deseos se cumplían, á no contar con el de tener un hijo varón, que acompañara á Nínay y perpetuase el nombre de la casa.

D. Evaristo había nacido en el laborioso arrabal de *Santa Cruz*; y era hombre instruído y perito en el comercio. Su padre D. Enrique

Santa Cruz. El arrabal de Santa Cruz es la residencia de las principales y antiguas familias indias, y en donde se encuentran los más afamados pintores, escultores y plateros del país.

Conocidos son los nombres de D. Mariano de Jesús,

le había infundido amor al trabajo. Así, aunque generoso y lleno de caudales, gustaba de administrar por sí mismo sus bienes y de proseguir las tareas comerciales que había planteado con tanto éxito su antecesor.

En uno de los viajes á sus posesiones de Nueva-Écija, vió á doña Carmen Buísan ó como la llamaban sus convecinos la *estrella de Mapisong*, joven india de escultural figura

doña Felisarda Devera Ignacio y D. Ciriaco Gaudinez (en platería), y D. Lorenzo Guerrero (en pintura), y D. José Flameño y la Sociedad de Escultores, cuyos primorosos trabajos han sido celebrados con tanto encomio en las grandes exposiciones de Filadelfia (Estados-Unidos) y de Amsterdam (Bélgica).

Mapisong, monte riquísimo en minas de hierro y carbón de piedra.

«En las diversas islas y provincias de que consta el archipiélago, pocas de aquellas ni de estas se encuentran que no suministren oro, porque casi todos los ríos lo arrastran con sus aguas, de las que se saca por loción: en particular abunda mucho en las provincias de *Caraga*, de *Misámis*, de *Nueva-Écija* y en el pueblo de *Gapang*.

»El reino mineral es más rico en Filipinas que en

y arrebatadora mirada, nacida á orillas del aurífero *Gapang*.

»ningún otro punto conocido; en él se encuentran
»multitud de minerales y metales de varias especies,
»sobre todo con abundancia los dos más esenciales al
»hombre en la clase de metales, como son el oro y el
»hierro.»

«Los sitios más ricos en oro son *Benguet, Suguk y*
»*Apayao*, en el *Carballo; Paracale y Mambulao*, en la
»provincia de *Camarines, Norte; Pigtao y Pijoluan*,
»en la de *Misamis* y en las montañas de *Caraga* y de
»*Cebú*. En la isla de *Mindanao* abunda tanto este pre-
»cioso metal, que los indios á falta de numerario, lle-
»van habitualmente saquitos de oro en polvo, del que
»se sirven, no sólo para hacer sus compras, sino tam-
»bién para sus apuestas en las luchas de gallos, á que
»son sumamente aficionados: al empezar la lucha to-
»man de su saquillo con las puntas de los dedos una
»cantidad mayor ó menor, según la apuesta que quie-
»ren hacer, en favor de tal ó cual animal. Se asegura
»que podría hallarse oro en todas las provincias de
»este archipiélago, si se tomase cualquiera el trabajo
»de buscarlo.»

Buzeta, *Diccionario* pág. 21.

Gapang, río celebre por la calidad del oro, á 22 quilates, que arrastran sus aguas.

D. Evaristo se enamoró apasionadamente de aquella singular hermosura y á los siete meses de relaciones, se unieron en feliz matrimonio.

Desde entonces aquella joven modelo, cuidada en las soledades de un pueblo, fué también modelo de esposas entre las agitaciones de una ciudad; orgullosa de haberse casado con D. Evaristo, estudiaba continuamente el modo de agradarle. ¡Cuántas solicitudes por mantener viva la llama de su primer amor! ¡Cuántos sacrificios y caricias por cuidar aquella flor nacida al primer murmullo del himno de sus amores: Nínay!

*
* *

Una aurora que sólo se deja entrever, y ligeramente al través de nuestras montañas, bordaba con inimitables colores deliciosa mañana.

Ninay estaba en el jardín, ocupada en sus faenas cotidianas; la dicha animaba su rostro; cantando alegre se dirigió á una jaula y abrió la puerta.

El pájaro encerrado, que era un *tipol*, salió

«**Tipol** es un pájaro ó grulla de la altura de dos ó tres piés, que cuando está enseñada á ello, brinca y baila á compás con mucho gracia con sólo jalearle ó tocarle un instrumento. Es cosa muy digna de verse.»

(Informe sobre el estado de Filipinas, por Sinibaldo de Más, t. 1, Animales, pág. 4.)

«Vì aquí una grulla que tendría como tres palmos de alto, el pescuezo, y pico largo en correspondencia con los piés, y cerca de la cabeza tenía como vn collar de grana hecho de la misma pluma, y haciendole vn Indio el son con vna caña, baylaba al son de ella dando grandes bueltas en el Pátio, sin perder jamas el compas, moviendo los piés vnas vezes, como con passos graves de la danza, otras como floretas, y tal vez como reverencias cortadas y cabriólas. Y al mismo tiempo batía las alas, acompañando con ellas el movimiento de los piés, y el compas del tosco Instrumento, como quando los Charros de Castilla baylan de Cascabèl gordo, batiendo los brazos con las

inmediatamente, poniéndose á bailar al son de aquella voz que le deleitaba.

En este entretenimiento se hallaba la joven, cuando oyó de improviso la detonación de una escopeta, y sin salir aún de su estremecimiento, vió á sus piés un *láuin* agonizando.

»Castañétas, como quièn và à volàr. Lo mas singular es, que quando se cánsa, se và donde està el Indio, y le hace mil cortesias saltando, y bajando la cabeza, como quien dice que basta, y luego que deja el Indio de tocar, deja de baylàr la Grulla. No hè visto cosa más propria en esta linea, y que cierto en Európa causará admiracion.»

(R. P. Pedro Murillo Velarde, de la Compañía de Jesús, en la Introducción á la Parte Primera de las *Chronicas de la Sta. Provincia de S. Gregorio de las Islas Philipinas*, por Fray Francisco de San Antonio.)

Láuin. (*Halicetus blagrus*. Aguila pescadora. Smith.)

Ave de rapiña de gran valentía y tenacidad. No la ahuyenta el tiro del cazador; vuelve una y tres veces al sitio del fuego á no sentirse herida. De encorvado pico y cortante, patas nerviosas cubiertas de escama, garras de uñas puntiagudas, vista perspicaz y de un plumaje rubio encendido ó variado, blanco y negro. Bate el aire con sus poderosas alas, cerniéndose en

—¿Quién ha disparado el tiro? se preguntó: y miró atónita al jardinero y criada que fijos en ella deseaban formular alguna observación. Cuando Cristóbal, el jardinero, iba á coger el ave de rapiña, Nínay se acordó de

las nubes, desde donde se precipita sobre su presa con la rapidez del dardo; la coge entre sus garras, se eleva de nuevo y suspendiendo su vuelo, *planea* majestuosamente mientras destroza su víctima. Cuando ésta se halla sin vida, baja á posar sobre un árbol elevado, que ha escogido para celebrar su festín. Habita los bosques situados cerca del mar, de los lagos ó de los ríos caudalosos.

Cuéntanse varias especies y la más común en el río Pásig es la llamada *Ierax sericeus* (Gray) LÁVIN-MUNTÍ, de vientre y garganta color blanco argenteado y el resto del cuerpo de un precioso negro bronceado. Se la podría tomar como el símbolo de la fidelidad. En la época de la reproducción, el macho ayuda á su hembra á construir el nido. Esta deposita allí dos ó tres huevos, y mientras los empolla, el macho siempre está cerca de ella, posando en rama próxima, desde donde pasea su vista centelleante, y cuando descubre algún insecto se lanza rápidamente, lo agarra y vuelve otra vez á compartir su presa con la compañera.

los *balicasyào* á quienes había dado libertad.

—Mis pajarillos, Cristóbal, exclamó entre nerviosa y suplicante, temiendo el estrago de otro tiro. Ayúdame á recogerlos. Rosa, alcánzame las jaulas.

Dos *solitarios*, completamente negros, tendieron el vuelo hacia la próxima galería, asustados del ruido inesperado; pero los *culasissi* batiendo sus alas saltaban tranquilos de ramo en ramo del gran *mangal*, bajo cuya pompo-

Balicasyào. (*Dicrourus balicassicus*, Vieill.)

«Creo que el *Baliscayào* es el maestro de capilla de los Pájaros cantores: es negro, al modo de la mirla, pero no tan grande, y su canto más dulce, y para la enseñanza dócil.»

(*Descripción de las Islas Philipinas*, por Fr. Francisco de San Antonio, parte I, lib. I, cap. XII, § 133, pág. 42.)

Culasissi. (*Loriculus Coulaci*, Bonap.)

Especie de papagayos pequeños, tan mansos que se traen en la mano por juguete.

Manga. (*Mangifera Indica*. Manga de Indias.)

«La MANGA es, sin contradicción, la mejor de todas las frutas de Filipinas. Suele tener de largo escasamente un gema. Es algo aplastada y de figura recor-

sa copa se azoraba Nínay, y los *mariacapras*, aún más confiados, cantaban á porfía para apagar el himno de las aguas que salían libres de las cascadas y fuentes.

Nínay y el jardinero, al levantar los ojos, vieron otra *águila pescadora*; pero viva y hambrienta, que, dando sus acostumbrados giros, se disponía á bajar en línea recta para arrebatárles una *cóling*, avecilla que sabía

»vada por la punta, á manera de un corazón; de color
»muy amarillo y de olor bastante fuerte..... El árbol
»que la produce es muy copado y corpulento, y no
»hay quizás en Europa árbol frutal que se le parezca.
»Es mucho mayor que las higueras, algarrobos y no-
»gales.»

(*Historia de los PP. Dominicos en las Islas Filipinas*, por Fr. J. Fonseca. Madrid, 1870, t. I, pág. 20.)

Adviértase que los chinos falsifican la infusión del té con la de las hojas de la manga por sus semejanzas en el color, olor, sabor y condiciones tónicas.

Maria-capras. (*Rhipidura nigritorques*. Bonap.)

Pajarillos semejantes á los canarios mixtos de jilguero, con cola larga y canto más dulce.

Cóling: ave que aprende á hablar. (*Gymnops calvus*, Cuv.) (*Ploceus philippensis*, Bonap.)

articular: Nínay, Nínay. Esta, llena de espanto y terror no pudo decir más que:—¡Dios mío! ¡Pobre *Charing!*—y mientras el jardinero buscaba azorado un objeto con que ahuyentar, se oyó segundo disparo, y el *águila pescadora* dando vueltas cayó sobre el mangal, y con sus aleteos estremecía á la tierna y delicada joven.

El jardinero y la criada corrieron hacia el río, de donde salieron las detonaciones, deseosos de saber quién fuese el que tan afortunadamente había disparado; vieron un apuesto joven con elegante traje de caza, que con el dedo índice derecho en la boca les imponía silencio, mientras que con la mano izquierda mandaba á los remeros alejar la *banca* de la orilla. Cristóbal gritó sin embargo al divisarle:

Banca. (Del ital. *banca*), f. Embarcación pequeña y estrecha usada en Filipinas y construída de un tronco ahuecado, con las dos extremidades agudas,

—¡Oh, es D. Carlos!—mientras Rosa se paró exclamando sorprendida:

—¡Cálle, es el hijo de D. Rodolfo!

—¿Quién es ese D. Carlos?—preguntó Nínay.

—¿No conoce V., contestó la criada, á don Rodolfo Mabagsic que murió hace poco, dejando á su hijo muchísimas tierras y un capital que puede cubrir todo este pueblo?

—Ah, sí,—dijo Nínay como recordando alguna idea olvidada...

En tanto la *banca* se alejaba con rapidez, iluminada por los resplandores del sol naciente, y al tomar el recodo del río, desapare-

muy remangadas y planas por la parte de arriba. Carece de cubierta, quilla, timón y bancadas fijas; suele ir provista de tapancos para resguardo de la intemperie, se gobierna con la pagaya; lleva uno ó dos batargas, amadrinados á los costados, que aseguren su flotación, bancadas de tablas movibles y zaguales en vez de remos.

(*Diccionario de la lengua castellana*, por la Real Academia Española, duodécima edición, 1884.)

ció al compás de los remos y á los dulces trinos de lasavecillas que le despedían desde la copa de un corpulento mangal.

*
* *

El joven, que, con religiosidad suma observa el mandamiento del Decálogo indio: «Ama la virtud por sí misma y renuncia al fruto de tus obras,» porque en verdad, después de haber hecho un bien á Nínay, se ha escondido de ella como si un mal hubiera realizado, iba en una barquilla de caza, larga y estrecha, pintada de verde, para confundirse entre las espigas del arroz, y cortada con habilidad suma para deslizarse rápida sobre las ondas del río ó sobre los tallos de las yerbecillas de los pantanosos *zacatales*. Iba contento

Zacatal, adjetivo. Perteneiente ó relativo al «ZACATE, m., *provincial de Filipinas*. Forraje compuesto de plantas gramíneas.» (*Dicc.* por la Acad. Esp.)

y no cesaba de contemplar su escopeta; acababa de prestarle un servicio por el cual sentía una satisfacción inmensa, mayor aún que las recibidas en todas sus cacerías anteriores. Tenía su pensamiento tan fijo en Nínay, que había olvidado completamente la caza. Sí, había olvidado completamente la caza. Con decir esto, creo haber pintado el éxtasis más puro de que gozaba. Acaso os extrañe y sea difícil comprender semejante expresión si no sois cazadores. Un cazador olvida con facilidad, la oración, sus padres, sus hijos, su patria, en una palabra, todo; pero olvidar la caza, jamás. ¡Oh! era preciso perder la razón como aquel joven, que estando frente y á cortísima distancia de una numerosa bandada de *candurú*, no quiso disparar un tiro. Y ¿por

Candurú, avecilla de muy sabrosa carne, de la familia de las escolopácidas, parecida á las chochas ó becasas *Scolopax* L. Se acerca mucho á la llamada en los alrededores de Madrid *agachadiza* (*Sc. gallinula* L).

qué?... Preguntad á un corazón enamorado.

Los remeros recibieron orden de fondear en *Butín* y allí el joven cazador y su criado saltaron á tierra.

*
* *

Llegó la noche. Nínay, después de haber tomado el té, se sentó en una *perezosa*, larga silla de *bejuco* colocada en la azotea.

Butín. Uno de los embarcaderos del pueblo de *Pásig*, que cuenta alrededor de 30.000 habitantes: situado en terreno llano y á la orilla del río de su nombre, con clima templado y saludable; tiene hermosos puentes y calzadas en todas direcciones, y á ambos lados se ven jardines y huertos en abundancia.

Perezosa. Meridiana ó sofá de siesta. *Chaise-longue* de bejuco.

Bejuco es una enredadera que crece 400 varas y más de longitud, *Calamus Rotang*. Los hay de varias especies y colores, y hasta del grueso de una muñeca.

Calamus mollis = *Bejuco blando*, en tagalo se llama DITAN.

constelaciones que sólo en estos lugares se contemplan reunidas, detuvieron aquel vuelo, y con sobrehumano lenguaje le hablaron de su destino.

Misteriosa melancolía la envolvió toda, y sintió por vez primera un vacío profundo dentro de su sér.

En esto oyó una dulce canción que se aproximaba con el airecillo de las montañas por el lado donde salía la aurora. Sus oídos estaban habituados á aquella melodía, pero nunca la habían conmovido como entonces. La canción era la tradicional *cundimang*, acompañada de arpa, mandolina y flauta, instrumentos populares en las serenatas filipinas.

Pronto la luna creciente, que se ocultaba bajo una nube, brilló en las alturas, é hizo resaltar en la plateada superficie del Pásig, dos bancas iluminadas con farolillos, que parecían guirnaldas de luminosas flores.

Mientras pasaban, Nínay reconoció en una de ellas, á aquella de la mañana, portadora

del salvador de sus pajarillos, oyendo una voz sentida y varonil que apasionadamente cantaba:

Hacia ti camino
con viva atracción;
Nínay mía, apaga
la sed de mi amor.

Tú eres clara fuente
do se mira Dios;
tú eres en mi vida
la gloria y el sol.

Las bancas, siguiendo el paso lento de la corriente, desaparecieron entre los giros del río; pero la canción permaneció vibrando mucho tiempo en los oídos de Nínay, hasta que inquieta, nerviosa, la tocó en el piano y la repitió una y tres veces.

Aquellas palabras apasionadas sorprendieron el corazón, há poco abierto por el espectáculo sublime de los cielos, y cayeron en su fondo como benéfica lluvia, que apagó la ardiente sed del alma.

*
* *

Antes de salir la aurora del día siguiente, cerca de las cuatro de la mañana, Carlos estaba ya de guardián dentro de su barquilla, frente al jardín de Nínay, oculto bajo el follaje de plátanos y cañas que las ondas besaban. Escondido en este lugar sombrío pasó cinco mañanas sin ser notado de nadie y con tal habilidad, que entre *dolontas*, *calachuchis* y *sampaguitas*, observaba todo lo que ocurría

Dolontas, planta: sus flores amarillas son llamadas también rosas del Japón. La infusión de estas flores en agua ó vino es buena contra las calenturas intermitentes. (*Matricaria Chamomilla*.)

Calachuchi, árbol; sus flores son olorosas. La corteza, según el P. I. de Mercado, cura la hidropesía, y según Hernández, es remedio eficaz contra la sarna y empeines. (*Plumiera alba*.)

Sampaguita, f. Flor de Filipinas que se parece

en el jardín. Quiso el acaso que el día anterior viese á las águilas amenazando de muerte

al jazmín por sus pétalos y blancura. (*Dicc.* por la Acad. Esp., 1884.)

Esta planta es conocida de todos los indios; es muy olorosa su flor, y se extiende mucho por tierra; con sus flores solas y sin jabón se lava bien la ropa blanca fina, la cual queda con un olor muy bueno. Se dice en la traducción de Linneo que de las hojas tiernas y las flores hacen los naturales en la India una masilla que, mezclada y comida con el arroz, hace secar la sarna y otras erupciones cutáneas. El agua de la infusión de sus flores es excelente para lavar los ojos inflamados por el calor. Florece en Diciembre. En la lengua tagala se llama *Sampaga*; en Visaya *Capopot* visaya; en Pampango, *Campopot*, *Sampagang Pongso*, *Culatai*, en Botánica, *Nictantes Sambac*. («Diandria»-Monoginia.)

Tallo tendido por tierra, cilíndrico y algo comprimido. *Hojas* opuestas aladas sin impar en número de tres pares. *Hojuelas* escotadas en la base, lanceoladas, aovadas, enteras y lampiñas. *Peciolos propios* muy cortos. *Flores* terminantes, en una especie de panoja de muchas florecitas, monofilo. *Cáliz* en ocho ó nueve partes muy largas y alesnadas. *Corola* hendida en siete ú ocho partes, con el tubo largo. *Estambres* dos. *Estilo* uno. *Estigma* hendido en dos láminas.

un embriagador *ílang-ílang*... y así insensiblemente fué acercándose á la margen del río. Sorprendida de encontrarse en aquel sitio extendió la vista alrededor y vió la barquilla de la serenata, la misma que en la mañana última llevaba al joven salvador de sus ave-cillas; y mostraron sus ojos sorpresa y luego

Ílang-ílang ó **Alangilan**. (*Unona odoratissima*.)

Este árbol se eleva mucho; sus flores son en extremo olorosas, y de las cuales se extrae una embriagadora esencia, famosa ya en la perfumería europea.

Hojas alternas, oblicuamente aovadas, alargadas, enteras y lampiñas. *Peciolos* muy cortos. *Flores* axilares y terminales. Los pedúnculos axilares con una sola flor. *Cáliz* carnoso en tres partes. *Corola* del color del cáliz, de seis pétalos muy largos, lanceolados, muy aguzados y sin formar cucurucho. *Estambres* en mucho número, muy apretados, formando un triángulo equilátero. *Filamentos* cortísimos y gruesos. *Anteras* cónicas. *Pistilos* en número de 13 hasta 16, muy poco más largos que los estambres. *Estigmas* alesnados y encorvados. *Fruto*: los pistilos se convierten en bayas como legumbres pequeñas ovales, cada una con su piececito largo, con tres ó cuatro semillas de figura de lenteja, y separadas con tabiques.

sonrisa los labios, y súpose después, que aquella mirada, aunque inocente y sin arte, fué principio de amor para ella, como para él, hoguera poderosa que le encendió toda el alma.

*
* *

Por aquel tiempo Manila celebraba la semana santa. Semana de rezos, de visitas de iglesias, al par que de espléndidos banquetes con el pretexto de ver pasar las procesiones ¹.

Era Domingo de Ramos y la procesión pasaba delante de la casa de D. Evaristo situada en la calle de Carriedo.

Un joven recién llegado de Hong-Kong, admiraba la religiosidad, el silencio y el orden de los millares de devotos que con velas encendidas en la mano se sucedían unos á

¹ Costumbres españolas del siglo XVI.

otros sin interrupción, confirmando las noticias que había recibido de las magnificencias de las procesiones de Manila ¹.

¹ «Las fiestas religiosas de los alrededores de Manila merecen ser visitadas por el extranjero, aunque no sea más que por ver las numerosas y lindas mestizas é indias que se dan cita por las tardes y noches para lucir sus mejores galas en las calles, festivamente iluminadas y adornadas con banderas y guirnaldas. Su vista es muy agradable para el que acaba de llegar de países malayos. Las indias tienen buena estatura, magnífico pelo negro y grandes ojos oscuros; la parte superior de su cuerpo la visten con una camisa blanca de tela del país; esta camisa es á veces preciosa, de transparente finura y blanca como la nieve. Desde las caderas llevan un vestido de muchos pliegues (saya), cuya parte superior—hasta la rodilla ó menos, según la moda—está cubierta por una sobrefalda oscura (tápis), tan ceñida al cuerpo, que los pliegues de la vistosa saya salen de ella como los pétalos de la flor del granado de su cáliz. Las muchachas apenas pueden dar pasitos cortos, lo cual, unido á su mirada, fija en el suelo, les presta un gracioso tinte de modestia y pudor. Los piés, desnudos, lucen diminutas chinelas bordadas.....

»Unos pantalones y una camisa suelta, ambas prendas de basta guinara, constituyen, con el sombrero, el

Mas cuál no fué su sorpresa y admiración cuando al levantar los ojos vió una bellísima joven que enviaba una sonrisa hacia alguien de la calle.

Siguió la dirección de aquella sonrisa, y sólo pudo distinguir á la muchedumbre que se arrodillaba murmurando oraciones al paso del suntuoso carro del Nazareno. Carlos se confundía entre esta multitud.

Pasada la procesión, el joven preguntó á su compañero:

—¿Quién es el dueño de esa preciosa casa? señalando la de Nínay.

»traje de los indios pobres. Las camisas de los ricos son á veces de costosas telas del país (tejidos finísimos de la fibra de la piña, *Bromelia Ananasa* L.), lisa ó con listas de seda. También las hay de *jusi* (seda de florete china), que no pueden lavarse, y sólo sirven para una postura. El sombrero, llamado *salacot* (un segmento esférico de tejidos indígenas), sirve de paraguas y de quitasol; úsanse algunos de gran valor, con adornos de plata.»

(*Viajes por Filipinas*, de F. Jagor, cap. III.)

—Es mi amigo D. Evaristo Milo, uno de los propietarios más ricos de este país.

—Parece que tiene recepción.

—Sin duda; he visto asomadas á las ventanas las familias más distinguidas de Manila.

—¿Podría ser presentado á ese rico propietario?

—No hay inconveniente, hoy mismo.

—Pero sin anunciarme...

—Aquí hay mucha hospitalidad, no son rigurosas las etiquetas ¹.

¹ En Filipinas se practica mucho la siguiente ley de Manú:

«Que el jefe de la familia no coma ningún manjar sin compartirlo con su huésped: honrar al que visita es el medio de obtener riquezas, gloria, una larga existencia y el Paraíso (Swarga.)»

Las leyes de Manú, III, 72, 80, colocan los huéspedes junto á los dioses.

Se oye con frecuencia en las casas contar á los niños el siguiente pasaje del *Bhâgavata Purâna*, el libro sagrado de los adoradores de Bhâgarad:

«Un rey, después de haber estado dos días sin co-

—Excelente costumbre. El general me esperará; pero mañana le daré la explicación de mi falta.

Subieron los dos amigos á la casa de don Evaristo, y D. Luís Álvarez presentó á Federico Silveyro, hijo del capitalista portugués D. Juan, el hacendado más influyente de Antipolo.

Un traje tan sencillo como elegante, unas maneras llenas de soltura y cortesía, una voz dulce á la vez que varonil, conquistaron á favor del joven presentado la benevolencia de toda la reunión. No pareció ajeno al lujo

»mer ni beber, va á tomar alimento. En aquel instante
 »llegan á pedirle hospitalidad un brahman, un sudra,
 »un hombre con perros hambrientos. El rey les da todo
 »porque ve á Dios en sus huéspedes. No le queda más
 »que agua para apagar el fuego que abrasa sus entra-
 »ñas; se la da á un Pukkasa, diciendo: *No, yo no deseo*
 »*ni la suprema sabiduría, ni el beneficio de no volver á*
 »*nacer: lo que yo deseo es habitar en el seno de todos*
 »*los seres, para sufrir sus males, de manera que ellos*
 »*no los experimenten.*» (Bhâg. Pur., IX, 21, 12.)

de la morada del fastuoso propietario. Doña Carmen le recibió con exquisita finura, y Nínay sin afectación, natural y sencilla, con lo cual debió parecerle más bella y más encantadora. Observó, cómo estos dos ángeles del hogar amaban á D. Evaristo, y cómo le rodeaban de ese profundo respeto que las familias inglesas tributan al representante del árbol genealógico, y cómo también los amigos de la casa querían sinceramente á esta familia, tal vez porque nada hay más grato que ver personas felices. Todas sus observaciones, todo lo que veía se armonizaban con sus deseos. Una joven espiritual, elegante, un nido de amor en medio de un lujo asombroso, oriental...

Para decirlo de una vez, Federico se enamoró de Nínay, y bendijo el capricho que le llevó á visitar el suelo filipino.

Federico, criado en la opulencia, estaba acostumbrado á los placeres; pero joven arrebatado y vehemente, oyó un día describir las

agitaciones terribles de nuestro suelo, y se trasladó á él para recibir las impresiones de las sacudidas que conmueven la tierra y las tempestades que descomponen los cielos; nunca había contado con los terremotos del corazón, con las tempestades del alma.

Con motivo de las procesiones de Semana Santa, Federico vió con frecuencia el ideal de sus ensueños. Gozaba de la vida que se imaginara en la fantasía. A la verdad, oír la voz melodiosa de Nínay; aspirar la atmósfera impregnada de aromas y virtudes que la envolvía; acercarse á la lumbre de aquellos ojos ardientes y apasionados, era vivir en un edén tropical henchido de placeres y de principios creadores. Si en las semanas consecutivas no la pudo visitar tantas veces, no obstante, el pensar en ella constantemente, el verla siempre con los ojos del alma, y el encontrarla de cuándo en cuándo en los paseos en su elegante coche, como una flor en su búcaro, inspiraban al joven voluptuosidades misteriosas y

llenas de vida que se desarrollaban en el fondo de su pecho.

Por otro lado Nínay le recibía cariñosa, natural, sin coquetería, con esa bondad atractiva de las manilenses, moviéndose entre la ternura y la abnegación con que siempre nos agrada una mujer, desplegando el alma con esa instrucción propia de la gente de calidad que hace creer lo sabe todo al venir al mundo; pues educada con singulares cuidados, pintaba bien, tocaba el piano á maravilla, hablaba el chino y el inglés además del tagalo y el español, y sabía envolver en la prudencia del silencio lo que ignoraba. A doña Carmen agradaba los finos modales del joven, su gentileza y maneras delicadas, su continente noble y rico, que demostraba no tener necesidad de incrustarse, como un gusano en las hojas del presupuesto, para vivir en la abundancia. En fin, todo contribuía para aumentar la fogosa pasión de Federico.



En esto llegaba la narración, cuando los criados de la casa anunciaron que estaba servida la cena. Taric suspendió el relato y prometió continuarlo al día siguiente.

Nos levantamos todos para cenar, depositando yo en las manos de doña Margarita mi donativo, por no haberlo hecho, como es costumbre, antes de enterrar á la finada.

En la mesa advertí un puesto vacío, cuyos platos estaban cubiertos con las hojas del Balete, al cual miraban con gran veneración. Para salir de mi extrañeza pregunté al joven indio que estaba á mi lado la causa de ello, y me contestó que aquel lugar era el ocupado en vida por la difunta, y reservado ahora para honrar su memoria.



II.—PASIÁM

Al toque de la Oración del día siguiente marché apresurado á casa de doña Margarita, deseando oír la comenzada historia de Nínay. Encontré á la mayoría de los de la noche anterior que principiaban los rezos de costumbre, y uní á ellos los míos.

Apenas terminamos rogué á Taríc reanudase su interrumpida relación, teniendo en cuenta que había allí personas recién llegadas á Manila, y por consiguiente ignoraban por completo los pormenores de nuestro suelo y de nuestras costumbres, por lo que

procurase detallar lo más posible, como si relatara la historia sólo á los europeos. Así lo prometió, y continuó de esta manera:

Antipolo es un pueblo del distrito de Mórong situado sobre una montaña cercana á Manila. Tiene un santuario donde se venera la Virgen de la Paz, que es origen de su historia, vida de su población y causa de su grande y popular celebridad. Tan popular y tan grande, que no puede encerrarse su fiesta en un novenario; es preciso para ella todo un mes, y un mes el más espléndido de todo el año, en que la permanente primavera de Filipinas convierte las montañas en jardines, cubre de abundante verdura hasta las mismas rocas, multiplicando por bosques y praderas, por montes y valles, por lagos y ríos, por todas partes, sus deleites, sus aves y sus flores, sus luces y sus reflejos, sus encantos y sus armonías.

Nada más hermoso y animado que contem-

plar la numerosa población de Manila y sus extensos arrabales, los vecinos de todos los pueblos de la provincia, los habitantes de las inmediatas y muchos de las lejanas dirigirse durante todo el mes de Mayo, en alegres comitivas, unos en coche, otros á caballo, algunos á pié y muchos en carros y hamacas, en *cascos*, *paraos* y *bancas*, al venerando santuario para llenar sus altares de riquísimas ofrendas.

Es un sábado, y un centenar de *bancas* adornadas con guirnaldas de follaje salen del embarcadero del puente colgante. Algunas llevan personas muy conocidas en la población y *dalagas* graciosas que esparcen la agitación y la alegría en las orillas del Pásig.

Atraen las miradas tres bancas largas y estrechas, cubiertas de hojas de plátanos, bordadas sus toldillas con arcos de *cinamomo*,

Cascos y **paraos**, embarcaciones indias.

Dalagas, jóvenes doncellas.

Cinamomo (*Lausonia inermis*). Arbusto con ra-

cabiquí y *balibago*; de ellas salen los acordes de una orquesta que acompaña el *comintang*, canción primitiva del reino tagalo, sentida y conmovedora, que mece el alma en ondas melodiosas, arrebatándola con sobrehumanas y

mas esparcidas, hojas opuestas, lanceoladas, anchas, enteras, lampiñas y tiesas, y con flores olorosas terminales en panojas racimosas. Son de unos tres metros de altura, sin espinas, aunque á veces los extremos de las ramillas tienen apariencias de tales. Son indígenas de Filipinas; se dan también en Arabia, en Egipto, en la India, y los llaman *Alchena*, *Alcana* y *Alheña oriental*.

Los turcos emplean la raíz como cosmético; además todas las partes del árbol contienen una materia colorante roja. Las hojas secas y reducidas á polvo impalpable sirven, después de humedecerle con unas gotas de agua, para pintarse el rostro, lo que practican particularmente las mujeres. Esta pintura no se quita sino cuando se renueva el cutis, y aun aseguran que se conserva en las momias después de muchos siglos.

Cabiquí, árbol grande: su flor es olorosa y pequeña; su fruto es comible.

Balibago, arbolito famoso por la tenacidad de su corteza; sus flores sirven para calmar dolores de oídos y de su carbón se hace la pólvora. (*Hibiscus tiliaceus*.)

misteriosas armonías. La tripulación de cada banca se compone de dos remeros y un timonel, llevando todos uniformemente *salacot* blanco de *anahao* y penacho de estambre encarnado.

Los pasajeros son unos diez y seis jóvenes, aficionados á Melpómene, ó mejor dicho á to-

Salacot es un sombrero á modo de cazuela ó de una sombrilla abierta, que suele ser por lo regular de junquillo ó de hojas de palma; se hace también de carey (concha), de nito y otras materias de lujo, y se le adorna por encima con figuras caprichosas de metales preciosos.

El centro forma una concavidad circular hecha de junquillo, para recibir la cabeza, y lleva unos cordones que se atan por debajo de la barba á estilo de barboquejo.

Estos sombreros preservan del sol y de la lluvia, reuniendo aún la ventaja de poder servir de almohada para dormir.

Palabra aceptada por la Academia Española.

Anahao (*Coripha minor* L.). Es conocida también con el nombre de palma brava; su madera es muy dura; sus hojas anchas, en forma de abanico, sirven para sombrero y para techar casas.

das las musas del Parnaso; unos llevan camisa de gasa de varios colores; otros de *júsi* de Malabon, y varios de *piña* de Visayas. Su fisonomía revela á naturales del país, pertenecientes á buenas familias indias.

Cuando la orquesta terminó sus acordes, que atraieron alrededor de las mencionadas bancas otras muchas, un joven dijo:

—Banquero, acerque V. más nuestra embarcación á esa otra, que parece un cestillo de flores.

—No podemos estar más cerca, —repuso otro joven, añadiendo maliciosamente:—lo que tú querrías sería entrar en el jardín.

Júsi, m. Tela de Filipinas, clara como gasa y listada de colores fuertes, que se teje con seda y con hilazas de la China. (*Dic. de la Acad. Esp.*, 1884.)

Piña (*Bromelia Ananassa* L.), planta. De sus hojas se sacan hilos con que se tejen finísimas telas. La piña algo verde dada en ayunas á los niños es un remedio para hacerles arrojar las lombrices. Su fruta en sazón es sabrosa. Voz aceptada por la Academia Española.

Banquero, m. Remero de las bancas.

—Soy corto de vista, y quisiera distinguir si son *sampaguitas* ó *ilang-ilang*.

—Son todas ílang-ílang; ¿no lo notas por el aroma que despiden?

Estas frases galantes hicieron bajar los ojos de las dalagas aludidas, y animaron á otros jóvenes á mezclarse en la conversación diciendo:

—Por eso es tan delicioso aspirar el aire.

—Buenos días, Cándeng, —dijo Tuáson;— no pensé tener la dicha de ver á V. ahora; oí que saldrían mañana.

—Hemos preferido salir hoy, —contestó una joven de ojos rasgados y dulce mirada, —para ir reunidas todas las amigas.

—¿Y sus padres de V.?

Sampaguitas, flores de suave aroma como el de los jazmines. Adórnanse mucho con ellas las dalagas.

Ílang-ilang, flores de aroma tan fuerte que causa dolor de cabeza al que duerme encerrado en una habitación con un puñado de ellas.

—Van en la banca inmediata del otro costado; ésta ha sido la destinada para las jóvenes.

—Perdonen ustedes, señoritas, el ruido que hacemos,—dijo el bizarro Hócsón.

—Es día de alegría,—contestó la bella Cándeng,—y nos agrada toda animación.

Y otra joven no menos linda, la encantadora Méntang, exclamó:

—¡Qué bien cantan las avecillas en San Miguel!

—Porque las avecillas tienen obligación de cantar cuando ven la aurora, estén en San Miguel ó en otra parte,—contestó Hócsón.

Para mejor entender este diálogo, preciso será decir que aquella multitud de bancas caminaba entonces delante del pueblo de San Miguel, entre la isla de Convalecencia y aquellas hermosísimas casas de ricos propietarios de Manila, cuyo conjunto forma el barrio más aristocrático de la capital.

Allí estaba la preciosa casa de Carlos Ma-

bagsic, en cuyo fondeadero se pararon las tres bancas de nuestros conocidos jóvenes.

—A embarcarse pronto, querido Carlos; estamos todos.

—Bien veo que nadie falta,—respondió éste entrando en una de las embarcaciones.

—Vamos, amigos, á tocar alguna marcha, como saludo á nuestro capitán.

—¿Capitán yo?—murmuró Carlos.

—Sí, querido; jefe de la expedición te hacemos desde este momento; con que á dirigirnos.

Los banqueros principiaron á remar, y la orquesta dejó oír el animado y bullicioso *balitao*, marcha popular de las islas Visayas.

Las bancas se deslizaban con rapidez á favor de la corriente que seguía entonces el flujo del mar.

El río Pásig continuaba desarrollando sus variados y pintorescos paisajes distribuidos con profusión á ambas orillas: ora las magníficas casas de Malacañang; ora los modes-

tos y rientes caseríos de Uli-Uli; allá lejos Sampáloc, con sus calzadas, convidando al paseo; acá Santa Mesa, con su elegante hipódromo y casas de tiro; aquí los grupos de baños de Nactájan escondiéndose entre cocos y plátanos; allí Pandácan con su elevado campanario, convocando á sus fieles en medio de blancas casitas, como un palomar rodeado de blancas palomas. Por varios sitios, á la sombra de los cañaverales, vense grupos juguetones de dalagas de mórbidas formas, ya sumergiéndose en las ondas, ya levantando espumas con sus pies al nadar, ya formando cascadas al *tabearse*, ya poblando el aire de voces alegres, ya esparciendo á su rededor las aguas, que forman al caer una lluvia de esmeraldas, rubíes y topacios, producida por los indiscretos rayos del sol, que al penetrar

Tabear. Verter agua sobre la cabeza con el tabo. «*Tabo*, m. Vasija filipina hecha con la cáscara interior y durísima del coco.» (*Dic. de la Acad. Esp.*, 1884.)

por entre las hojas de la caña parecen ofrecerlas todas las maravillosas combinaciones de su luz encantadora. ¿Quién no recuerda ante este cuadro, que tiene por fondo el panorama más espléndido de la naturaleza, la creación brahamánica de las *apsaras*, bailarinas celestes, naciendo de las espumas del mar, rodeadas de *azuras* y *devas*, bajo los bambúes del Ganges?

Los jóvenes cesaron de tocar; cortaron de repente las melodías del *Condimang*; los hurras y aplausos sucedieron á las armonías de la orquesta. ¿Por qué? Saludan á Carlos. ¿Por qué saludan á Carlos?

A la margen derecha del río contemplaban una villa pintoresca, asentada sobre macetas de flores. En su atmósfera se respira el arte; la elegancia la ha escogido por residencia. Es la morada de los más ricos propietarios

Apsaras: ninfas acuáticas del paraíso de Indra.

Azuras: demonios. *Devas:* dioses ó buenos genios.

de Manila, donde se admiran sus graciosas casas de campo; cuyos baños se mecen en las ondas, haciendo resaltar las curvas de sus orillas con la flexibilidad de sus ondulantes cañas y la variedad de sus numerosos y espléndidos paisajes. Parece una bayadera en su pagoda, excitando los sentidos, entre aéreas *bongas*, que se levantan como columnas hasta el azul de los cielos. Llámamla con razón los poetas tagalos la *entrada del paraíso*, y la «Guía oficial» designa con el nombre de la madre de la Virgen María: Pueblo de Santa Ana. Aquí vive la sin par Nínay, amor y vida, ídolo de Carlos; su elegante morada, colocada en medio de la población, resalta sobre todas las demás casas por su hermosura y magnificencia. Esto explica la admiración y los aplausos de los amigos de Carlos.

Además veían á la misma Nínay con sus

Bongas, especie de palmeras de enhiestos y elevados troncos. (*Areca catechu*.)

padres entrar en una banca espaciosa, acompañados de numerosos amigos y de una brillante orquesta, los cuales se acomodaban en otras anchurosas embarcaciones cubiertas de verdes hojas y adornadas con banderolas de distintos colores.

Los banqueros agitaron las *pagayas*, y al compás de la música marchó gozosa la animada comitiva.

El río continuaba desenvolviendo su rico y variado panorama. A una y otra orilla osten-

«**Pagaya**, f. Remo filipino, especie de zagual, pero más largo y de pala mayor, sobrepuesto y atado con bejuco. Sirve indistintamente para bogar y sustituir al timón, como la espadilla. En el primer caso, el marinero se sienta al revés (vuelto hacia la proa), coge el centro del palo de la *pagaya* con una mano y con otra la muletilla, y rema á cucharadas, hechando el agua para atrás.» Y cuando el marinero se cansa, toma el «**Tiquín**, m. Especie de bichero, sin gancho, hecho de un largo trozo de caña de bambú, de que se valen los indios filipinos, en lugar de remos, para navegar por los ríos, apoyando una de sus puntas en el fondo del agua.» (*Dic. Acad. Esp.*, 1884.)

ta casitas de madera ó de caña y *nipa*, rodeadas de follaje, con ramilletes de arecas graciosamente recortados como plumas, ó de lindos cercados que lamen las ondas resguardando cristalinos baños. Llaman la atención las canoas y balsas con sus redes y enseres para la pesca, los *carihans*, tiendas de río, cual otros *warrongs* javaneses que á cien banqueros venden comida, *tuba*, frutas, tabaco y *buyo*, y por todas partes se presentan á la vis-

Nipa (del malayo *nipa*), f. Especie de palma que se cría en las Indias orientales y en Filipinas, de cuatro á cinco metros de altura, de hojas aladas con hojuelas ensiformes, numerosísimas y reunidas por ápices durante algún tiempo, como las del coco; sus flores son monoicas, en espata, y el fruto forma racimos de muchas drupas aovadas y apiñadas. Con sus hojas se tejen esteras, más ó menos delicadas y fuertes, para diferentes usos, y se cubren los techos de las casas de caña y madera, y de su savia se hacen bebidas espirituosas. (*Dic. de la Acad. Esp.*, 1884.)

Tuba, savia de palma fresca ó poco fermentada.

Buyo, m. Composición que usan los indios de Filipinas y mestizos para mascar, hecha con el fruto de

ta los *cascos* y *falúas* cargados, que bajan y remontan el río fatigando las aguas.

A medida que va marchando nuestra comitiva, mayor se hace; agréganse otras embarcaciones de personas amigas que se separan de los diferentes grupos que cubren la superficie del río. Las tres bancas de los jóvenes conocidos se agregan también, y crece la animación en todos lados, y en todos lados ensordecen las voces de placer.

Únicamente dos seres se quedan mudos de alegría; no se pueden hablar; tal vez no consiguen verse; pero no importa, saben que van cerca uno de otro, y palpitan sus corazones de júbilo.

A los sonos de las dos orquestas que se dis-

la *bonga* ó areca, hojas de *betel* y cal de conchas. (*Dicc. Acad. Esp.*)

Betel (Paperaceas, *Piper betle* Linn.)—*Bonga* (Areca catechu.)

Cascos y falúas, embarcaciones indias.

putan la supremacía; al compás de los cantos alegres de los romeros, nuestra comitiva pasó sucesivamente delante de los preciosos pueblos de Mandalóyon, Lamáyan, San Pedro Macatí. ¡Cuántos recuerdos suscita el *caimán convertido en piedra*¹ al pié del derruido tem-

¹ Como homenaje de gratitud á los extranjeros que visitan nuestro país, y se dedican á estudiar el *Folklore* filipino, voy á transcribir la leyenda del *Caimán convertido en piedra* tal como lo escribió el ilustrado francés P. de la Gironière en su elegante idioma:

«Je remontai dans ma pirogue, qui volait sur les eaux comme une mouette légère, la jolie rivière de *Pasig* qui sort du lac de *Bay*, et va se jeter dans la mer en traversant les faubourgs de Manille.

»Les bords de cette rivière sont plantés de touffes de bambous et parsemés de jolies habitations indiennes; au-dessus du grand bourg de *Pasig*, elle reçoit les eaux de la rivière de *San Mateo* à l'endroit où cette rivière se réunit au fleuve de *Pasig*.

»Sur la rive gauche, on aperçoit encore les ruines de la chapelle et du presbytère de Saint-Nicolas, élevés par les Chinois, dit la légende que je vais essayer de vous raconter.

»A une époque reculée, un Chinois qui se trouvait

plo de San Nicolás! ¡cuántas memorias de amor despertadas por la cueva de doña Jerónima! ¡cuántas proezas de valor contadas por *Malápat na bató!*

La animación se aumenta, el bullicio crece. Grupos de jóvenes, grupos populares uni-

»dans une pirogue et naviguait, soit sur la rivière de *Pasig*, soit sur celle de San Mateo, aperçut tout à coup un caïman qui se dirigea vers sa frêle embarcation, et la fit chavirer. A cette vue, et en se sentant tomber à l'eau, l'infortuné Chinois, qui avait pour perspective de servir de pâture au féroce animal, appela à son secours saint Nicolas. Vous ne l'eussiez peut-être pas fait, ni moi non plus, et nous aurions eu tort; l'idée était bonne.

»Le grand saint Nicolas entendit les cris de détresse du naufragé, lui apparut, et d'un coup de baguette, comme eût pu le faire une fée bienveillante, changea le caïman importun en un rocher.... le Chinois fut sauvé.

»Ne croyez pas que la légende s'arrête là: les Chinois ne sont pas ingrats; la Chine est le pays de la terre à porcelaine, du thé, et de la reconnaissance.

»Le Chinois échappé au sort cruel qui l'attendait voulut consacrer le souvenir du miracle, et, de con-

dos por bandas de música agitan pañuelos y banderas, lanzan cohetes y bombas. Era capitán Tínong, con la principalía del pueblo de Pásig, que recibían á D. Evaristo y sus numerosos amigos en el embarcadero del pueblo.

»cert avec ses frères de Manille, il éleva une jolie chapelle et un presbytère au grand saint Nicolas.

»Cette chapelle fut longtemps desservie par un bonze, et tous les ans, à la Saint-Nicolas, les riches Chinois de Manille se réunissaient, au nombre de plusieurs milliers, pour donner des fêtes qui duraient quinze jours.

»Mais il arriva qu'un archevêque de Manille trouva que ce culte de la reconnaissance chinoise était du paganisme, et fit enlever le toit du presbytère et celui de la chapelle.

»Ces mesures brutales n'eurent aucun résultat, si ce n'est de laisser l'eau du ciel pénétrer dans les bâtiments.

»Mais pour le culte voué à saint Nicolas, il dura toujours, et dure encore. Peut-être est-ce bien parce qu'on a voulu l'interdire!

»De nos jours, à l'époque où cette fête a lieu, c'est-à-dire vers le 6 novembre de chaque année, on peut jouir d'un coup d'œil ravissant.

»Le *Pasig* à Saint-Nicolas offre la nuit une délicieu-

El embarcadero del Pásig, durante el mes de Mayo, es casi indescriptible; es el punto de descanso de los romeros; allí hay fondas de bien surtida mesa; allí, tiendas portátiles de dulces y refrescos, y todo género de fru-

»se perspective: on y voit de grandes embarcations amenées à grands frais de Manille, sur lesquelles sont bâtis de véritables palais à plusieurs étages, terminés en pyramides, et éclairés depuis la base jusqu'au sommet.

»Toutes ces lumières se reflètent dans les eaux paisibles de la rivière, et semblent augmenter le nombre des étoiles qui tremblent en se mirant à la surface des flots: c'est Venise improvisée.

»Dans ce palais, on joue, on fume de l'opium, on fait de la musique.

»Le *pévété*, encens chinois, brûle partout et continuellement en l'honneur de saint Nicolas, que l'on invoque chaque matin, en jetant dans la rivière des petits carrés de papier de diverses couleurs. Saint-Nicolas ne paraît pas: la fête dure deux semaines, au bout desquelles les fidèles se retirent jusqu'à l'année suivante.»

(*Aventures d'un Gentilhomme Breton aux Iles Philippines*, cap. VII, páginas 98, 99 y 100, Paris, 1857.)

tas; allí, los *petates* de *burí*, los ajuares de casa y la cerámica del país cubriendo el suelo. Todo el mundo compra algo; en Antipolo no hay más que habitaciones; ó falta todo, ó todo es caro.

Nuestros amigos saltaron á tierra. Clamores de júbilo y entusiasmo los acogieron; hábanse con cariño, salúdanse con efusión, di-

Petate. (Del mejicano *petlatl*), m. Estera que se hace en América y Filipinas, y que usan los indios para dormir sobre ella. (*Dic. por la Acad. Esp.*)

Burí. (*Corypha umbraculifera*. *Corifa que lleva parasoles.*) (*Flora de Filipinas*, por el P. Blanco.)

«Esta palma se eleva á mayor altura que los cocos, y es de mayor cuerpo también. Las hojas son tan grandes, que con una sola se pueden cubrir más de cuatro hombres; con ellas hacen los indios petates y muchas cosas útiles y curiosas. De las pencas cocidas en agua sacan también unos hilos que emplean en hacer una especie de esteras llamadas *Sagoran*. Cortando el tallo de las flores que se ven en el extremo, y haciendo allí un hoyo, se recoge todos los días una gran porción de licor dulce que se llama *tuba*, como el del coco, y se considera de iguales virtudes al del

rígense sonrisas y preguntas, á que responden con agradecimiento los recién llegados; todos toman parte en el preparado festín. ¿Cómo describir ahora su animación, su movimiento, el espectáculo de los trajes vistosos de seda, de diferentes combinaciones de color, agitados por el viento bajo los resplandores de un sol meridional?

cabo Negro para los éticos. De él se hace también vinagre y una especie de miel negra que se llama *Pascas*. De sus frutas maduras se hacen rosarios muy hermosos y con mucha facilidad, por estar casi hecho el agujerito. Las ligaduras de las hojas del *burí* tienen gran fama entre los indios para librarse de la peste, del mal viento y de otras enfermedades.»

«Tronco muy grueso. Hojas forman la copa de esta especie de palma; y son de figura de abanico con pliegues terminados en punta. *Peciolo*s largos con aguijones en las orillas. Flores solamente salen al último de la vida del árbol en el extremo, y forman una panoja tan grande, que parece un arbolito colocado en el remate. *Drupa* globosa con la nuez membranacea sin escamas y en la madurez dura, con un aposento y una semilla globosa y como de cuerno.»

Los romeros han reposado ya, y prosiguen su camino empujados por las ondas bullidoras; y después de haber pasado por entre las márgenes cubiertas de patos ¹, llegaron al embarcadero de *Cainta*.

Figuráos una sementera inmensa, limitada en lontananza por bosques de bambúes que se desvanecen en las azules montañas, inte-

¹ Se alude al pueblo de Pateros.

«Es admirable el método que usan los indios de »Pateros y Taguig para empollar los huevos de los patos. Los echan en grandes cauas, especie de calderas, »entre la cáscara del grano de arroz, y sólo con el calor lento del fuego los hacen nacer y los crían á millares. Les forman sus casas cerca del río; los alimentan con unos caracolillos que sacan en abundancia del mismo río ó de la laguna de Bay. Salan los »huevos sin abrirlos, cuya habilidad han aprendido »de los chinos, y los venden á buen precio. La cría de »los patos es la subsistencia principal de estos pueblos.»

(*Historia de los PP. Dominicos en las Islas Filipinas*, por Fr. Juan Ferrando, corregida, variada y refundida por Fr. Joaquín Fonseca. Madrid, 1870, t. I, págs. 28 y 29.)

rrumpida á un lado por millares de grupos de tiendas portátiles para apagar la sed de los romeros, y al otro por calesas, carros, hamacas, búfalos y caballos de montar, y en cuyo centro pase una línea blanca, formada por la senda, que se oculta bajo los árboles para aparecer una y otra vez siguiendo las ondulaciones de los montes, ya en el risueño valle, ya en la escarpada altura, y tendréis una pálida idea del embarcadero de *Cainta*.

Nuestros romeros se arremolinan en varios grupos; hablan, beben ó cantan, saludando el nuevo suelo; unos eligen hamacas, otros buscan caballos, estos ajustan calesas, más allá aquellos trasladan de la banca á la carreta los ajuares, tales convienen en ir á pié, cuáles buscan con afán un niño extraviado; hay niñas que ríen, pequeñuelos que se impacientan ó lloran; una algazara, en fin, que presta á este cuadro la más extraordinaria animación.

Carlos dijo aproximándose á Nínay:

—Mis amigos y yo pensamos ir á pié hasta Antipolo ¹ para escoltar su hamaca.

Y Ninay contestó:

—No iré en hamaca, sino á caballo. Mi madre lo prefiere, pues la han animado sus amigas antiguas de Nueva-Écija que vienen con nosotras; á mí también me gusta.

¹ «Las aguas de *Antipolo* gozan de gran reputación; »los enfermos van á tomarlas todos los años en la »época de la fiesta de la Virgen de Antipolo, que dura »diez y ocho días. Por todas partes se ven llegar en »peregrinación numerosas turbas de indios, de mesti- »zos, de chinos y de españoles. Todos asisten á la »gran procesión, llevando capillitas, imágenes de la »Virgen y aceites bendecidos. El pueblo de Antipolo »está situado en la cima de las más altas montañas »que rodean el lago de *Bay*; esta posición tiene un »golpe de vista sorprendente y hermosísimo.

»Al subir hacia el pueblo se van descubriendo el »lago, después una gran parte de la provincia de la »*Laguna*, luego la de *Tondo*, y finalmente *Manila* con »su bahía, los diferentes pueblos que la circundan, las »numerosas islas de que está salpicada y todos aque- »llos lugares que una vista ejercitada sabe unir sus »nombres á medida que los reconoce al través de un

—Entonces voy á avisar á mis compañeros para que escojan los mejores caballos.

Carlos fué á avisar, en efecto, á sus amigos que de entre ellos se juntaron jóvenes, unos de *Batangas*, cubiertos con sus brillantes salacots de *carey*, con adornos de plata; otros con relucientes salacots de asta de búfalo con incrustaciones de oro bruñido; varios con los estimados de *nito*, adornados de monedas ra-

»anteojo. Agradable cosa sería para nosotros hacer »comprender á nuestros lectores la belleza encanta- »dora de este paraje y el placer que ofrece el corto »viaje de Antipolo, que se verifica parte por agua, so- »bre el río *Pásig*, y parte en una especie de literas ó »hamacas de bambú llevadas por dos hombres. Los »devotos van á pié y también descalzos; pero la ma- »yor parte no van con otro objeto que á divertirse. »Los chinos glotones van á hacer grandes comilonas.

(*Les Philippines*, par J. Mallat, t. I, c. VII, págs. 124 y 125. Paris, 1846.)

Carey, concha de la tortuga *panican*.

Nito, m. Helecho que se cría en Filipinas, de tallo casi voluble y hojas que nacen por detrás de éste sobre un pezoncito, todas ladeadas y divididas en dos.

rísimas; todos vestidos con camisas transparentes de alegres colores.

Dirigióse Carlos adonde se hallaban Nínay y doña Carmen, y las ofreció dos caballos mansos, pero andadores. Ellas los montaron agradecidas.

D. Evaristo acababa también de encontrar una segura calesa, y se colocó en ella con toda comodidad.

Doña Carmen, Nínay y las amigas hicieron andar los caballos, que las mecieron sobre sus grupas, con el paso portante, tan picado y uniforme, que hubieran podido llevar en la mano un vaso lleno de agua sin derramarla.

De los peciolos se saca el filamento, que sirve para construir sombreros y petacas. (*Dic.* por la Acad. Esp., 1884.)

Es el *Lygopodium circinatum* de Swarts, helecho que no es trepador, sino verdaderamente asidor, el único género del grupo que tiene esta especialidad. Sus raíces son remedio para curar las mordeduras de animales ponzoñosos, mascándolas y aplicándolas sobre ellas.

Hay un espacio despejado en la sementera; gánanlo. Los caballos espoleados agitan sus crines al par que los trajes movidos por el viento.

La tierra removida como las ondas del río se levanta en nube de polvo que las va envolviendo.

Un numeroso grupo de jóvenes se lanza á seguirlas cual nube de flechas disparadas contra ejército enemigo. Con sus relucientes salacots, con sus blancos sombreros de jipi-japa y sus camisas de brillantísimos colores, semejan fugitivas bandadas de garzas y oropéndolas espantadas al tiro del cazador.

Carlos sigue con amorosa mirada á Nínay; ora el follaje del camino la esconde; ora los carros y coches la confunden entre la multitud; ya la ve subiendo una montaña; ya desaparece al torcer una vereda; quiere acercarse á ella, pues se acorta la distancia, pero un grupo le estorba; desea hablarla, persíguela, la alcanza tal vez, pero es la madre entonces

ó alguna amiga quien lo impide; el corazón late con violencia; su felicidad huye sin darle tiempo de hablar. Un torbellino de polvo la oculta, pero una ráfaga de aire limpia la atmósfera y el joven contempla á su adorada sonriente sobre el caballo andador. El camino termina, la comitiva pára, y Nínay entra en el santuario de María. Carlos siente inmensa pena por no haber podido conversar con su amor; pero su mirada triste se detiene en el altar, y halla en los ojos de la Madre de Dios la vida, la luz y la esperanza.

Entonces comprendió que la felicidad en la tierra es como dice el poeta: ¹

Nube azul, blanca y ligera,
que los sentidos engaña,
y tras de cada montaña
parece que nos espera.
En impetuosa carrera
el hombre á cogerla va,

¹ Selgas.

llega..... se fué..... síguela.....
piensa asirla á cada instante.....
la nube siempre delante,
pero siempre más allá.

* *
* *
•

Los romeros se despiden unos de otros en el patio del templo para volverse á ver pronto; D. Evaristo con su familia se alojaron en la casa de D. Joaquín. Este les tenía preparada además otra cercana para la bulliciosa comitiva.

Quiero pasar en silencio la animación desusada que se nota en la calle; los naturales del pueblo con sus trajes oscuros asomándose á las ventanas y empinándose en los *batalanes*, para admirar á los recién llegados; las

Batalanes, especie de terrazas hechas con palma brava y bambú.

mujeres llevando sus pequeñuelos; los niños que se agrupan alrededor de los carromatos para hacer comentarios sobre los variados objetos que se van descargando.

Aquel señala con el dedo un petate finísimo de Baliuac; este unos *abrazadores* de seda; el de más allá los *mangustanes* de Mindanao; aquí se recrean con los pichones de siete colores vivísimos del monte Buísan; allí con las tinajas de hojaldres de Cebú y los grandes cántaros llenos de roscas de San Sebastian.—¡Qué hermosos nidos de *salangan!*

Abrazador, almohadón, cuya forma es cilíndrica, como de tres y medio piés de largo y sobre diez pulgadas de diámetro, el cual sirve para facilitar la circulación del aire entre las piernas y los brazos donde se coloca.

Mangustan, fruta riquísima del país. (*Graciana Mangostana* Lin.)

Salangan, avecilla de pico diminuto, parecida á la golondrina. Gray, en su obra *Genera of birds* (Géneros de aves), trae su descripción (*Collocalia troglo-*

observan algunos.—¡Qué exquisito *sutanjún!* ¡qué sabroso *pansit!* exclaman otros.—¡Cui-

dytes Gray); pero no conviene completamente con la *salangana filipina*.

Hay dos especies: la *esculenta* y la *nidifica*. Viven casi siempre sobre las aguas del mar, alejándose muchas leguas de las playas. Ciérnense sobre las olas, y acariciándolas con la punta de las alas, recogen con el pico en la superficie del agua una goma blanca y diáfana, sustancia glutinosa, que llevan á las cavernas, situadas entre rocas las más áridas y más escarpadas, para construir su nido. Este, después de sufrir una preparación culinaria, es un manjar exquisito, por cuyo motivo se recoge con mucho anhelo, y forma un artículo preciado de comercio bajo el nombre de *nido*. Abunda mucho en Calamianes.

Pansit, manjar chino. «Quant au *pansit*, qui est devenu d'un usage général chez tous les habitants de Manille, il y en a de deux espèces: l'une se compose d'une pâte de riz appelée *laxa*, espèce de vermicelle, de *miqui* ou farine de froment formé en macaroni, et d'un légume appelé *mongo no nacido*. Ces ingrédients, ayant été cuits séparément, sont remués et remis sur le feu dans de la graisse; on y ajoute des chevrettes, du *cuchai*, espèce d'échalote de Chine, de la feuille de *tango* ou oreille-de-rat,

dado qué de *súman* y *potos* tan ricos! murmuran muchos.—Yo me contentaría con la

»de la chair à saucisse cuite enveloppée d'une pâte
»de farine, du *quechat*, espèce de *soya* fait de chevret-
»tes pilées; puis, au moment de servir, on exprime
»dessus du jus de citron.

»L'autre sorte de *pansit*, appelée *lanlan* (ou **sutan-
»jun**), est une espèce de vermicelle transparent qui
«vient de Chine; on y ajoute du bouillon de poulet et
»de la chair de porc coupée par petits morceaux.»

(Mallat: *Les Philippines*, t. II, págs. 142 y 143.)

Súman, pastel de arroz reblandecido en agua cerca de diez horas, ó de una en el zumo de la fruta del coco y cocido luego al horno, envuelto siempre en hojas de plátanos ó de palmeras. Si se hace con arroz *malatquit*, se llama *súman sa íbus*; si con arroz blanco y negro mezclados y aceite de coco, *pinìpic*; si con maíz, *sa ditu*; y si con arroz molido, boquerones, yema de huevo, coloreado con azafrán, entonces se denomina *sa ligia*, que es un manjar muy estimado.

Poto, pastelito, cuya composición se hace con arroz, aceite de coco, nuez del mismo rallada cruda, ó frita y azúcar, envolviéndola con hojas de plátanos ó de palmeras. Toma distinto nombre, como *putu bum-bung*, *maya*, *cuchintâ*, etc., según la clase del arroz con que se confecciona.

bibinca y los dulces de *guayaba* y *santol*.—
¡Quién pudiera comer aquellos *chicos* y chupar aquellas *mangas*!

—Pero, *batas*, dejadnos pasar,—dicen unos

Bibinca, especie de pastel cocido al horno, compuesto de arroz, en sus diversas variedades, azúcar, aceite de coco y á las veces huevo. Su forma es la de una tortilla á la española. Generalmente se toma en el desayuno y la merienda con el chocolate, café ó té, en lugar del pan y bollos que se acostumbra en Europa. Los forasteros se aficionan pronto á este suave manjar que ocupa un sitio preferente en las mesas.

Guayaba. (*Psidium aromaticum*.) Su fruta es sabrosa y de la cual se hace en las confiterías una jalea exquisita.

Santol. (*Sandoricum ternatum*.) Su madera es de olor muy agradable, y con su fruto se hace riquísimo dulce.

Chicos, frutos del *Achras Sapota*. *Achras sapote*.

«Los **chicos**, algo parecidos á los nísperos en su tamaño y color, también son fruta delicada, así como los *lanzones*, que se dan en grandes racimos en los troncos de sus árboles.» (Fr. Ferrando, *Historia*, t. I, página 21.)

Bata, palabra tagala que significa niño, muchacho. Voz aceptada por la Academia Española.

caballeros que entran á saludar á la familia recién llegada.

—Dejad la puerta libre,—gritó una voz con acento imperativo desde dentro de la casa.

—Buenas tardes, D. Evaristo,—dijeron los que entraban en el zaguán;—corre de casa en casa la noticia de su llegada, y nos apresuramos á darle la bienvenida.

—Muchas gracias,—respondió D. Evaristo saliendo al encuentro de ellos.

—¿Qué tal ha sido el viaje? estarán ustedes fatigados,—añadió uno de los amigos con la mayor solicitud.

—Qué calor y qué polvo habrán sufrido en el camino,—repuso otro.

—Sin embargo, no ha habido tanto como lo esperábamos,—respondió D. Evaristo.

—Es que esta mañana ha llovido un poco, y por cierto nos ha extrañado ver como piedras de agua, que se deshacían en nuestras manos al cogerlas.

—Se llaman granizos,—dijo D. Evaristo,—en los países fríos se ven con frecuencia.

*
* *

Los últimos rayos del sol doraban las cumbres de aquellas montañas bordadas de manantiales; el airecillo de la noche comenzaba á agitar las siempre verdes hojas de sus árboles, cuando las campanas del santuario tocaron la Oración.

La multitud alborozada reprimió sus gritos de júbilo al oír este toque tan sagrado; profundo silencio reinó por breves momentos, y comenzaron á oirse esos murmullos, voces del alma que se remontan al cielo.

Después del rezo, como es costumbre en Filipinas, todos los de la casa saludaron á D. Evaristo, como jefe de la familia, y doña Carmen aprovechó esta ocasión para entre-

gar á sus huéspedes los *salúbong*, presentes que siempre llevan los recién llegados á sus amigos antiguos.

Doña Carmen, dirigiéndose á la mujer de D. Joaquín, dijo señalando cuatro sacos de arroz de Taal que había en un rincón de la caída:

—Tenga V. la bondad de admitir esos sacos.

Y entregando varios paquetes que tenía en la mano añadió:

—Y además estas camisas de Agónoy y estas sayas de Ilo-Ilo ¹.

Doña Paz, que así se llamaba la mujer de D. Joaquín, conociendo el valor de aquellos regalos, exclamó:

—Esto es demasiado; V. siempre tan espléndida con sus amigos.

¹ Las camisas de Agónoy son estimadas en Manila por la finura y delicadeza del tejido, y las de Ilo-Ilo por su rica seda de brillantes colores. El arroz de Taal es de lo mejor de Filipinas.

—¿Y su hija Loleng?—preguntó Nínay con gran interés á doña Paz, extrañando no haberla visto aún.

A esta pregunta, doña Paz ocultó el rostro entre ambas manos, dejando oír reprimidos sollozos.

—¡Ay, mi Loleng, mi hija querida,—murmuró,—ha desaparecido!

—¡Desaparecido!—exclamaron todos sorprendidos.

—¿Cómo ha sido eso?—replicó Nínay con ansiedad.

Los sollozos de la madre sólo se oían en el silencio, que se apoderó de los ánimos, y al fin dijo doña Paz después de un profundo suspiro:

—¡Triste es recordarlo!

—¿De qué enfermedad murió?—preguntó Nínay con acento conmovido.

—¡Ay, no ha sido enfermedad! pero ¿qué digo? tal vez ahora esté enferma, y yo no puedo asistirle; tal vez haya muerto, y no he

sido yo quien le ha cerrado los ojos,—contestó la madre angustiada.

—Pero ¿qué ha pasado?—preguntó doña Carmen con voz dulce y cariñosa, llena del mayor interés;—cuéntenoslo, se lo rogamos.

La desgraciada madre, tomando aliento para reprimir su dolor, comenzó de esta manera:

«Un día de la época de los *ates*¹ fuimos mi

¹ La época de los **ates** es Marzo y Abril.

«El **Ate** es comun de todas estas islas: el Arbol no es de especial grandeza; pero su fruta en el sabòr, olòr, y dulzura no me parece, que tiene quien la compita. Es de la hechura de una Piña pequeña escamada, pero redonda: quando se sazona, destila una finisima agua rossada, y al comerla se experimenta esta fragancia misma. Està llena de huesecitos negros, y de entre estos se chupa su meollo, que es suavissimo, como vnas Mantequillas.»

(Fr. Juan Francisco de San Antonio, *Descripción de las Islas Filipinas*, parte 1, libro 1, cap. ix, § 113, pág. 37.)

Hojas alternas, medio elípticas, aquilladas, ondeadas y apenas vellosas por las orillas y página inferior. *Flores* axilares, solitarias y péndulas. *Cáliz* pequeñi-

hija y yo á bañarnos. ¡Oh, qué presente está aún en mi memoria aquel instante! Ella salió por esa puerta llorando;» y doña Paz señalaba la puerta de la escalera; sus ojos se llenaron de lágrimas, y mientras los enjugaba con la palma de las manos añadió:

«La pobrecilla sollozaba bajo, y aun me

simo, con tres dientes. *Corola* grande, hendida casi hasta la base en tres partes carnosas, con tres ángulos. *Estambres* en mucho número, y colocados debajo de los pistilos, con los cuales forman la figura de un cono. *Filamentos* cortísimos. *Anteras* cuadrilongas, comprimidas. *Pistilos* en mucho número, reunidos sobre los estambres en forma cónica. *Estilos* cortísimos. *Estigmas* gruesecitos cónicos. *Fruto* de figura de corazón, cubierto de escamas, con innumerables semillas medio ovales, con la corteza huesosa, envueltas en un arilo membranáceo y pulposo, y fijas todas alrededor de un eje cónico.

Estos arbolitos se elevan á la altura de ocho ó nueve piés. La carne del fruto es aromática, muy blanda y de las mejores de Filipinas. Sus flores despiden un olor parecido al del vino de coco. Las raíces, cocidas con lejía, dan un color encarnado débil. Florece en Febrero. (Fr. Manuel Blanco, *Flora de Filipinas*.)

pareció haberla oído suspirar:— ¡Ay, madre mía!— Pero como hacía tres días que la observaba en ese estado, no quise decir nada por no afligirla más, y seguí mi camino, y ella me siguió.

»Mientras nos bañábamos oímos el arrullo de la paloma montesa y el trino armonioso del *Maria capra* en los próximos cañaverales. Noté que Loleng se había estremecido; me acerqué para preguntarla:

»—¿Qué tienes, hija mía?

»Y ella, ahogando un suspiro, me contestó:

»—Nada, madre mía; el canto de esas ave-cillas me causa tanta pena! me oprime tanto el corazón!... ahora tan alegres, y quizá antes de caer la tarde sus polluelos habrán de llorarles!

»El sol estaba alto, y pisábamos ya la sombra de nuestras cabezas; el canto de los pájaros seguía arrullando nuestros oídos, confundándose con el murmullo de las aguas.

»Mi Loleng aproximó su cabeza á la mía,

y viendo juntos nuestros cabellos, exclamó:

»—¡Oh, qué hermoso es el vuestro, madre mía!— y con frenética pasión lo cubrió de besos.

»Dejóme sorprendida este arrebató, pero callé. Se vistió lentamente, mirándome con infinita ternura, y luego dijo:

»—Mientras concluís de vestiros, madre querida, voy á recoger algunas flores.

»Y se alejó, ¡ay de mí, para no verla ya más!

»¿Cómo había de figurarme que serían estas palabras las últimas que oiría de sus labios? ¿Que aquella mirada tan cariñosa sería el último adios que me daba?»

Apenas pudo terminar esta frase la infortunada madre; la pena le embargó la voz.

Todos los que la escuchaban habíanse conmovido, y brotaron de los ojos de Nínay las lágrimas contenidas entre sus párpados para no aumentar la amargura de la madre desventurada.

Después de breve pausa doña Paz continuó:

«¡Se fué, y en vano esperé su vuelta! La busqué por todos lados; pregunté á los que encontraba, y nadie me daba razón de ella. Loca de dolor volví á casa; la llamé y no me contestaba; fuí á la iglesia, á la plaza, á la casa de nuestros amigos y parientes, y todos se admiraban de mis preguntas.

»Entonces empezaron mis sospechas; volvieron á pasar delante de mí los hechos que había presenciado aquel día. Su salida de esta casa, sus lágrimas escondidas, sus sollozos comprimidos, los ayes que se le escapaban, las palabras cariñosas, los besos á mi cabello, aquella mirada tan triste, ¡ay! todo, me evidenció que era para despedirse de mí, y yo, infeliz, nada había comprendido.

»Sin embargo, dudé. ¡Cómo pensar que mi Loleng me había de abandonar, si ella y yo nos queríamos tanto! Me dirigí á la casa de su novio, y allá me dijeron que no le habían visto desde la madrugada. Entonces fué cuando ví la triste realidad, y no pude menos de

llorar, y hasta ahora dura mi llanto. ¡Oh, si al menos la hubiese besado; si la hubiese dado mi bendición, tendría hoy algún consuelo! Pero ¿cómo no lo comprendí, Virgen santa? ¡y eso que mi corazón parece que me lo decía! Mas ¿cómo sospecharlo, si hacía tres días que ella estaba triste, afligida, apenas podía comer, ni dormir? Ahora la veo, sola, abatida, retorciéndose de dolor, sufriendo horriblemente pensando en su fuga.

»¡Oh, la Virgen de la Paz la proteja! Si el cielo tocara su corazón y volviese á esta casa, yo la perdonaría, yo la recibiría, como si no hubiera cometido ninguna falta; la amaría más, si esto fuese posible.»

Así desahogaba el corazón apenado aquella madre sin consuelo.

D. Evaristo y su familia escucharon con lágrimas en los ojos esta triste relación.

—¿Cómo obraron así?—preguntó doña Carmen;—pues según he comprendido conocía usted al novio.

—Sí, señora, le conocíamos, y es de buena familia; pero era enemigo de D. Juan Silveyro, y no quería casarlos. Nosotros, temiendo la ira del poderoso, tampoco quisimos consentirlo.

« Terminaba la estación de los *lansones*¹ cuando nos pidió por tercera vez Berto, que

¹ Termina la estación de los *lansones* por el mes de Noviembre.

Lansones. Tronco derecho, ramoso. Hojas alternas, aladas, sin impar. Hojuelas lanceoladas, ondeadas, tiesecitas, enteras y lampiñas. Peciolos cortísimos. Flores en espiga. Cada flor tiene en la base tres escamas, la del medio mayor. Cáliz en cuatro ó cinco partes redondeadas y sobrepuestas unas á otras. Corola poco más larga que el cáliz, de cinco pétalos redondeados, cóncavos y sobrepuestos unos á otros. Nectario globoso y con ocho ó diez dientecillos en el borde. Estambres desde ocho hasta diez, fijos en el borde del nectario. Filamentos, ninguno. Anteras regulares, larguitas. Germen superior, cónico. Estilo grueso, con estrías. Estigma grueso, deprimido, apenas hendido en dos partes, y cada una de estas con dientecillos. Baya oval, cubierta con una membrana blanca y tenaz; la carne, dividida en cinco segmentos, cubiertos todavía

así se llama el infame seductor, la mano de nuestra Loleng, y nosotros le quitamos toda esperanza, prohibiéndole que viniese á verla.

»Ella estuvo desde entonces triste. Con este motivo el Sr. Silveyro venía á vernos á menudo, pero Loleng le tenía tal odio que apenas le divisaba entrando en el portal, huía á la casa de su amiga.»

con una membrana propia, y en cada uno una semilla oval comprimida; algunas abortan.

Este árbol, que es indígena de las islas, se da muy bien en la provincia de la Laguna y en otras partes. Se eleva á la altura de doce piés, y en otros lugares mucho más. En los montes de Balanga se encuentran lanzones silvestres de sabor áspero. El fruto del lanzón cultivado no deja de ser sabroso; su corteza desprende una leche pegajosa, y las semillas son verdes y amargas. Es conocido de todos en las islas, pero ignoro si la palabra *lanzones* ó *lansones* es extranjera ó del país; ella tiene semejanza con *lasona*, que es cebolla; y en efecto, los lansones se parecen en ciertas cosas á esta raíz. He oído que se ha formado un género nuevo de estos árboles. Florece en Junio. Conviene con la *Ekebergia* de Jussieu.

(*Flora de Filipinas*, por el P. Blanco.)

En esto llegaba la relación de doña Paz, cuando la brillante orquesta entró en la casa tocando un wals de Straus para dar las *buenas noches* á la familia de D. Evaristo.

La madre angustiada, al oír aquella música alegre, se entristeció mucho más. Cada nota le parecía un dardo que penetraba en su corazón.

—¡Infeliz!—exclamó D. Evaristo, y añadió: —Ya hallaremos á su hija; pondré todos los recursos para encontrarla.

—¡Dios lo quiera!—murmuró doña Paz, que recogiendo silenciosamente los presentes de doña Carmen se retiró á su cuarto para llorar á solas su pena.

Los acordes de la orquesta atrajeron gentes del pueblo; tales se sentaban en los tramos de la escalera, cuáles más atrevidos se asomaban á la puerta de la caída en apiñado grupo para mirar á los músicos.

Varios criados de diferentes casas entraron presentando regalos: aves, frutas, miel, según

costumbre del pueblo, los cuales recordaron á doña Carmen la hora de la cena, y mientras la preparaban acudieron otras muchas personas á saludar á la familia de D. Evaristo por su feliz llegada.

Como la servidumbre advirtiese que la mesa del comedor iba en un carro retrasado, se dispuso que el servicio se extendiera en el suelo de la espaciosa caída.

En efecto, así se hizo. Trazaron con platos una gran circunferencia, dentro de la cual pusieron las fuentes de pavos, adobos, fritadas y otros exquisitos manjares, formando un apretado círculo.

Entre este círculo de fuentes y la circunferencia de platos humeaban grandes platonos de *morisqueta* y brillaban vasos y copas reflejando los fulgores de encendidas bujías.

Morisqueta, arroz cocido.

«El arroz se da en todas partes, y lo hay de varias calidades, algunas de las cuales son más finas, blan-

Alrededor extendieron las esterillas de Bálíuac para sentarse.

Encendiéronse los globos y faroles colgados en las ventanas, los que iluminaron caprichosamente aquella alegre estancia.

Los criados presentaron palancanas para lavarse las manos; las criadas distribuyeron cojines y almohadones, y todos los presentes se sentaron, comenzando el improvisado fes-

cas y sabrosas que el de Valencia. El que llaman de monte se siembra como el trigo, y el llamado bacal por los tagalos se da en menos de dos meses..... En tierras buenas produce regularmente el arroz cincuenta por uno de su semilla. El arroz *tubigan* ó de regadío se siembra primeramente en almácigas, y cuando tiene media vara de altura se planta en la tierra preparada, que por lo regular está cubierta de agua. Esta operación se hace regularmente por Agosto en tierra de tagalos, y se corta por Diciembre. Es el arroz el verdadero pan de los indios filipinos: lo comen cocido con agua solamente, y sin ella lo conservan hasta veinticuatro horas.»

(*Historia de los PP. Dominicanos*, por Fr. Ferrando, t. 1, páginas 21 y 22.)

tín. Y si hubiéseis visto sus sencillos movimientos, sus ingenuos modales, su modo de sentarse y hasta el uso de los dedos para tomar los manjares, os hubieran recordado las bíblicas tradiciones, las antiguas costumbres del Oriente.



III.—PASIÁM

El joven narrador continuó:

Llegó el siguiente día. Al ruido de las campanas echadas á vuelo, anunciando la salida de la primera misa, los habitantes del pueblo de Antipolo pusiéronse en movimiento. Eran las cuatro de la mañana cuando Nínay y sus padres, acompañados de la orquesta, salieron para el santuario.

Las estrellas se veían aún brillar como los ojos centellantes de una amada bajo transparente velo; pero la fresca brisa de la mañana anunciaba la aurora.

El tumulto de las gentes que se dirigen al templo; la iluminación de las tiendas guardadas aún por las sombras; el bullicio de la naturaleza que se despierta y se levanta; la aurora con indescriptibles colores deshaciendo las oscuridades de la noche; las ondulaciones de las montañas dejando destacar el campanario que se eleva entre el humo de las hogueras encendidas por el pueblo, presentan un espectáculo tan halagüeño, tan íntimo, tan lleno de palpitaciones, que convidan á mirar los cielos, á buscar en la inmensidad de las azules alturas un sér amado que atrae nuestras conciencias.

El altar de la Virgen de la Paz se ha cubierto de ofrendas; el sublime sacrificio de la misa ha terminado, y nuestros romeros salen de la iglesia con el alma llena de ilusiones y de esperanzas.

Alegre y delicioso comenzaba el día; mas luego ocurrió un accidente que, si bien desagradable en los primeros momentos, pro-

dujo después adelantos y grandes satisfacciones en los amores de Carlos.

Nínay, acompañada de su madre, al retirarse de tomar un baño en los manantiales del pueblo, vió una linda mariposa y tras ella corrió apresurada; en su anhelo de cogerla pisó una venenosa serpiente: *dahon palay*. Esta dirige su boca hacia la joven, quien horrorizada retrocede dos pasos, quedando inmóvil, petrificada.

Doña Carmen lanza un grito de espanto,

«La serpiente llamada **dahon palay**, por la semejanza que tiene á una hoja verde de arroz, es delgada y corta, y al que tiene la desgracia de ser mordido, le ocasiona instantáneamente la muerte. Nosotros hemos visto este reptil y sabemos que su existencia es real y verdaderamente cierta; será acaso el único venenoso que existe en Filipinas; pues no consideramos como tal la especie *boa*, llamada *culebra casera*, el *piton* y algunos otros reptiles sobre los que tanto se exagera.»

(*Les Philippines*, por J. Mallat, t. I, pág. 159.)—(Buzeta, *Diccionario*, t. I, pág. 42.)

invocando el nombre de la milagrosa patrona del pueblo: «¡Virgen de la Paz, salva á mi hija!»

Carlos, que siempre seguía los pasos de su amada, ve el peligro, y rápido como el pensamiento saca de su cinto el *talibon*, aparta al reptil, y de un tajo lo divide en dos partes, sujetando la cabeza bajo su pié.

Gentes del pueblo rodearon á la accidentada joven, atribuyendo su salvación á un milagro de la Virgen, y voló la noticia del suceso de casa en casa hasta á la de D. Evaristo,

Virgen de la Paz. Con esta advocación existe un culto fervoroso y profundamente arraigado en los habitantes de Filipinas, sólo comparable al entusiasta que despierta en Europa, entre los católicos, el santuario de Nuestra Señora de Lourdes.

Véase en el apéndice **A** la historia de la Virgen de Antipolo, escrita el año 1747 por el P. Murillo donde se refieren los numerosos milagros, tan populares en Filipinas.

Talibon. Especie de espada corta y delgada con empuñadura de machete.

quien acudió sobresaltado al auxilio de su hija.

El amoroso padre, al verla salvada, estrechó con efusión las manos de Carlos diciendo:

—Gracias, gracias, arrojado joven; le debo más que mi vida; cuente V. con nuestra eterna gratitud.

Con este inesperado acontecimiento, las fiestas de la Virgen fueron aún más brillantes, si cabe, que en años anteriores. Doña Carmen, devota fanática, atribuyendo únicamente al milagro la salvación de su hija, mandó celebrar magníficas funciones y numerosas misas en el santuario en acción de gracias.

Conforme á nuestra antigua y hermosa costumbre, cuando una familia es tocada por la desgracia, los amigos y parientes se apresuran á consolarla con sus cuidados y obsequios más ó menos costosos, según el cariño y la fortuna de cada uno; la de D. Evaristo, que era tan querida de todos por sus bellas cuali-

dades, se vió abrumada de visitas y regalos.

Todo era bullicio en la casa, todo animación; el duelo se convirtió en fiesta.

En la sala veíanse con frecuencia las más hermosas jóvenes del pueblo; en la caída estaba servida constantemente una gran mesa llena de exquisitos manjares con que eran obsequiados los visitantes.

Nínay era feliz al verse tan querida y agasajada; casi se alegraba del accidente por disfrutar de tantas manifestaciones de cariño; su corazón bondadoso estaba henchido de alegría y de gratitud. Y para que fuera completa esta felicidad, Carlos, á quien quería, era recibido en la casa por sus padres con placer y agradecimiento.—Es un motivo,—se decía,—para que le pueda hablar sin recelos ni inquietudes; leo en sus ojos la pasión, y en sus acciones la verdadera solicitud. ¡Bendita sea la Virgen de Antipolo que esta dicha me concede!

Mientras tanto Carlos gozaba de igual modo;

su pensamiento se agitaba embriagándose en el recuerdo de haber salvado á Nínay de una muerte segura; su corazón latía dulcemente al considerar que los padres de su adorada tenían un motivo ya para concederle la mano de su hija; porque es de advertir que entre nosotros, los filipinos, es preciso que el amante haga méritos reales para pedir por esposa á la joven amada¹. Entre los ilocanos es cla-

¹ «Tenían la costumbre de que el pretendiente de una doncella fuese á servir á casa de su futuro suegro durante tres ó cuatro años y ejecutase cuanto él le mandase, que por lo general eran los trabajos más penosos. Luego los padres del novio tenían que darle una casa, vestidos, etc., y se celebraba el matrimonio..... Este uso, que encontramos desde las primeras páginas del Antiguo Testamento, tampoco pudieron adquirirle de los musulmanes, que tienen por su Korán leyes sobre el matrimonio diametralmente opuestas. En la Laguna sigue esta costumbre, aunque el joven no vive en la casa de la pretendida.»

(Mas, *Informe*. Población, pág. 87.)

«Son las indias fecundísimas, pues cuentan mu-

var con la flecha una toronja colocada bajo el brazo cerca del corazón. Entre los pampangos detener á un caballo salvaje en su veloz carrera. Entre los visayas domar un búfalo montés. Carlos no había mostrado su destreza

»chas de diez á doce hijos, sin que la muchedumbre
 »les apure, por pobres que sean. Los que tienen más
 »hijas, más ricos se consideran, porque al casarlas, en
 »vez de dotarlas, reciben la dote que debe darles el
 »marido, ó exigen de éste en muchas partes servicios
 »personales por mucho tiempo antes de entregarle la
 »hija por esposa.»

(*Historia de los PP. Dominicanos en las Islas Filipinas*, por Fr. Juan Ferrando, t. 1, pág. 37.)

«§ 496. En los casamientos siempre han procurado,
 »que sean de igual calidad, y condicion los Nòvios; y
 »no se vsaba tener más que vna Muger propria, y vn
 »proprio Marido; pero era permitido tener algunas Es-
 »clavas por Concubinas los que eran Principales, y
 »Ricos, especialmente, si en la Muger propria no tenían
 »fruto. Y solo en Bisayas hallaron los primeros Reli-
 »giosos Ministros del Evangelio entablado el vso de
 »tener uno muchas Mugerres legítimas, y de Dotes
 »gruessos, que para plantar la Christiandad, no fué
 »pequeño estorbo. Lo comun era tener vna Muger sola

en lanzar un dardo, ni su valor para presentarse ante una fiera, ni su agilidad é intrepidez para sujetar un animal que en su correr semeja al viento. Pero era verdad que había detenido los pasos de la muerte, arrebatando

»legítima, y essa la buscaban, que fuèsse de los suyos,
 »y aun la más cercana en parentesco, salvo el primèr
 »grado, que siempre era impedimento dirimente de
 »sus Matrimonios. Los quales no eran indisolubles,
 »como los de los Christianos; Porque con bolverse las
 »Dotes los Consortes, vno á otro, el culpado al incul-
 »pado, bastaba para el Repúdio, y podian casarse con
 »otros: salvo que yà tubiessen Hijos, que toda la Dote
 »entera era de ellos; y si avia Gananciales del tiempo,
 »que estubièron juntos, los partían entre ambos, sien-
 »do públicos; que si eran secretos de alguno, este se
 »quedaba con ellos.

»§ 497. La Dote (que se llama *Bigaycàya*) siempre
 »la daba el Varon (y la dà en este tiempo) concertando
 »antes los Padres de ella el quanto, al tiempo que se
 »trataba del Casamiento. Esta Dote la recibian los
 »Padres de la Nòvia; y esta, ni ellos no ponian caudàl
 »alguno. Se tassaba la Dote, segun la Gerarchia de los
 »sugetos; y si acaso los Padres de la Novia pedian
 »mas precio del ordinario, estaban obligados à dar à

de su segur al sér más hermoso al par que el más adorado. Estaba alegre, era dichoso, y ¿cómo no había de llenarse de júbilo al ver que tan pronto se le había presentado ocasión de llenar estas heróicas y antiguas costumbres?

»los Cassados alguna Dádiva de prompto, como un
 »par de Esclavos, alguna Alhaxilla de Oro, ô algun
 »pedazo de Tierra de Sementera, para cultivo, como
 »aún hè visto yo practicado, y â esto llamaban *Paso-*
 »*nòr*. En este *Bigaycàya* se incluía lo que llamaban
 »*Panhimùyat*, que es lo que se debìa pagar â la Madre
 »de la Nóvia, por la crianza, y educacion de la Hija
 »con desvelos, y trabajos. Aquí se incluía tambien el
 »*Pasòso*, que es, lo que debían pagar â la Chichiva, ô
 »*Ama* de pecho, que la avia criado. Oy en dia, si acaso
 »no ay *Bigaycàya* en algun Casamiento por algun mo-
 »tivo, nunca se quedan sin cobrar estos renglones del
 »Novio, sobre que suele aver pleyto.

»§ 498. Esta Dote, ó *Bigaycàya* se daba (y se dá)
 »antes del casamiento, con toda la solemnidad, que
 »cabe entre ellos, con asistencia de gran concurso de
 »Maguinòes, Parientes, y Amigos de vno, y otro Nòvio;
 »y dàn â besar las Cruces de las Monedas (que se
 »cuentan, y se exhiben en público) en confirmacion,

Las amigas de Nínay, unas veces con sus cuentos graciosos, otras con leyendas tristes, y muchas con historias interesantes, hacían correr rápidamente las horas.

Entre estas amigas mencionaremos á la ín-

»y firmeza de los tratados; que luego se celebran con
 »fiesta, y regozijo.....

»§ 500. Lo que en España llaman trocar Sortijas,
 »para dejar afianzado el contrato del Matrimonio, y
 »las voluntades de los que hàn de contraerlo; aquí
 »tambien se hà vsado, dandose mutuamente alguna
 »Alhaja los Nòvios, y á esto hàn llamado *Talingbòhol*;
 »y â esto se seguía el *Habilin*, que es la señal, que
 »daban de la Dote, que avian prometido, como la se-
 »ñal, que se dá en las Ventas, para estar al precio
 »concertado, y para no poder vender â otro. Algunos
 »Padres hàn mantenido el penacho de señalar â la
 »Hija por precio la misma cantidad, que ellos dieron
 »â la Madre, quando se casaron.....

»§ 502. Tambien acostumbran en los Casamientos
 »llebar todos los Parientes, y Amigos que concurren
 »â ellos, alguna limosnilla cada vno. Y estas se escri-
 »ben en vna Lista allí mismo con gran cuenta, razon,
 »y cuydado, de lo que dió cada vno; porque si Pedro
 »Vg. dió dos reales en este Casamiento; otros dos rea-

tima de Loleng, que juega un papel importante en esta historia.

Pilar, que así se llamaba esta joven, era hija de un amigo antiguo de D. Evaristo, establecido há tiempo en Antipolo. Agradeció Nínay las visitas de Pilar, no sólo por la aten-

»les le dàn à él, si tiene en su Casa otro. Todo este
 »dinero se consume, ô en pagar, si del Casamiento se
 »debe algo; ô para ayuda de los gastos; ô si los Padres
 »de ambos Nòvios son avarientos, lo reparten, y se
 »quedan con ello; y si son piadosos, lo emplèan en el
 »*Pamamàhay* (que es el Ajuàr de la Casa) de los Nò-
 »vios; de modo, que no ay punto fixo en esto. Los Pa-
 »rientes màs cercanos dàn á la Nòvia vna Alhaxita,
 »en muestra de cariño, y no dan dinero; y estas Alha-
 »xillas son de la Novia, y no de otro.

»§ 503. Tres dias antes de la Boda se juntan en la
 »Casa, donde se hà de celebrar, todos los Parientes
 »de ambos, à hacer el *Pàlapàla* (que es un modo de
 »Enramada, con que dàn à la Casa màs àmbito, para
 »que puedan caber todos los Combidados, con des-
 »ahogo) y gastan los tres dias en hacer esto. Otros tres
 »dias son los comunes de la Boda, y su Festejo; con
 »que son seis dias de gasto, de bulla, de embriague-

ción, sino también porque por ella sabría los detalles de la fuga de Loleng. Así fué que una tarde, á la hora de la siesta, cuando todo el mundo descansaba, la suplicó que la acom-

»zes, bayles, y cantos, hasta que se quedan dormidos
 »de rendidos, y de llenos.»

(Fr. Juan Francisco de San Antonio, *Descripción de las Islas Philippinas*, lib. I, cap. XLV, páginas 168, 169 y 170. Manila, 1738.)

* En lo antiguo usaban ciertas Ceremonias, para juntar à los Nòvios la noche del Casamiento, que yà totalmente se hàn extirpado. Entre ellas era el venir la *Catalona* ó *Babaylana* (Sacerdotisa) à celebrar los Desposorios: para esto traían un venado, y con èl y, en èl se hacian las ceremonias, que en otros Sacrificios; se sentaban los Nòvios juntos en su Tálamo en el regazo de ciertas Viejas, que hacian el Oficio de Madrinas del Desposorio: ellas les daban de comer por sus propias manos à los Novios de vn mismo Plato, y de vn mismo Vaso bebian ambos: decia el Nòvio, que queria à la Nòvia, y esta que queria al Nòvio; y aquí se lebantaba la algazara de alegría, y gritos, cantando, baylando y bebiendo: y luego se lebantaba la Catalona muy messurada y les hechaba bendiciones.

pañase á su cuarto, y allí á solas la refiriese dicha historia.

Pilar accedió gustosa, y empezó de esta manera :

«Era Berto un bello y arrogante joven, hijo de una familia, aunque pobre, distinguida. Su valor rayaba en temeridad.

»En una ocasión, cuando nuestro pueblo se entregaba al regocijo en la Plaza Real, celebrando la fiesta, se presentó de pronto un búfalo furioso, llenando de espanto y terror á todos. Todos huían, y el alboroto y confusión eran terribles. Nadie se atrevió á acercarse á la temible fiera, y sin embargo, el peligro crecía, y era inminente una desgracia. Sólo Berto, que allí estaba, se abalanzó incorporándose con rápida destreza sobre el dorso del animal, y caballero en el mismo, hundió su talibon repetidas veces en el abultado vientre de la fiera, que mugía desesperada al sentirse sin duda dominada y vencida por tan débil y ligero cuerpo.

»Otro día se quemaba la casa de una pobre viuda; el fuego la rodeaba; por una ventana se veía un infeliz niño, con los brazos extendidos, pidiendo socorro; pero el cerco abrasador á todos imponía. Llega Berto, ve el peligro, toma una escala, la apoya sobre la ventana encendida, y veloz como el relámpago penetra en la habitación, coge al niño y lo coloca en los brazos de la madre. El niño estaba en salvo; pero el intrépido joven, como todos presintieron, estuvo á punto de pagar con la vida su caridad. La escala se había quemado y no había otra salida; pero de un salto, gracias á su agilidad y destreza, adquiridas en los juegos del *albung*, pudo salvar

Albung. Entre las manifestaciones del *sport tagalo* encuéntrase éste. Los muchachos, desde la más corta edad, se habitúan á arrojarse desde las mayores alturas á los ríos y al mar, apartándose del punto de partida horizontalmente, y suavizando la caída por medio de un ligero y hábil movimiento para caer sobre el agua en sentido perpendicular y de pié.

la distancia, quemándose, sin embargo, la ropa.

»Otros rasgos de valor y generosidad se contaban de él, y con razón era admirado y querido de todos.

»Loleng al lado de este joven fué adquiriendo la misma valentía, la misma generosidad y la misma intrepidez. Tienen razón los ancianos al enseñarnos que las cualidades del hombre á quien una mujer ama, sean buenas ó malas, son adquiridas por esta misma mujer; de igual modo que el río adquiere las cualidades del mar por la unión de sus aguas.

»Las jóvenes en general se disputaban las miradas de Berto; pero él, sólo amó á Loleng. Ella también le amaba, y latían sus corazones siempre á la par. Los padres consentían estos amores, que fueron venturosos hasta que D. Juan Silveyro con su hijo Federico llegaron aquí. Federico no pudo soportar la vida monótona del pueblo y marchó á Manila. D. Juan vió la hermosura de Loleng

y sintió por ella una loca pasión. Mas al saber sus amores con Berto, se propuso destruirlos. Para esto contaba con sus poderosas influencias y con que la existencia de los padres de Loleng dependía de él; los amenazó con la miseria si consentían en aquella unión. Desde entonces comenzó para los amantes la vida de amargura.

»Una noche mi amiga me contó que Berto deseaba morir; buscaba los sitios donde pudiera encontrar la muerte.

»—¿Por qué te ha dicho eso?—la pregunté.

»Y Loleng me contestó:

»—¡Ay, amiga mía, cuán desgraciada soy! Berto ha pedido mi mano á mis padres, y estos, inflexibles en su negativa, le despidieron sin darle esperanza alguna. Ante la negativa, quiso matar al infame causante de nuestros sufrimientos; mas yo le dije:

»—¿Y mis padres? ¿qué sería de ellos, ancianos y en la miseria?

»Y él replicó:

»—Que me dejen quererte; yo labraré una fortuna para ellos.

»Mas como el tiempo corriese, y todo lo que proponía era rehusado, me dijo:

»—Pues bien, Loleng, huyamos lejos, muy lejos, donde nunca pueda oír el nombre de ese vil.

»Pero como yo tampoco accediese á este nuevo proyecto, entonces loco, desesperado, exclamó:

»—La muerte será mi único remedio; adios.

»—Pero ¿qué te propones?—le repliqué.

»Y él me respondió con su acento decisivo:

»—Acabar de una vez con esta existencia insoportable.

»—Es que te lo prohibo.

»—¡Separarnos! ¡Verte en brazos de otro! ¿Crees esto posible, Loleng mía? ¿Para qué quiero la vida sin tí?

»—Berto, confía en Dios, confía en mí. Si ahora te sigo, ¿no sería profanar lo sagrado de nuestro amor, no sería marchitar la flor

que tan pura quieres conservar? Aguarda algún tiempo, quizá Dios nos dé mejores días, y entonces... el cielo, sin remordimientos... sin pesares...

»—Todo está dicho,—me respondió resueltamente;—yo no puedo vivir.

»Al verle tan decidido, y conociéndole como todos le conocemos en sus inquebrantables resoluciones, y yo medio loca de dolor, le dije:

»—Huyamos, Berto; falta á mis padres, falta á Dios, pero no puedo resistir la pasión que hacia tí me lleva.

»Hé aquí la escena que me contó mi pobre Loleng con los ojos bañados en lágrimas, los cuales desde aquel día no ví secarse ya más.

»Lucharon tres días con sus conciencias y con sus dolores, y á pesar de mis reflexiones y súplicas huyeron. En vano los padres afligidos los buscaron; en vano el lascivo hacendado puso en movimiento su poder para encontrarlos. Yo sufría horriblemente temiendo que los alcanzaran, pues el castigo hubiera sido

grande; pero Dios oyó mis súplicas, y los perseguidores volvieron sin tener noticia de ellos.»

—¡Pobres Berto y Loler.g!—exclamó Nínay enjugando sus bellos ojos llenos de lágrimas que al relato de esta triste historia la hizo derramar.—¡Desventurados! ¿Qué será de ellos ahora sin padres, sin amigos, sin hogar?

Desde esta secreta conversación la hija de D. Evaristo, por su desgracia, fué amiga íntima de Pilar. Nueva serpiente que se enroscó en su alma, más funesta que aquella de que la libró Carlos. Nínay, cómo el árbol del sándalo, cuanto más aromático y frondoso, tanto más atrae bajo su sombra serpientes venenosas. No sabía la infeliz que el veneno que Pilar llevaba en el pecho iba á derramarlo en su dicha, sin encontrar otro segundo salvador.

*
* *

Y aconteció por aquellos días que D. Evaristo recibió un aviso urgente de D. Miguel

Buán, padre de Pilar, que encontrándose gravemente enfermo deseaba hacerle una recomendación; quien al ver acudir á su amigo exclamó:

—Gracias, Evaristo, gracias, por haber acudido pronto á mi llamamiento. Me siento morir. Mi dolor era grande, no sabiendo á quién encomendar á la hija de mi alma. Pero ya estas tú y puedo morir tranquilo: la dejo en tu poder, al propio tiempo que mis bienes para que los administres y se los entregues cuando llegue á la mayor edad.

—Confía en mí, amigo querido,—contestó D. Evaristo,—prometo cumplir lo que deseas, y tu hija desde ahora será una hermana que tenga Nínay.

Y luego, llamando D. Miguel á su hija, la dijo:

—Desde hoy ese es tu padre,—señalando con los ojos casi apagados á D. Evaristo,—porque el Todopoderoso, hija mía, me llama al lado de tu madre; sé siempre honrada y

buena, que nosotros desde el cielo velaremos por tí.

Pilar, deshecha en llanto y muda de dolor, se arrojó en los brazos de su padre; el que sintiendo acercar su último momento lanzó una mirada de gratitud profunda á D. Evaristo, y espiró.

De esta manera Pilar entró en la casa de Nínay, y halló unos padres cariñosos y una hermana que la amó tiernamente.

Carlos frecuentaba la casa de Nínay, como se ha dicho, siendo por todos recibido con placer.

Como en la casa viviese ya Pilar, y esta apreciase las cualidades del valiente joven, ignorando aún los secretos amores de ambos, concibió por él una vehemente pasión. Pasión que fué contrariada cuando vió las miradas y atenciones del joven dirigidas á Nínay; pero la semilla había brotado y crecía rápidamente el árbol que pronto daría sus amargos frutos.

Pasó el novenario. D. Evaristo y su familia partieron para Santa Ana. Todos sentían cierta pesadumbre de abandonar aquel sitio tan pintoresco y delicioso. Nínay sobre todo iba tristísima, sin saber por qué. Aquel mismo sendero, aquellas mismas rocas cubiertas de verdura, aquellos mismos paisajes accidentados, aquel mismo río de abundantes aguas como de poesía, que há nueve días la daban tanto júbilo al contemplar, hoy los mira con melancolía inexplicable. La alegría ó la tristeza no reside en los objetos, sino en nosotros. Bien dijo el poeta ¹:

Todo espectáculo está
dentro del espectador.

Al fin llegaron al pueblo de Santa Ana, que celebraba su fiesta.

Por el camino opuesto, y cinco horas más

¹ Campoamor.

tarde, llegaba un joven de aspecto noble y airoso sobre un brioso caballo: detiene el paso, porque observa que las gentes que circulan por la carretera real se paran á rezar por las benditas ánimas del Purgatorio, al son lúgubre de las campanas. Mira su reloj y exclama:

—¡Las ocho! ¿será este paseo tan infructuoso como los anteriores?

Su corazón es una llamarada de deseos; su pensamiento es una sola idea: Nínay.

Han pasado muchos días sin verla.

—Sin embargo,—continuó pensando,—me han asegurado que D. Evaristo ha llegado hoy, víspera de la fiesta: ¡hoy veré á Nínay! los latidos de mi corazón así me lo dicen.

Así discurría, cuando pasaron á su lado varias niñas que acababan de salir de un zaguán, riendo y gritando:

—Vamos pronto, vamos pronto.

—¿Adónde vais tan de prisa niñas?—preguntó una señora mayor que iba tras ellas.

—A la Pagoda de D. Evaristo; comienza ya su orquesta á tocar.

Esta contestación, aunque muy rápida, resonó en el corazón del enamorado.

En verdad, los acordes de una armoniosa orquesta comenzaron á deleitar sus oídos y la gran iluminación del pueblo se presentó á sus ojos. El corazón sumido en el dolor, dejó de sufrir y latió de alegría.

Las dichosas almas del purgatorio, libres ya de todo tormento y sinsabores volando hacia las regiones purísimas de los cielos, cuando ven entre angélicas armonías las puertas resplandecientes de la gloria, enciéndense en una alegría inmortal.

Tal fué la alegría de Federico al contemplar por primera vez la fantástica iluminación del pueblo de Santa Ana, y al oír los acordes armoniosos de la orquesta de D. Evaristo.

Una ancha y larguísima calzada á cuyo extremo se levanta la iglesia con su torre

blanca, dominando el pueblo; á un lado lindas y caprichosas casas de *nipa* y caña; al otro, preciosos jardines, y en el centro una alfombra de verdura que la cubre en toda su longitud, rodeada de ancho paseo de coches; es la calle principal de la población.

Ahora bien, levantad en medio de esta alfombra tres pagodas; una que recuerde los arcos triunfales formados con motivo de las bodas reales de Luís XV; otra que copie las pagodas chinescas del tiempo de Chi-hong-ti ¹

Nipa ó **Sasá**, palma: sus hojas sirven para cubrir techos y paredes de casas, como también para quitar inmediatamente el dolor de la picadura del cien-piés. El agua que destila beneficiada como se hace con la del coco y que se llama *tuba*, sirve de excelente levadura para hacer pan de trigo; dicho licor ó *tuba* se da á los tísicos como la del coco. Produce vinagre y aguardiente y conserva la vista lavándose con él por la mañana; el fruto, esto es la *drupa*, es casi idéntico al coco, es comible como éste y tan sólo se diferencian en la figura. (*Nipa litoralis*. Nipa de playas.)

¹ Año 176 (antes de J. C.).

y la tercera del centro, que admire y alegre con su arquitectura índica retratando algún templo de las orillas del Ganjes; cercad esta alfombra con verjas y arcos de cañas entrelazadas, suspendiendo en ellas vasos de diversos colores, como los que suelen formarse en Versalles, en las fiestas de las «Grandes aguas,» y distribuid profusamente por ventanas y árboles, por caminos y jardines miles de farolillos, que recuerden los mejores tiempos de Venecia, y tendréis una idea aproximada de la magnífica iluminación que vió Federico.

Frente á una de las pagodas, Federico vislumbra la casa de Nínay, derramando resplandores por sus ventanas en el fondo de un jardín, iluminado á la veneciana.

¡Cómo palpita su corazón! Espía ansiosamente todas las personas que se acercan á las ventanas; arde en deseos de subir á la casa y á la vez teme presentarse de pronto. ¿Cómo sería recibido? Pero esta lucha terminó al ver

á Nínay pasear en el salón, cogida del brazo de otra joven. Sube rápido y decidido la escalera; entra en el salón y queda sorprendido ante la presencia de Nínay. Nunca la había visto tan hermosa. Llevaba un lindísimo traje; camisa de piña primorosamente bordada, cuyas mangas, semejando *conchas del euplectelo pasmoso*, dejaban descubiertos los bien torneados brazos; amplia falda de rica seda, á rayas azules y blancas, con *tapis* fino de Macabebe dibujaban sus caderas con líneas de voluptuosas promesas; un pañuelo encarnado de júsi, cuyas puntas, unidas por un magnífico broche, hacía resaltar la bellísima garganta hasta el nacimiento del seno, palpitante bajo un collar de perlas. Pendientes á la mestiza adornaban sus diminutas orejas;

Conchas del euplectelo pasmoso, llamadas vulgarmente *Regaderas de Cebú*. *Euplectelo* (*eu*, bien; *plectos*, tejido).—Zooph., género de los esponjarios.—(*Euplectela spectabilis* Owen.)

peinecillo y agujas de brillantes en forma de mariposas sujetaban las gruesas trenzas de su hermoso cabello, y unos ligeros ricillos que jugueteaban por su frente daban á su rostro encantador tanta gracia, tantos hechizos, que arrebataron á Federico. Acercóse á ella y medió entre ellos una conversación rápida en que el ademán exigente de Federico demostraba la perentoriedad de conseguir una respuesta favorable á sus ardientes deseos, adivinándose claramente en el rostro confuso de Nínay una negativa ruborosa, á la que siguió un gesto amenazador de Federico y una mirada suplicante de la joven.

Pilar, notando la agitación y la palidez de Nínay, comprendió que algo había pasado entre Federico y su amiga. Así es que apenas estuvieron solas la preguntó:

—¿Qué tienes? ¿por qué estás agitada? confíame lo que te sucede.

Nínay le contó la escena que había tenido con Federico, y los temores que abrigaba de

que volviese á insistir en su pretensión y fuera descubierto por Carlos, ocasionándole un gran disgusto.

Un rayo de alegría brilló en los ojos de Pilar, que vió en el despecho de Federico un poderoso auxilio para desunir los corazones.

La esperanza de ser amada por Carlos iluminó su alma.

Nada dijo á Nínay; pero desde aquel instante no descansó en adquirir noticias de Federico.

*
* *

Al día siguiente en que tuvo lugar la entrevista que acabamos de referir entre Federico y Nínay, á eso de las ocho de la mañana, un precioso y ligero coche salía del pueblo de Santa Ana en dirección á la otra casa de D. Evaristo, situada en el arrabal de Santa

Cruz¹. En él iban Nínay, sus padres y Pilar.

Se dirigían á esta casa para enseñar á Pilar su vida de trabajo.

Allí tenía D. Evaristo sus oficinas de comercio; allí doña Carmen y Nínay su despacho de brillantes y perlas; allí tenía también nuestra heroína sus clases de música y dibujo; allí, en fin, ayudando á su madre aprendía á ser útil, á ser trabajadora, como es costumbre en Filipinas. Porque es de consignar que los naturales del país exigen de las mujeres culto al trabajo; que no sólo sepan aten-

¹ «En este pueblo se encuentran escultores, curtidores, carpinteros, sastres, zapateros y otros oficios mecánicos. La industria se reduce á la agricultura y á la fabricacion de velas de cera, y el comercio al tráfico que sostienen sus naturales con las provincias limítrofes, comprando azúcar, añil, trigo y otros artículos agrícolas, ocupándose las mujeres en la venta de géneros y alhajas, entre las cuales hay algunas corredoras de lo mismo, diversas plateras y engastadoras.»

(Buzeta, *Diccionario*, t. 1, pág. 560.)

der á la economía doméstica, sino también un medio de sostenerse por sí mismas la vida. Por esto todas las jóvenes ricas ó pobres tienen á gala el decir: yo gano en perlas; yo en los cultivos; yo en los bordados ¹.

Doña Carmen, como india, rendía culto al trabajo, y acostumbró á Nínay á tenerle afición ². Como D. Evaristo había sido educado

¹ Costumbre semejante á la del reinado de Luís XVI (1780), en que era moda completar la educación de las altas clases de la sociedad francesa con el aprendizaje de algún arte mecánico. Es fama que el mismo rey era uno de los mejores cerrajeros de su época. Las nobles amamantaban á sus hijos sin jactancia ni prevención como generalizada costumbre.

² «Todo esto que he dicho de los hombres, en las mujeres es muy diferente, *saltem quoad modum*; porque son de mejores costumbres, dóciles y afables, tienen grande amor á sus maridos, y á los que no lo son: son verdaderamente muy honestas en su trato y comercio ó familiaridad, tanto que abominan con horror palabras torpes y si la frágil naturaleza apetece las obras, su natural modestia, aborrece las palabras. El concepto que yo he hecho es que son muy honradas

de igual manera, veía con placer los afanes de su hija, y contestaba á la crítica de la pereza: Yo quiero que Nínay sea trabajadora; quiero tener una hija virtuosa, alejando de ella la ociosidad. Ocupada en cálculos serios no tendrá tiempo para pensar en reuniones,

y mucho más las casadas, y aunque se cuecen habas, no es á calderadas como en otras partes. Para el español son muy ariscas, amando la igualdad de su nación y se acomodan, como decía un religioso extranjero, cada uno con cada una.»

(Carta del P. Gaspar de San Agustín del año 1725.)

«No hay duda que la modestia es una peculiar fisonomía en estas mujeres. Por el modo circunspecto y aun humilde con que los jóvenes solteros se acercan á sus queridas se ve que estas señoritas tienen á sus amantes á raya y se hacen tratar de ellos con el mayor respeto. La desenvoltura é impudencia no la he visto ni aun entre ramerás. Muchas de estas fingen resistencia y quieren ser vencidas, á brazo partido.»

(Más, *Informe*, t. I, pág. 124.)

«El observador cree advertir aquí notable superioridad intelectual y moral en la mujer sobre el hombre. Ella es previsora y laboriosa, por regla general, cualidades que en el hombre no suelen verse. Es ade-

ni en paseos, ni en amores; acostumbrada al relampagueo de las piedras preciosas, jamás la cegará la vanidad, puerta por donde entra la perdición; así hoy Nínay no se ocupa de cosas fútiles ni quiere aprender el baile, como ella misma dice, por huir del abrazo de un

más bondadosa, delicada y humilde, con un corazón accesible á todos los buenos sentimientos. La india filipina tiene algo de la mujer bíblica, y está justificada por sus cualidades, su influencia en estos pueblos.»

(Comyn, *Filipinas*, pág. 40. Manila, 1878.)

D. Raimundo Geler, escritor que reconozco ser el que con más profundidad ha escrito acerca de mi país, por más que yo no le siga en todos sus juicios, en su obra *Islas Filipinas*, cap. iv, pág. 45, dice:

«Este desarrollo intelectual de la mujer acusa una antigua civilización, que confirman las crónicas al hablarnos del estado del país, que ya citamos en el capítulo i, y la misma carta de Fr. Gaspar de San Agustín, así como de una desacertada conducta en el encauzamiento de la instrucción, puesto que no se utilizó convenientemente aquella rica semilla.

»La proposición general emitida por Huschke y confirmada por los experimentos de Welcher, que *la distancia que existe entre los dos sexos, relativamente*

hombre. Y á los que le acusaban de afán inmoderado por el lucro, contestaba: En mis negocios el capital produce el 10 por 100, mientras que el manejado por Nínay, el 1 por 100 á lo sumo.

Así se deslizaban los días para nuestra her-

á la capacidad del cráneo, aumenta con la perfección de la raza; de suerte que el europeo se eleva más por cima de la europea, que el negro por cima de la negra, indica que, en igualdad de condiciones, por carencia de cultura, la capacidad del hombre puede ser casi igual á la de la mujer, pero que en el camino del progreso es muy superior á la de esta.

»Después de lo expuesto, el fenómeno que en Filipinas se produce merece preferente estudio. Para su explicación vamos á valernos del precioso razonamiento que sobre la materia encontramos en Vogt, insigne profesor de la Academia de Ginebra: «Desde hace mucho tiempo se viene observando que en los pueblos que marchan con la civilización, el hombre sobrepuja á la mujer, mientras que en aquellos que han descendido de un grado superior, sucede por el contrario, que la mujer sobrepuja al hombre. Porque de la misma manera que en el dominio moral es la conservadora de los antiguos usos y costumbres, de las tradi-

mosa joven; así D. Evaristo y doña Carmen guiaban los pasos de su adorada hija por el sendero del bien, haciéndolo fácil, sin espinas ni sacrificios. Los libros, la música, la pintura, los oportunos consejos, el constante buen ejemplo, la cotidiana adoración al tra-

ciones populares de la familia y de la religión, aparece también en el dominio material conservadora de las formas primitivas, que no ceden sino lentamente á las influencias de las modificaciones del género de vida y de la civilización. Se sienta un principio verdadero cuando se dice que es más fácil cambiar la forma de la gobernación de un Estado por una revolución, que introducir algunas posibles modificaciones en la olla tradicional, aun cuando por su antigüedad fuera imperfecta y absurda; pues por esto mismo la mujer conserva en su conformación cerebral las huellas de su estado anterior de desenvolvimiento, sea que la raza haya marchado hácia el progreso, sea que la deje en retroceso. Esto explica en parte el hecho que la semejanza de los sexos es tanto más grande, cuanto que el grado de la civilización es mayor, y que los dos sexos se parecen tanto más en sus ocupaciones y manera de ser, cuanto menor es el grado de la civilización del pueblo á que pertenecen.»

bajo, las pequeñas tentativas y correcciones, esos ecos de palabras de paz, esas expresiones de cariño llenas de alabanza para lo justo, y de indignación para el vicio; esos mil y mil átomos de bondad, semillas de la dicha, con que la solicitud maternal esparce en la atmósfera del hogar, labraban para Nínay en el escondido seno de su familia, entre las agitaciones de la vida, una educación brillante, de risueñas esperanzas y venturoso porvenir, de la misma suerte que en el fondo del mar, entre las agitaciones de las olas, seres invisibles, filamentos de materia mucilaginosa levantan con la fastuosa decoración de las madreporas el fantástico palacio de los rojos corales.

Doña Carmen hizo que Pilar tomara parte en esta vida activa; pero la joven, acostumbrada al cariño de su padre, que nunca la obligó al trabajo, érale este género de vida muy penoso. Fija en la idea de hacerse querer de Carlos, sólo agitaba su mente en meditar los planes para desunir aquellos dos corazones.

IV.—PASIÁM

Taric prosiguió su relato diciendo:

Pasaron (hemos dicho) las fiestas; los talleres se abrieron y la casa de D. Evaristo volvió á su vida cotidiana: durante el día en Santa Cruz, al trabajo: por la noche en Santa Ana, al descanso. Movimiento y reposo, agitación y tranquilidad, el amor y la paz de la conciencia; todo se coordinaba en la vida de aquella familia afortunada.

Así, como dice Platon, que hay una voz interior melodiosa que despierta por la mañana á los amantes de la virtud, *cantando con toda su fuerza en los corazones*, yo digo también

que hay un duendecillo, ángel protector que despierta á los enamorados para no descuidarse en sus citas.

En efecto, todos los días Nínay precediendo á la aurora, bajaba al jardín, y Carlos, antes de las cinco, estaba ya en su observatorio para admirar su *estrella de la mañana*.

La naturaleza parecía recrearse en ellos.

Deliciosas mañanas enviaba la aurora á aquellos dos amantes para que disfrutasen pura y tranquilamente de sus amores.

Al fin los padres de Nínay mostraron al tiempo cuán incompleta es la previsión humana. Los hombres, ora criminales, ora honrados, concluyen siempre por olvidar alguna precaución.

Nínay, si al principio recelosa como niña criada en la reclusión del hogar, luego confiada en las caricias de su amante, habiendo vivido siempre en la más completa ignorancia de los peligros en que pudiera correr, manifestaba con el candor del primer amor

sus menores ideas á Carlos, y le describía los nuevos sentimientos que la agitaban; ya reía, ya lloraba, ora se cubría de palidez, ora ardía en rubor, en fin, se mecía en las encantadoras imprudencias de la virtud inocente. Unas veces hacía reflexiones sobre los siete años de más que Carlos tenía, á los diez y ocho que ella contaba, y los conceptuaba perdidos por no haberlos pasado en su compañía; otras, contemplaba el rostro dulce y bello de aquel cuerpo varonil, que se ejercitaba de continuo en los juegos gimnásticos y de cacería; otras, admiraba la elegancia y el porte del primero que pudo acercarse á ella, y como hasta allí no había reparado en ningún otro, imaginaba que Carlos era el tipo ideal. En una palabra, miraba y mostraba más pasión de la que es lícito á una joven mostrar, según las conveniencias en uso. Pero ¿qué entendía ella de lo lícito y lo ilícito? ¿Acaso sus padres le habían hablado de eso? El celo del amor materno la había ocultado siempre las tentacio-

nes del mundo y de la carne; sólo la había hablado de las del demonio.

No obstante, aunque más cuerdos sus padres, la hubiesen habituado paulatinamente al mundo, ¿Nínay era la misma de ayer? ¿no había cambiado por completo? Pensaba y sentía de muy distinta manera; otras ideas agitaban su pensamiento, otras sensaciones conmovían su corazón. Además, no es la naturaleza misma quien oculta al padre las primeras palpitaciones amorosas que siente un hijo hacia otra persona extraña.

Atrás el filósofo que intenta profundizar la naturaleza humana y hallar la causa de todas las cosas. En el fondo del pecho no arde la luz de la razón: lleno está de incomprensibles misterios, y los misterios del amor son como los del antiguo Egipto: el profano que se atrevía á descubrirlos, sin estar iniciado en ellos por las sombras inmortales, era al punto castigado de muerte.

El amor es sustancialmente creador, y si

toea algún sér, lo trasforma en otro; así una mujer vivificada por el amor es una mujer nueva: al día siguiente no existe la misma de la víspera.

Ahora bien, Nínay con amor es otra joven nueva, cuya vida principia; para ella todo es porvenir y debe aprenderlo todo.

Nínay, en efecto, aprendía nuevos gustos, nuevas aficiones, gustaba cada día más que le hablaran de cacería, de gimnasia, de música, de juegos de gallo; porque eran las aficiones favoritas de Carlos. Este encontraba ya placer en cuidar de las flores, en oír gorgorrear los pajarillos, en tratar de adornos de salones como de detalles domésticos, porque eran del agrado de Nínay.

Así los corazones iban cambiando sus sentimientos para latir á la par; así sus almas puestas ya en contacto, iban templándose inconscientemente, tomando el mismo son, para perderse juntos y abrasados en una vibración sonora de la eterna armonía; así

aquellos dos seres se preparaban sin darse cuenta, para no anonadarse en el momento sublime de la conjunción con lo infinito, en que dos espíritus se funden en una llamarada divina.

*
* *

Después de sus matinales conversaciones, Carlos marchaba de ordinario á su oficina; pero unas veces, en los días de fiesta ó de poco movimiento mercantil, iba á Napindán ó á Taguic, para cazar *ticling*, codornices y garzas, ó al interior de la laguna de Bay ¹ para sorprender las bandadas de ánades que for-

Ticling. (*Rallus torquatus* Lin.); (*Rallus philippensis* Lin.); (*Ortygometra ocularis* Gray.)

¹ «Bay es una laguna de las más grandes, hermosas y útiles de Filipinas. Mide de bojeo 37 leguas, se halla rodeada de más de dos docenas de pueblos, y dentro hay una isla llamada Talim: barcos de diferentes partes surcan frecuentemente la Laguna, y la abundancia de pesca y caza, unida á la facilidad del viaje,

man espesas nubes, cuando asustadas por algún ruido, levantan el vuelo, oscureciendo el horizonte.

Un día del mes de Junio en que Carlos se retrasó por haber prolongado más su conversación amorosa, se detuvo en Guadalupe, contentándose con la caza de palomas montesas. Mas cual sería su sorpresa cuando persiguiendo unas oropéndolas, que hacían su ruido en la entrada de la cueva de doña Geró-

su comodidad y deleite, dan lugar á que se vea muy visitada Bay por personas de todas clases.

»Si se sale de la Laguna, nos encontraremos en el acto en los montes, y en ellos todos los encantos y riquezas que puedan apetecerse: aguas riquísimas potables que abren el apetito, cascadas admirables, aguas termales, vegetación asombrosa y variada, caza mayor y menor abundante, ricas y diferentes minas y vistas grandiosas que obligan al hombre pensador á hincar la rodilla en el suelo, extasiado ante la magnificencia de Dios.»

(*Episodios nacionales de Filipinas*, pág. 248, por don Felipe M. Govantes, el ilustrado autor del *Compendio histórico del Archipiélago y su geografía*.)

nima, oyó el golpeo de un azadón repetido por el eco de la gruta. Era la primera vez que se acercaba á aquel sitio. Un continuo golpeo en aquel lugar solitario, era cosa de asombro y un pecho menos valeroso que el suyo, hubiera temido. Las tradiciones leídas de aquel abandonado sitio, los cuentos de gigantes y encantamientos tan comunes en Filipinas, las apariciones de los duendes y los *asuanes* agitaron de súbito sus recuerdos, y hubo instante en que el ruido que salía del interior de la gruta, creyó producido por descomunal antropófago, que escondía las víctimas entre las rocas. Sin embargo, lejos de amedrentarse, escuchó con atención y buscó el camino para llegar al origen de aquel ruido extraño.

El criado que le acompañaba dejó caer el saco de cartuchos que llevaba en la mano: estaba frío y tembloroso, casi no podía moverse de miedo.

Carlos penetró resuelto en la cueva; sus ojos acostumbrados á la claridad no vieron

nada en los primeros momentos, y solamente sintió un confuso rumor semejante al de lejana tempestad; era el aleteo de millares de *paniques* que pasaron rozando su rostro. Viniéronsele á la memoria las singulares y fantásticas grutas de los murciélagos de *Pasácao* y *Líman*.

Panique, especie de murciélago.

Pasácao y **Líman**, pueblos de la hermosa provincia de Camarines Sur, cuya población se calcula en 180.000 habitantes.

Procedentes de esta provincia y del interior de la Pampanga he recibido de la espléndida generosidad de doña Saturnina Salazar de Abreu y de D. José de Jesús numerosas clases de orquídeas completamente desconocidas y de una rara belleza, que superan á la *Crypipedia* y la *Ontoglossa*, tan buscadas en los mercados de Londres.

«Son dignas de ser visitadas, dice el P. Francisco X. Baranera, por lo fantástico de su estructura, en Pasácao y Líman, las grutas de los murciélagos y *paniques*, los cuales son en tanto número que el murmullo que levantan semeja al de una tempestad.

(*Compendio de Geografía de las Islas Filipinas, Marianas y Joló*, pág. 52. Manila, 1880.)

Una lechuza dejó oír su lúgubre graznido.

Cuando su vista se habituó á las sombras, entonces pudo vislumbrar un *lancape*, sobre el cual se dibujaba vagamente una forma humana.

—¿Será verdad la leyenda de la encantada doña Gerónima?—se preguntó deteniéndose: —¿será una hada misteriosa?

El golpeo del azadón que había cesado al

Lancape, lecho de caña.

Caña ó Bambú, en tagalo *Cauayan*.

En las orillas de los ríos y en los marjales de los campos se levantan grupos de cañas gallardas y enhiestas como delicadas plumas. Hay varias especies: la *cauayang totoo*, la *cauayang quilang*, de la que hacen los cargadores su *pinga*, y la *cauayang boo*, que se eleva mucho, y su hueco es de los mayores en cañas.

No podemos detallar aquí todos los usos para que se destinan los productos de esta colosal gramínea, la cual cuenta á veces 80 metros de longitud, y desde pocos milímetros hasta 20 y más centímetros de diámetro.

«Con las cañas, dice bien D. Sinibaldo de Más, fabrican los filipinos sus casas, andamios y puentes de

entrar Carlos volvió á herir sus oídos, sacándole de sus reflexiones fantásticas, y le hizo avanzar. La vibración metálica causada por el choque del hierro y la piedra denunciaba la proximidad del lugar buscado. Al fin avanzando más vió en una de las curvas de la gruta á un joven que, triste y abatido, cavaba una fosa. Casi sin darse cuenta volvió la vista hacia la forma echada en el lecho, y observó

»tres ó cuatrocientos piés de largo, por donde pasan
»carruajes y aun artillería: candiles, receptáculos para
»contener y conducir hasta 6 ú 8 azumbres de cual-
»quier líquido; bancos, sillas, camas, escaleras de
»mano, balsas, muchos trozos esenciales de las peque-
»ñas embarcaciones; esteras, cercos, empalizadas, cu-
»bos para sacar agua, cañutos que hacen servir de
»ollas para guisar el arroz; en fin tantas cosas salen
»de la caña que es cuasi imposible enumerarlas todas,
»y le parece á uno á poco de haber vivido en el país
»que no habría medio de pasar sin ella. El *teatro* de
»Manila es cuasi todo de caña. El *órgano* de la iglesia
»del pueblo de las Piñas es de caña y tiene muy bue-
»nas voces.»

(*Informe*, t. II, pág. 2, 1843.)

que era una joven hermosa, pero rígida y sin movimiento; y al fijarse en tan triste espectáculo, su corazón se oprimió.

Carlos se acerca al joven, que al ruido de sus pasos, y al verle, lanza un grito salvaje como el rugido del león sorprendido en su madriguera.

Carlos comprendió que aquel grito era producido por el dolor, y con acento lleno de interés y solicitud, le dijo:

—¿Sin duda habéis perdido al sér que más idolatráis en la vida?

Y el joven desgraciado con voz delirante le interrumpió:

—¿Y venís á gozar en mi dolor?

Carlos avanza algunos pasos más y le contesta:

—No vengo á gozar de vuestro dolor, sino á prestaros un consuelo, si consuelo tienen vuestras penas.

—Mis penas son inmensas y no tienen remedio;—contestó el infeliz.

Y señalando el *lancape* donde yacía el cadáver, añadió:

—Con ella se han acabado todas mis dichas, todas mis alegrías; —y arrojando el azadón, cubrió su rostro con las manos, prorumpiendo en lastimeros sollozos.

Carlos conmovido dijo:

—Sí, llorad, pero elevad los ojos al cielo, y allá la veréis amorosa, amándoos más que en la tierra; las lágrimas que derramáis al calor de vuestro sentimiento subirán como ligera nube hasta ella, y ella las recogerá para alimentar su propio amor.

Estas palabras consoladoras de Carlos llevaron el pensamiento del infortunado joven á gratos recuerdos que calmaron algún tanto sus dolores. Dejó caer la cabeza sobre el pecho y permaneció mudo como sumido en un letargo. Luego dió un suspiro como si despertase; sus ojos brillaron animando sus abatidas facciones, y estrechando las manos de Carlos dijo:

—¡Bendito seáis, señor, bendito seáis, que venís á consolarme, trocando mi amargura en triste resignación! Sí; ella me mirará desde el cielo; así me dijo antes de espirar: «En la primera estrella que fulgure en la tarde lucirá mi mirada; en la primera luz de la aurora brillará mi sonrisa para tí.

Después de estas palabras quedaron los dos jóvenes en silencio, el que interrumpió Carlos con voz cariñosa diciendo:

—Dadme el azadón, estáis fatigado; yo concluiré de abrir la fosa.

Levántase lentamente el apenado joven, y le contesta:

—Ya he concluído mi trabajo; iba á dejarlo cuando entrásteis. Mas ¿quién sois, señor?—añadió con un tono nacido del mayor agradecimiento;—¿quién sois, señor, que venís á consolar mi alma?

Carlos se hizo conocer, y el apesadumbrado joven comenzó á sentir agradable consuelo, y á su vez dijo llamarse Ber-

to, de una de las principales casas de Antipolo.

A las repetidas instancias de Carlos, Berto contó su historia de desgraciados amores.

—¡Oh, no puedo acostumbrarme,—exclamaba muchas veces interrumpiendo su narración;—no puedo acostumbrarme á la idea de haberla perdido! Cuando me acuerdo de las penas que mi Lóleng ha sufrido por mí, abandonando á sus padres, á quienes tanto amaba; cuando se me presenta á la memoria los caminos ardorosos de Antipolo á Taytay, de Taytay á Pásig, esas largas jornadas á pié, sin encontrar una sombra en las dilatadas sementeras caldeadas por un cielo abrasador, sin hallar una fuente para apagar nuestra sed, siempre corriendo, siempre temiendo ser alcanzados por nuestros perseguidores, siempre huyendo para hacer desaparecer las huellas de nuestro paso; y cuando todo hubimos vencido, cuando llegamos á esta gruta solitaria, donde pensábamos formar nuestro pa-

raíso, la muerte, envidiosa de mi ventura, me la arrebató. Juzgad si hay dolor semejante al mío.

—Continuad,—dijo Carlos;—vuestra historia me interesa.

En efecto, Carlos recordaba su estancia en las últimas fiestas de Antipolo, los lamentos de aquella madre abandonada y la historia que Nínay le contara con este motivo referida por Pilar, al mismo tiempo que fijaba la vista en el cadáver. Éste era de suavísimas facciones; de tersa y pura frente; de boca graciosa, cual entreabierto capullo; de pestañas que parecían haberse extendido como tupidos velos para apagar el fuego de las brillantes pupilas.

Tal hermosura, á pesar de la muerte, deleitaba los ojos, más que en noche oscura el centelleo de las voladoras luciérnagas que revisten de millares de luces los árboles, haciendo comprender á la pequeña inteligencia humana el misterioso movimiento de las es-

trellas rodando por la inmensidad del vacío¹.

A la vista de semejante belleza Carlos comprendía cada vez más la desventura del inconsolable amante, y rodaron por sus mejillas lágrimas silenciosas.

—Mi Lóleng,—continuó Berto,—era una de las más bondadosas jóvenes del pueblo de Antipolo, cuya condición era parecida á la naturaleza de la agradable hoja del betel².

¹ «Se encuentran luciérnagas volantes con una luz muy viva y temblorosa como la de las estrellas. Alguna vez da un enjambre de ellas en acudir á un árbol y le dejan preciosamente iluminado. He visto en una ocasión una pequeña alameda toda de este modo, que ofrecía una graciosa y magnífica vista que no es posible pintar con colores ni con palabras.»

(Más, *Informe*, t. 1, «Animales,» pág. 6.)

² La hoja del betel preparada con la nuez de la bongá (*Azeca cathecu*) y un poco de cal de conchas se llama *buyo*, y su masticación es un hábito, como el de fumar tabaco, de los que más privan en Filipinas. Se cree que el buyo es tónico y preservativo para los dolores de muelas.

(*Piper betel*. Pimienta betel.) Tallo trepa derecho

¿Cómo no había de ser perseguida siendo tan bella y encantadora? ¿Cómo no había yo de ser envidiado, siendo tan querido de ella? Lo comprendí todo.

Sus padres, amedrentados por D. Juan Silveyro, el hacendado del pueblo, que les aconsejaba lo contrario por sus lúbricos planes, me la negaron cuando la pedí por esposa. Esta negativa fué mi desesperación.

Siete años de pensamientos constantes, con penas, sobresaltos, persecuciones sin cuento y pruebas infinitas; ¡todo destruído con una palabra! palabra que destrozó horriblemente

por las estacas y árboles. *Hojas* hendidas en la base, aovadas, aguzadas, con los nervios medio esparcidos, enteras y lampiñas.

El buyo de Pasai junto á Manila es muy estimado, y el de Bavang, en Batangas, es el más apreciable de aquella provincia, y tal vez mejor que el de Pasai. Gusta de terreno algo arenoso y es preciso regarle con frecuencia. Los piés se renuevan pasado un año, y cuando se les deja que se hagan viejos echan sus flores y fruto como el *Litlit*. Al fruto se le llama *Poro*.

mi corazón. Mucho había sufrido; pero un débil rayo de esa deliciosa esperanza había sostenido mi alma.

Lóleng, echándose á los piés de sus padres, rogó, suplicó derramando torrentes de lágrimas; todo inútil; sus padres, amedrentados por las amenazas del lascivo señor, persistieron en la negativa. Entonces Lóleng, irguiéndose desesperada, les dijo: «Pues que me obligáis á vivir lejos del que amo, no extrañéis las desgracias que han de caer sobre vosotros y sobre vuestra desventurada hija.»

Era, pues, imposible nuestra unión. El poderoso del pueblo, con los padres de Lóleng, únicos que podían unir nuestro destino, para siempre nos separaban. Ante este imposible, busqué la muerte como único remedio á mi dolor.

Pero el cielo detuvo mis pasos, y pensé que si la abandonaba caería en poder de aquel infame; pues mi abandono hubiera sido la victoria del perseguidor.

Una idea salvadora agitó mi pensamiento, y me inspiró el plan de unirnos en otro pueblo. Así lo hicimos.

La fuga se verificó sin contratiempo alguno.

—¿Y cómo os habíais detenido en este sitio tan triste y solitario?—interrumpió Carlos.

—¿Qué queríais que hiciéramos? Huíamos constantemente de las persecuciones; luchábamos contra el coloso, contra su poder siniestro esparcido en nuestra atmósfera. El hacendado de Antipolo nos buscaba de pueblo en pueblo con la solicitud del búfalo que olfatea el olor de la pólvora; así, no había sitio tranquilo para reposar de nuestro cansancio. Mi pobre Lóleng, no acostumbrada á tantas fatigas ni á tantos sufrimientos, enfermó, y aquí hallé en la soledad un sitio seguro para esconderla de todo peligro, para cuidarla con todas las fuerzas de mi alma, para adorarla en el silencio como á mi Dios.

¡Ay! en el viaje de la vida, señor, no busquéis los caminos extraviados, que os condu-

cirán tal vez al precipicio. Seguid la gran senda; el objeto deseado está en su extremo.

Pero ¡ay! há tres días que el *tictic* ha can-

Tictic, pájaro que presagia desgracias y anuncia la aproximación de algún genio maléfico.

«En Filipinas, lo mismo que en Francia y España, se cuentan muchas personas que se estremecen al graznido nocturno de la lechuza, y se precipitan á consultar á una echadora de cartas, para que les prediga el porvenir.» (J. Mallat.)

Según la antigua superstición filipina, los principales genios maléficos son los siguientes:

«El *Tigbálang* ó *Bibit*, fantasma ó duende que ha solido aparecer en los Montes tomando figura ya de Viejo, diciendo que es el *Nono*, ya de caballo, ya de Monstruo etc. con que atemorizados los supersticiosos vienen á hacer las amistades con él, y reciben varios objetos como son pelos, yervas, piedras y otras cosas para conseguir toda clase de intentos y librarse de peligros. Al *Tigbálang* se atribuye también el extrañarse ó perder el camino los viajeros.

El *Patiánac* es un genio, especie de sátiro que suele aparecer en forma de niño para burlarse de los hombres, y hacerles perder el tiempo.

El *Asuang* es el genio que impide la felicidad de los partos.

Dícese que para dañarlos se esconde en algún árbol

tado encima de nuestras cabezas; há tres noches que hemos escuchado su siniestro canto; há tres tardes que nos ha anunciado la aproximación de las sombras, y la muerte nos ha tocado. No sospeché jamás que la muerte envidiaba también mi ventura.

ó en otra cualquiera casa cercana á la de la mujer que esté de parto, y allí canta á manera de los que están vogando.

Se le atribuye también la muerte de los niños.

Cuéntase que su amigo delator el pájaro *Tictic*, volando y cantando le encamina á las casas de las Paridas y que se pone en el tejado de la casa vecina y desde allí alarga la lengua en forma de hilo, que mete por el orificio en que remata el conducto digestivo del niño, y con ella le saca las tripas y le mata. Otras veces se dice que se muestra en figura de perro, ó de gato, ó de cucaracha que se mete debajo del petate, y allí ejecuta lo dicho.

(Véase la *Práctica del Ministerio*, por Fr. Tomás Ortíz.)

Mas todos estos genios maléficos se conjuraban con el nombre del «Dios solo, el Dios principal, y Mayor» que todos, al que los Bisayas llamaban *Lauon*, que significa *Antiguo*; y los Tagalos *Bathalà Maycapal*,

Dios que está en mi conciencia ha visto el móvil de mis pasos, la santidad de mi pensamiento.

El joven levantó los ojos al cielo, y extendiendo la mano con ademán altivo, prosiguió:

—Lóleng, juro ante tu cadáver vengar tus

»que quiere decir: *Dios Fabricador y Hacedor de todo.*»

(Fr. Francisco de San Antonio: *Descripción de las Islas Philipinas*, parte 1, lib. 1, cap. XLIII, § 433, página 150. Manila, 1738.)

Se conjuraban también con la invocación de los dioses menores, «Idolos que los Bisayas llamaban »*Diwata*, y los Tagalos *Anito*, cada vno con su destino, »y respeto: porque vn *Anito* era para los Montes, y »Campos; otro para los sembrados; otro para el mar, »y Rios; otro para la Casa de su domicilio; y á estos »los invocaban en sus trabajos, respectivo á cada uno. »Entre estos hacían también Anitos á sus Antepassados, y á estos era la primera invocacion entre todos: »y aún no se les quita aôra de la memoria este Anito. »De todos estos guardaban algunas figurillas mal hechas de Oro, Piedra, Marfil, ô Palo, y á estas llamaban *Lic-hà*, ó *Laràuan*, que es vna *Estampa*, ô *Imagen* entre ellos.» (§ 434, pág. 150.)

«También veneraban por Anitos, á los que tenían »fines desastrados, ô porque los matò el Rayo, ô el

penas. Dolor por dolor, muerte por muerte.

Se arrodilló junto al lecho, y posó sus labios ardorosos en la yerta frente de la joven. Quedara así por una eternidad, si Carlos, después de largo tiempo de silenciosa amargura, no le dijera:

»Caymàn, ô Cuchillo; porque estos, creían que subían
»luego à la Gloria, por el Arco del cielo (Arco Iris), à
»quien llaman *Balañgao*.» (§ 455, pág. 150.)

«Es cierto que los Infieles de estas Islas (en lo antiguo) conocían, que despues de esta vida avia otra
»de descanso (*Lañgit*), ô llamemosla Parayso (porque
»en el Cielo vivia en su sentir el Bathàla Maycapal
»solo) y que à este Lugar, como en premio, iban solos
»los Justos, los Valientes, los que tenían virtudes morales,
»y vivían sin hacer agravio à alguno. Del mismo modo (creyendo todos la inmortalidad del Alma en
»la otra vida) creían vn lugar de pena, dolor, y sentimiento,
»que llamaban *Casanàan*, à donde iban los malos, y à donde decían habitaban los demonios.» (§ 446, pág. 154.)

Para las adoraciones (*sambá*) y sacrificios (*simbà*) tenían los *Sinbahan* (lugar de sacrificios), servidos por el *Sónat* y los *Catalonas*. El nombre del edificio para el culto idolátrico se ha conservado y se aplica á las

—Amigo mío, es hora de que le demos sepultura.

Berto llevó la mano al pecho; creía que iba à estallar su corazón; mas con un supremo esfuerzo y ayudado por Carlos levantó el ca-

Iglesias católicas, del propio modo que se designa el sacrificio de la misa con el propio vocablo que empleaban los gentiles.

»El *Sónat* era lo mismo que Obispo entre ellos, à quien reverenciaban todos, como à quien perdonaba pecados, y ordenaba en Sacerdotes, y Sacerdotisas à otros, y esperaban salvarse por su medio y podia condonarlos à todos. Este Oficio era general en estas Islas; pero no andaba, sino entre los más Principales, y honrados, por sèr de grande estima entre ellos.» (§ 453, pág. 156.)

«El *Catalònan* era el Sacerdote, ô Sacerdotisa de los Sacrificios, que aunque de suyo era Oficio honrado, lo era mientras duraba el Sacrificio, que despues, poco caso se hacia de ellos (§ 454, pág. 156); porque los tenían por aragànes, y que vivían del trabajo ageno.» (§ 438, pág. 151.)

(Véase tambien la *Historia general de Philipinas* por el R. P. Fr. Juan de la Concepción, §§ 9 al 16, páginas 13 á la 24. Manila, 1788.)

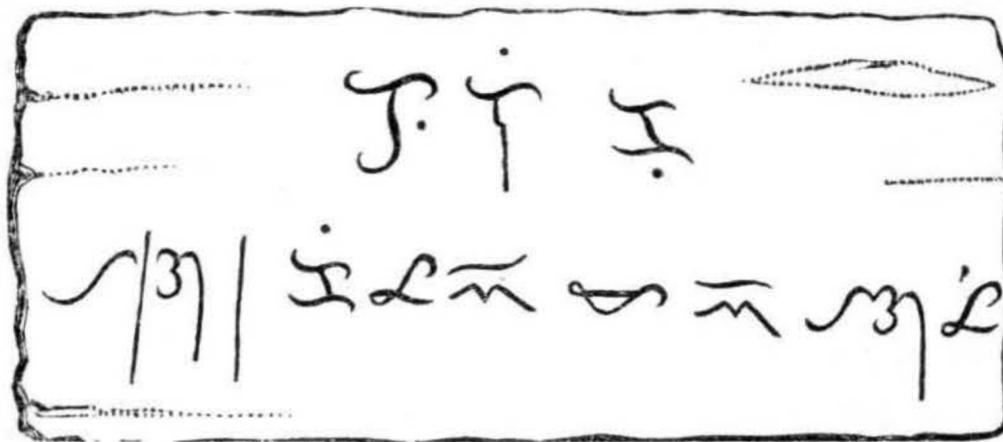
dáver, le sahumaron con *arandón* y *banalo*, y liándole en una esterilla de cortezas incorruptibles le depositaron en la fosa. Sobre ésta pusieron una tapa de *molave* en la cual

Arandón, árbol: las astillas de su madera quemadas producen un olor muy suave y aromático, y una resina que hierve é impide se haga ceniza la astilla: sus raspaduras se toman en agua ó vino y son amargas y estomacales. (*Daphne aquilaria*.)

Banalo, árbol: su madera es olorosa, de un color negro sucio fácil de trabajar. (*Cordia banalo*.)

Molave, árbol: su madera es de gran duración, y en el agua resiste los siglos; su aserrín fino es eficaz para curar heridas por grandes que sean, dejándole pegado á la sangre hasta que se caiga naturalmente. Es árbol de diversas provincias: el de la provincia de Cavite sirve para toda clase de construcción; color amarillo verdoso, textura fina, vidrioso, olor ácido, poros ligeramente marcados, rompe en astilla corta. El de Tayabas sirve para harigues; color ceniza con manchas pardas y amarillentas, textura compacta, poros ligeramente marcados, sin olor, fibrosa, rompe en astilla corta. Lo producen asimismo las provincias de Batáan, Pangasinán, Nueva-Écija, Misamis, Bulacán, Mindoro y Leyte, con muy pocas alteraciones en sus caracteres y con las propias aplicaciones. (*Vitex*.)

Berto había escrito con la punta de su talibón:



y plantaron alrededor venenosas *ligias* para librar aquella amada tumba de toda profanación.

Después de cumplir estas tristes ceremonias, Carlos ofreció á Berto su casa de San Miguel, donde podía hallar un seguro asilo

¹ Traducción: **Lóleng mía, hasta vengarte.**

Para la mejor inteligencia de los caracteres tagalos recomendamos el precioso folleto del distinguido lingüista D. T. H. Pardo de Tavera, titulado: *Contribución para el estudio de los ANTIGUOS ALFABETOS FILIPINOS*. (Losana, 1884.)

Ligias, árbol: es en extremo venenoso; las gotas

y vivir en la tranquilidad, pero el angustiado joven contestó:

—Agradezco profundamente el asilo que me ofrecéis; mas hasta cumplir mi juramento no quiero paz ni reposo. En las altas monta-

de agua ó rocío que corren por sus hojas son temibles; si caen sobre una persona le causan una erupción de dolorosos granos que es trabajoso curar. El remedio en este caso suele ser frotar dichos granos con sal ó agua salada. Con su zumo se puede pintar de negro sobre tejidos, sin que de ningún modo se borre el color; también haciendo incisiones en el tronco se saca una leche que luego se ennegrece, y que podría tal vez servir para barnizar obras de barro, por ser, al parecer, el mismo que llaman *Urusi* los japoneses.

«El *Urusi* ó el árbol del barniz no es menos admirable por su utilidad. Da un zumo blanquizco que emplean los japoneses para barnizar todos sus muebles, fuentes y platos. Aun en la mesa del Emperador, la vajilla y utensilios barnizados son preferidos á los más preciosos metales... El *Urusi* de Tamatto es el más estimado. (Kœmpfer, *Amenidades exóticas*.)

En tagalo se llama *ligas* (*Semecarpus Anacardium*), que según el P. Blanco es el mismo *tsi-chou*, ó sea el **Arbol del barniz de China**.

Los chinos hacen incisiones en el árbol de siete en

ñas de San Mateo está el pueblo de la libertad, allí encontraré el apoyo que busco, imposible, como bien sabéis, de hallar en Manila.

Berto pronunció estas palabras con tanta firmeza, que Carlos creyó inútil insistir en

siete pulgadas, en las cuales se colocan en tiempo de verano conchas en donde cae el licor por la noche; en tiempo de lluvias no sería puro el zumo. Estas conchas las recogen con un instrumento de hierro unos hombres con guantes y botines de piel y delantal de lo mismo colgado al cuello, sin más agujeros que para los ojos, untándose antes las manos y el rostro con aceite en donde se ha cocido una onza de fibras carnosas que se hallan entre la manteca del puerco para una libra de aceite. El licor de los árboles se filtra sin tocarlo con la mano por una tela que se tuerce para que no se pierda mucho. De mil árboles, es bueno cuando se recogen en una noche veinte libras de barniz; es decir, de uno no se obtiene ni aun media onza. Se aplica el barniz sobre las obras ó piezas añadiéndole el color que se quiere; y para que salga bueno se aplica más de dos veces, pues con dos solamente no sale bien la obra.

(Véase *Historia general de los viajes del Abate Prevost*. Madrid, t. x, pág. 108.)

que abandonase sus proyectos de venganza.

En la despedida se abrazaron los dos jóvenes como dos amigos antiguos; pues las grandes desgracias unen á los corazones.

Carlos, al salir de la cueva, halló á su criado lleno de estupor encomendando al cielo la vida de su amo; pues ya le creía en poder de la encantada doña Gerónima. Júzguese cuál sería su gozo al encontrarse con que salía sano y salvo, y le mandaba volver á la banca para regresar á Manila.



V.—PASIÁM

Al quinto día, para dar más variedad á las veladas, se leyeron algunas poesías, antes de continuar la historia de la difunta.

Un joven indio recitó el magnífico canto *A Filipinas*, por Pamap, que entusiasmó sobremanera á los concurrentes. Otro joven leyó algunos episodios notables de la *Historia India*, y luégo, D. José Valenla, célebre poeta tagalo, refirió sus graciosos cuentos con tanta intención y gracia, que fueron celebrados extraordinariamente con alegres carcajadas. Mas los europeos, aun-

que entretenidos con sumo agrado, no se olvidaban de la interesante historia de Nínay, y suplicaron á Taríc continuara su relación, á lo que accedió gustoso, comenzando de esta manera:

El gabinete de D. Evaristo era un cuadrilátero regular en cuyos lados se abrían cuatro grandes puertas; una conducía á la sala, otra á la *caída* y las dos restantes á la galería que resguardaba del sol y de la lluvia.

En sus ángulos se veían hermosos jarrones de Kioto y *vasijas de arcilla* de inestimable valor, procedentes de *Naga*. Sus paredes estaban cubiertas de mosaicos formados con las maderas más preciosas del país, cuya combi-

Naga, pueblo de la provincia de Camarines Sur, con 4.000 habitantes, dedicados á la agricultura, á la pesca y á la fabricación de telas que hacen las mujeres.

Vasijas de arcilla. «En la isla de Luzón, especialmente en las provincias de Manila, Pampanga, Pangasinan é Ilocos, tienen los naturales unos cántaros

nación de colores producía un efecto tan original como artístico. El pavimento, compuesto de anchísimas tablas de pulimentado molave, reflejaba como la superficie de un lago: la sillería blanca primorosamente tallada en Paete; una mesa de Bombay con sus dibujos é incrustaciones de marfil, y cuatro inmen-

»de arcilla de color oscuro y aspecto bastante feo, algunos de mediano tamaño y otros menores con dibujos y sellos. No saben su procedencia ni su época, »pues ahora no se llevan allí ni se fabrican en la isla; »los japoneses los buscan y los estiman, pues han »hallado que la raíz de una planta que llaman *Tscha* »(té), y que bebida caliente es deleitosa y saludable— »usándola los reyes y magnates de aquel país— sólo »se conserva y guarda bien en estas tinajas, tan apreciadas en el Japón, que forman el principal adorno »de las habitaciones. Tienen gran valor y las doran »exteriormente con mucho arte y las meten en una »funda de brocado.» (Morga, *Sucesos de las islas Filipinas*, f. 135, México, 1609.)

«El valor que los japoneses atribuyen á estas vasijas procede del papel que desempeñan en las misteriosas sociedades de té *Cha-no-yu*... A consecuencia »de las guerras religiosas y discordias civiles, el pue-

»sos estantes debidos á los escultores de Santa Cruz, que contenían libros raros, los más de botánica y conchología, á cuyos estudios era aficionado D. Evaristo. En los huecos que dejaban entre sí los armarios, pendían de las paredes magníficas manoplias en las que se admiraban desde la primitiva flecha del

»blo se había hecho rudo y salvaje, perdiendo el amor
 »á las ciencias y artes, apreciando sólo la fuerza bruta:
 »el derecho del más fuerte dominaba sobre la justicia.
 »El pensador Taikosama (1588) comprendió que debía
 »suavizar las gentes y hacerlas adquirir hábitos de
 »paz y de trabajo útil, para que su país prosperase,
 »asegurando así su dominación y la de sus sucesores.
 »Por esto prestó nueva vida á la sociedad *Cha-no-yu*
 »reuniendo en ella á los sabios y á las personas cono-
 »cedoras de las tradiciones patrias.

»El fin del *Cha-no-yu* consiste en apartar á los
 »hombres del influjo de los intereses mundanos y lla-
 »mar á su interior la tranquilidad completa incitán-
 »doles á la vida contemplativa. Todas las prácticas
 »de la sociedad van encaminadas al mismo objeto.

»Vestidos con trajes holgados y limpios, sin armas,
 »se reúnen los miembros del *Cha-no-yu* junto á su
 »señor, que después de dejarles descansar un rato

aeta de Mariveles, hasta el cris de puño labrado del sultán joloano.

El artesonado del techo, lo componían molduras entrelazadas que afectaban la forma de la caña, cuyas molduras se combinaban con otros adornos inspirados en la Flora de Filipinas.

»en la antesala, les conduce á un estrado dispuesto
 »expresamente para estas sesiones. En él se ven las
 »maderas más preciosas, pero carece de todo adorno
 »que pudiera distraer la imaginación; no hay colores
 »ni barnices, las ventanas son pequeñas y están cu-
 »biertas de verdura, dejando apenas penetrar la luz,
 »el techo es tan bajo que en la estancia no se puede
 »permanecer de pié. Los huéspedes atraviesan el um-
 »bral con pasos solemnes y pausados, el señor les re-
 »cibe con las fórmulas del ceremonial y se sientan
 »luégo á sus dos lados en semicírculo. Toda diferen-
 »cia de categoría desaparece. Se sacan de sus fundas
 »las preciosas vasijas con solemnes ceremonias, se las
 »saluda y admira con igual respeto, y según fórmulas
 »prescritas se calienta el agua en un hogar dispuesto
 »al efecto, se saca el té de las jarras y se prepara en
 »las tazas. El té consiste en las hojas verdes, reduci-
 »das á polvo, de un arbusto del mismo nombre, que

En medio de esta habitación, llena de carácter y de conjunto originalísimo, conversaban íntimamente sentados en un diván forrado de seda china, D. Evaristo y doña Carmen. Oigamos su coloquio, pues es de suma importancia para Nínay.

»tienen propiedades excitantes. Con el más profundo
 »silencio se va saboreando la bebida, mientras se quem
 »ma incienso en la elevada ara de honor *toko*. Des
 »pués de recoger el espíritu empieza la conversación,
 »que solo puede versar sobre asuntos abstractos (la
 »política no está, sin embargo, proscrita en absoluto
 »de las conferencias). El precio de las vasijas usadas
 »en estas reuniones es muy elevado y no inferior al
 »de nuestros mejores cuadros. Taikosama solía recom
 »pensar á sus generales dándoles estos objetos en vez
 »de concederles tierras como antes se hacía. Después
 »de la última revolución fueron premiados los princi
 »pales Daimios (príncipes) por el Mikado, á quien ayu
 »daron á recuperar el trono de sus antepasados, con
 »estas vasijas del *Cha-no-yu*... En los tesoros del Mi
 »kado y del Taikun y también en algunos templos, se
 »conservan dichas vasijas entre las más altas precio
 »sidades, con documentos explicando su procedencia.»

(*Viajes por Filipinas*, de F. Jagor, cap. xv.)

D. Evaristo decía: Eso es lo que me acaba de suplicar nuestro buen amigo D. Severino.

El tiempo marcha y con él las cosas. Nuestra querida Nínay ya tiene sus 19 años.

—¡Ay, mi Virgen de la Paz! No puedo conformarme, — contestó doña Carmen, — á la idea de que se irá de nuestro lado.

—Nunca lo hará: creo que la intención de Carlos es vivir siempre con nosotros.

—No le des por ahora ninguna respuesta, replicó la amante madre, hasta que volvamos de nuestras vacaciones de *Pagsanhan*.

Pagsanhan. Uno de los pueblos principales de la provincia de la Laguna, próximo á la orilla izquierda del río á que da nombre, en terreno llano, distante una legua de la playa SE. de la laguna de Bay, y rodeado de bosques poblados de árboles frutales. Su clima es sano y fresco, por cuya razón concurren en tiempo de los calores considerable número de familias á disfrutar sus templadas auras y de los baños de río, y muy particularmente las aguas termales del río Bumbuñgan.

¡Qué recuerdos tan gratos despiertan en mi memo-

Le he prohibido que vaya á vernos; quiero hacer esta prueba, como me ha aconsejado el P. Rafael, mi santo confesor: pasar un mes sin que se vean con el fin de observar si los dos se aman verdaderamente.

ria este pueblo con sus bosques, y sus jardines, y sus ríos, y sus cariñosos habitantes! Los nombres de Margarita y Leonor Valenzuela, los de Orang, Téntay y Feliciano Molo, los de Hócson, Montero, Guevara y tantos otros que llevo grabados en el corazón no los borrará jamás el olvido. ¿Qué corazón ha de olvidar, que no sea ingrato, aquellos espléndidos festines con que me obsequiaron á porfía; aquellas serenatas dadas por los principales jóvenes en noches serenas de luna tropical; aquellas animadas cacerías de ciervos, jabalíes y ánades sin cuento; aquella grata excursión á la renombrada cascada del Botócan; aquel atrevido remontar de la poderosa corriente de las aguas del Macdapío, elevada montaña dividida en dos desde la cumbre por el esfuerzo de un cataclismo; aquel indescriptible paseo por el río Bumbunġan, cuya cristalina superficie retrataba con placer las encantadoras dalagas que deleitaban nuestras barquillas? ¡Paisajes magníficos, horas felices que la lengua no acierta á expresar, ni la pluma á escribir!

A lo cual respondió D. Evaristo:

—Nuestro amigo D. Severino, me ha referido en confianza, que al preguntar á Carlos si Nínay le amaba, contestó: «Creo que soy amado, y si no lo fuera, estoy seguro de que mi corazón terminará por ganar el amor del corazón que he escogido.»

—Lo que me gusta de Carlos es su modestia sin estudio, y su altivez cuando se le falta; pero es humilde y dócil con el lenguaje del cariño. Esto sin duda es una ventaja para el bienestar del matrimonio, sobre todo para la mujer. Santa Rita le haga buen marido.

Dejemos á los felices cónyuges en sus pláticas íntimas, y pasemos al jardín de Nínay.



*
* *

El jardín de Nínay formaba un regular exágono, en cuyos vértices se gallardeaban magníficos mangales, produciendo impene- trable sombra, y en sus lados se ostentaban elegantes detalles, como un pabelloncito de lectura con sillas y mesas rústicas, una vasta pajarera en la que abundan rarísimas espe- cies, un kiosko de *plátanos*, cuyos troncos

Plátano. (*Musa paradisiaca*. Musa del Paraíso.)

«Los españoles los llaman *plátanos*, los portugueses *bananas*. Otros los nombran *Higuera de Adán*, porque creen que habiendo comido su fruto, causó nuestra común ruina. En las islas se cuentan hasta 57 varie- dades.» (P. Blanco.)

De una de ellas (*Musa trogloditarum* = Musa de los trogloditas de telares) sale el *abacá*, el renglón de co-

relucientes sirven de columnas y las anchas hojas de bóveda, cobijando macetas de flores delicadas; un montecillo en el cual se balan- cean vistosas plantas en apiñados grupos, formando canastillos de variados colores; una gruta de artificiales estalactitas, donde á pri- mera vista se ve una estatua de mármol de la Virgen; gruta que sirve de templo para celebrar las fiestas de María en el mes de Mayo; un baño de estilo pompeyano, recos- tado en un aljibe, que sostiene la azotea, en la cual vimos á Nínay al resplandor de la luna entre flores y estrellas, inocente y pura, padecer el deseo de amor, en aquella noche de sus primeras inquietudes. En medio de

mercio más rico y productivo de las islas. Se saca de las pencas que forman su tronco desde la raíz hasta las hojas, cuyos filamentos, semejantes á los de la pita, sirven para hacer cuerdas y maromas. De los mismos se fabrican tejidos y ropas de varias especies, desde las guinaras hasta el más fino y delicado *sina- may*, muy parecido á la piña.

este espacio exagonal había una fuente de caprichoso gusto que esparcía por todos lados murmurios y frescura. Todo era alegre. Las ideas soñadoras, las ilusiones angelicales de Nínay habían comunicado encanto á todos los objetos; se respiraba poesía. No era, pues, de extrañar que las avecillas atraídas así por el encanto como por la soledad del sitio durante el resto del día, en que la joven iba á Santa Cruz, eligieran aquel sitio para colgar sus nidos y cantar sus amores. Aquí Nínay buscaba el secreto de sus emociones involuntarias y creía encontrarlo en su atmósfera impregnada de perfumes de una eterna primavera; aquí, llena de gracias y de puerilidades, soñaba en la dicha, bordaba el velo de su porvenir en una continua fiesta: aquí, en fin, tuvieron su paraíso los dos apasionados amantes. ¿Será menester ahora describir el deleite de Carlos en esta gratisima soledad, al lado de su amada, oyendo el murmurio de la fuente, el canto de las aves; viendo cada

rama convertirse en arpa pulsada por el viento, cada flor en incensario de dulce aroma, cada planta en ramillete de flores?

*
* * *

Una mañana de profunda calma, de esas caliginosas que produce un país á los 14° del Ecuador, sentáronse ambos jóvenes bajo la sombra de un *mangal*, y se miraron tras breve silencio. Carlos al fin exclamó:

Mangal. Arbol cuyas ramas forman una copa esférica.

»Este árbol, tan trivial en Filipinas, se dice comunemente que no es indígena del país, sino que ha venido de la India; pero yo creo que alguna otra variedad será en efecto de allá, pero no todas. Sus hojas á veces tienen diez pulgadas de largo. Se eleva á la altura de más de diez varas. Tarda muchos años (creo que diez) en dar fruto, y para que lo haga más pronto acostumbran los indios hacerle muchas incisiones en el tronco. También ponen fuego debajo del

—¡No volverte á ver en tantos días!

—Así lo han dispuesto mis padres—contestó Nínay dando un suspiro.—Esta tarde saldremos de aquí y llegaremos á Pagsanhan mañana: allí permaneceremos un mes.

—¡Cuánto dolor me causan tus palabras! Treinta días lejos de tu lado, sin poderte yo seguir. ¿Durante este tiempo no te olvidarás de mí?

»árbol para lograr con el calor del humo mangas tempranas por el subido precio que tienen. Por Enero, ó más antes, y aun hasta el mes de Junio, arroja una multitud infinita de flores, cuyo agradable olor se percibe desde lejos. La mayor parte se cae, y aun del fruto que queda todavía parece mucho, particularmente si llueve copiosamente. Por eso dicen los indios que cuando hay abundancia de mangas, la cosecha del arroz es escasa, y abundante cuando hay pocas mangas, y su pronóstico suele salir cierto. También cuando hay muchas mangas suele haber enfermedades, lo que es consiguiente á la escasez de las lluvias... Es la primera de las frutas del país y muy sana.

»El zumo de las ramas de la manga es cáustico. Sus hojas frotadas entre los dedos despiden un olor muy

—¡Olvidarte! jamás,—respondió la joven.

—¿Me amarás siempre, alma de mi alma? Nínay fijó en los ojos ardientes de Carlos los suyos, y los bajó toda confusa murmurando sus labios un *sí* leve como un suspiro.

—¡Oh! Nínay mía, te amo tanto que quiero darte la prueba mayor de mi cariño. Este anillo—dijo Carlos quitándose uno del dedo pequeño,—me lo dió mi madre al morir. De

»grato. Los cogollos y las hojas ya amarillas cocidas en agua comunican á ésta un sabor como el del té, y algunas mujeres la venden como tal. En algunas partes se tiñen de negro las telas blancas de algodón con las cortezas de la manga, las que, metidas después en lodo (como el de los revolcaderos de los búfalos), adquieren el color deseado, aunque no muy bueno. Las raíces cocidas en agua dan un color pajizo, que se pone más subido añadiendo lejía. La fruta de la manga creen algunos que es cálida, sin dar razón alguna para ello. Lo que hay de cierto es que da sueño, y que suele producir ligeras erupciones en la piel, iguales á las que causan á veces las naranjas ó limones tomadas con frecuencia en la misma estación.

(*Flora de Filipinas*, por el P. Blanco.)

todo lo que poseo, es el objeto que más aprecio y me había prometido llevarlo eternamente. Tómalo y dame el tuyo. Este cambio sea el testimonio de nuestro amor.

—Ahí lo tienes,—respondió la joven entregándole el suyo, añadiendo:—mas escucha lo que me dijo mi madre cuando me lo dió: «Toma Nínay este anillo *anteng-anteng* y de él nunca te separes. Es un talismán de nuestra familia que nos proporciona ventu-

Anteng-anteng, imagen, figura ú objeto al cual se atribuyen virtudes portentosas. Es una superstición común entre todos los pueblos. Los latinos los llamaban *probra*, *servatoria*, *amolimenta*, *proefiscini*. Los mismos cristianos no pudieron sustraerse de ellos. San Juan Crisóstomo reprende á los de su tiempo por servirse de ligaduras, sortilegios y por llevar sobre ellos piezas de oro representando á Alejandro Magno, guardadas como preservativos. El concilio de Laodicea interdice á los eclesiásticos que llevan amuletos ó filácteros bajo la pena de degradación. Carlo Magno les defendió en sus Capítulos. Son también de este género de superstición las piedras grabadas conocidas con el nombre de *abraxas*.

ras. Así ha venido heredándose de padres á hijos desde tiempos remotos.»

—Nunca te arrepentirás, Nínay mía, de habérmelo dado. Juro guardarlo hasta exhalar mi último suspiro,—dijo Carlos al ver el anillo en sus manos; y sin poderse contener estampó un beso apasionado en la frente de Nínay.

Ésta, como una *sensitiva*, cerró los ojos avergonzada, sintiendo correr por sus venas sensación desconocida; su cuerpo, como si no pudiese llevar el peso de una gran fatiga, se dobló tiernamente; sus ojos vertieron lágrimas. Era un lirio que se inclinaba bajo la lluvia copiosa que había caído sobre su cáliz. El verdadero amor bajaba á su corazón y la inundaba toda.

Carlos estrechaba contra su cuerpo el de la

Sensitiva. (*Oxalis sensitiva*.) Planta que apenas se la toca cierra al punto sus hojas hacia abajo, motivo porque se llama en tagalo *macahia*: **vergonzosa**.

apasionada joven; en su finísima tez veía correr la sangre alborotada; sentía sus estremecimientos nerviosos; aspiraba en su divina boca el fuego que la encendía.....

.....

Al aspirar aquel perfume embriagador que la rodeaba; al ver aquella luz de sus miradas, aquella gracia seductora de sus movimientos, Carlos exclamó:

— ¡Cuán hermosa estás así, Nínay mía!

— ¡Carlos mío!

El joven se levantó al par de las sacudidas de su pecho; con fuego en la mirada, ardor en el rostro, respiración entrecortada, nervioso, apasionado, arrastró á Nínay hacia la gruta.

La joven se dejó llevar aturdida é inocente.

Apenas entraron, Carlos vió destacarse sobre el fondo oscuro de la gruta la blanca imagen de la Virgen María, y todo convulso, rechazó de su lado á Nínay, alzando los ojos al

cielo. ¿Será verdad que ciertos lugares ejercen secreta influencia en las disposiciones del alma? ¿Será ocioso preguntar si aquella imagen de María estaba bien colocada en el jardín?

Así el fuego de la pasión penetró en el pecho de la inocente joven, sin menoscabar su pureza, como el rayo solar atraviesa la piedra preciosa sin mancharla, antes bien enriqueciéndola con las ricas galas de sus irisados colores.

* * *

Después de la excursión á Pagsanhan, Carlos obtuvo permiso de frecuentar la casa de Nínay, donde iba todas las noches, pasando horas tan gratas y deliciosas, que nunca se separaron los dos amantes sin quejarse de la brevedad del tiempo. En una de esas noches encapotadas del mes de Agosto, temidas por

su gran oscuridad, Carlos, al retirarse de la casa de D. Evaristo, caminaba lentamente, montado en su caballo predilecto, por la gran calzada de Paco, extasiado con el recuerdo de la última conversación que había tenido con Nínay, cuando oyó las campanas tocar á rebato; detuvo el paso de su corcel y preguntó á los transeuntes la causa de aquella alarma. Dijéronle que en el pueblo inmediato pedían socorro. Acaso porque no pensaba más que en su amada, creyó que aquella alarma era por la casa de D. Evaristo. Volvió sobre el camino andado, no ya á paso de recreo, sino ligero como el viento. Entró en el pueblo de Santa Ana, y en efecto, le informaron que la casa de D. Evaristo estaba llena de *tulisanes*. Estos rodearon la casa, y ningún vecino se atrevía á socorrer á la asaltada familia, por temor de hallarse con la

Tulisán: bandido.

muerte. Cinco cuadrilleros que osaron penetrar en los jardines de la mencionada casa fueron asesinados á puñaladas, y sus armas aumentaron la fuerza de los bandidos. El gobernadorcillo del pueblo no hacía otra cosa que perorar á la vecindad para que acudiera al lugar del siniestro; pero nadie respondía al llamamiento: tal era el espanto general. En esto llegó Carlos, se abrió camino por entre la multitud: «Os piden socorro y no acudís; ¿dónde está vuestro valor? el que no sea cobarde que me siga,» dijo arrebatando la espada de un cuadrillero, y precipitándose en el jardín de D. Evaristo.

Algunos guardias y vecinos del pueblo, animados por la acción y las palabras del intrépido joven, le siguieron. Una descarga nutrida los recibió, y cayeron muertos tres vecinos y el caballo de Carlos. Éste, más animado aún si cabe, se abalanza á los bandoleros; mata á uno, derriba á otro, hiere á este, hace correr á aquel; por entre las espadas que seme-

jan *juncias disformes*, Carlos resplandecía con su traje blanco como un cisne real cerniéndose en diferentes direcciones. El valor ciego de este joven, defendido sólo con la armadura de su fiereza, excitó la atención de toda la cuadrilla, y su jefe no pudo menos de fijarse en él, y reconociéndole exclamó:

—¡D. Carlos!

Ante este grito y la actitud del que lo había proferido, como por magia desconocida depusieron las armas los tulisanes. Nuestro héroe reconoció al que le había llamado, y exclamó á su vez:

Juncia disforme. (*Cyperus difformis.*) Planta acuática cuyas hojas son de figura de espada.

Es muy conocida; crece á la altura de un hombre, y su tallo se hace de más de una pulgada de grueso. Con ella se hacen los petates gruesos llamados *Bang-coan*, y también petates finos y muy curiosos llamados *Sinabatan*, que tiñen de varios colores preparando y cociendo antes las hojas con las del *Memeylon*; si bien dicen algunos que estas esteras son frías y dañosas al cuerpo, y que son preferibles las del Buli.

—¡Berto!

—¿Cómo, D. Carlos, exponéis de esa suerte vuestra vida?

—Porque mi vida está aquí,—contestó.

—¡Es cierto lo que me decís!—dijo Berto admirado.

—Que me coja dormido un caimán si falto á la verdad.

—¿Amáis entonces á la joven hermosa que hemos apresado?—preguntó el jefe de la cuadrilla.

—¡Que la habéis apresado?—exclamó Carlos con espanto.

—Sí, pero no tengáis cuidado; os será devuelta.

—¿Dónde está?

—Corramos, la conducen á la banca.

—Que me la devolváis sin lesión alguna; que nada toquéis de esta casa,—dijo con brava energía el joven intrépido.

Se dirigieron precipitadamente hacia el río y al divisar á Ninay, á quien atada de piés y

manos, desvanecida de terror, la metían ya en la banca, Berto dijo á los bandidos:

—Poned en libertad á esa joven.

Y dirigiéndose á su amigo de la cueva de doña Gerónima añadió:

—D. Carlos, os la devuelvo.

—Gracias, Berto.

Y Carlos viendo á su amada Nínay fuera de peligro, le preguntó:

—¿Cómo os habéis hecho tulisán?

—Mi desgracia me arrastra á este estado. Os dije que deseaba ir á las altas montañas de San Mateo para hallar medios de realizar mi venganza. Pues bien; no se penetra en aquel pueblo de la libertad sin tener la ejecutoria de hombre de valor; he dado buenas pruebas de ello, y por ellas me han elegido jefe de la presente cuadrilla. El secuestro de esta joven (señalando á Nínay) era la última prueba para que yo fuese admitido en el pueblo y ayudado por sus habitantes.

Sin perder más tiempo, Berto tocó un sil-

bato; dió señales misteriosas, y algunos tulisanes prendieron fuego á una de las casas inmediatas. Berto y los suyos, como lagartos ligeros, se metieron por entre los árboles y ganaron sus bancas, las cuales se deslizaron sobre las aguas del Pásig como cohetes que dejan tras sí huella luminosa; y se escaparon mientras el pueblo apagaba el incendio de la casa, cuyo techo, rodeado de llamas, parecía un mago de la noche que hacía danzar á su rededor comparsas de bailarinas.

Carlos desató las ligaduras que ataban los pies y las manos de Nínay, y cogiéndola con suma delicadeza entre sus brazos subióla á la caída. Vuelta en sí la aterrada joven, su gozo fué inmenso al reconocer á Carlos que por segunda vez le salvaba la vida.

Mas al no ver á sus padres toda trémula le preguntó:

—¿Dónde están? ¿Los habrán muerto?

—Ahora los buscaremos, — contestó el joven.

Fueron inmediatamente hacia el dormitorio de D. Evaristo, á quien encontraron lleno de heridas, atado de pies y manos en las columnas de su cama. Más allá, echada en un diván, también sujeta y amordazada, estaba doña Carmen.

Nínay á la vista de esta triste escena, prorumpió en dolorosas exclamaciones abrazando á sus padres; y los dos jóvenes se apresuraron á librarles de sus ligaduras.

En cuanto reconocieron que las heridas de D. Evaristo no eran graves, y doña Carmen se había repuesto del susto, fué cuando Carlos reparó que estaba también herido, aunque ligeramente.

Así que los ánimos fueron tranquilizándose, registraron la casa y hallaron á Pilar y á los criados encerrados en un aposento, llenos aún de espanto y de terror.

La gratitud de los socorridos fué inmensa, y expresada con tan sentidas frases, que el libertador se encontró pagado con exceso de

sus heridas. Como D. Evaristo se enterase de la muerte del caballo de Carlos, le regaló otro, precioso y ligero, el mejor de la caballeriza, de los afamados de Batangas. En fin, el joven apasionado se retiró á su casa con el corazón henchido de alegría, considerando que dos veces ya había salvado la vida de su adorada.



VI.—PASIÁM

Después del rezo de costumbre, un literato indio recitó unas veces, y otras leyó, trozos de la preciosa leyenda titulada *El Florante*, la obra más rica y preciada de la lengua tagala.

Los indios saboreaban con placer la riqueza de estilo, la armonía de los versos, el sentimiento delicado de aquella inspirada producción de Francisco Baltasar. Pero los europeos, ignorando el idioma, deseaban más oír contar la historia de la difunta. Así que, apenas terminó la lectura, Taric prosiguió de este modo:

Pasaron algunos meses; pasaron las benéficas brisas del NE.; pasaron las sonrisas de la eterna primavera de Filipinas. Comenzaba á soplar la monzón SO., portadora de *collas* y *baguios*.

Los dolores y sustos recibidos en el pueblo de Santa Ana por el asalto de los *tulisanes* se habían olvidado; las heridas de D. Evaristo se habían curado por completo, y doña Car-

Colla, f. Temporal de continuos chubascos, que precede á las monzones, y á veces produce el baguio. (*Dic.* por la Acad. Esp.)

Baguio, m. Huracán en el archipiélago filipino. (*Dic.* por la Acad. Esp.)

La llegada del baguio es anunciada con alguna anticipación por un descenso rápido y muy notable de la columna barométrica. Durante su período el viento recorre de 12 á 16 cuartas, según que el movimiento circular del meteoro se corte por una cuerda mayor ó menor, ó por un diámetro, empezando entre NE. y NO., y rolando ya por el E., ya por el O., según que el vórtice pase respectivamente al S. ó al N. del observador. Termina en general con vientos del S.

men arreglaba con amorosa solicitud el equipo de boda de su idolatrada hija.

Carlos y Nínay se preparaban á recibir el sacramento del Matrimonio.

El cielo, la tierra, el universo entero se reflejaban en sus almas, navegando en un piélago inmenso sin nombre. Todo suspiraba, todo alegraba, pero todo se movía con inquietud, cual si esperasen algo. Sentían un placer indefinible, un temor ignorado, un algo extraordinario que les conmovía. Los corazones exhalaban más dulces suspiros, como las flores de sampaguita más dulces aromas á la aproximación del crepúsculo vespertino, ó como las hojas del *tamarindo* al acercarse el misterio de la noche, se replegaban para prepararse á ser iniciados en algún secreto de la Divinidad.

El **Tamarindo** (*Tamarindus indica*) á semejanza de la amapola se pliega cada noche, de igual modo que la *trientalis europea*.

Cuando juntos conversaban, sus ideas, sus palabras, sus sentimientos latían á un compás, haciendo vibrar al unísono sus almas. Cuando se separaban, él vogaba en una indecible alegría; la imagen de Nínay, flotando aún en su mirada, era una perpetua visión celeste que daba apariencias de paraíso á todo lo que le rodeaba; mientras que ella, recibiendo los tranquilos rayos de algo sobrenatural, sentía el soplo silencioso de los ángeles que la hacían gozar de vagos y deliciosos ensueños.

Pilar, en tanto, maldecía la constancia de los dos amantes; maldecía el monótono correr de los sucesos; maldecía hasta la permanente hermosura de nuestro suelo, pues de igual suerte, como há largos meses pasados, lasavecillas repetían su acostumbrado canto, las flores exhalaban su aprendido aroma, las brisas de la mañana suspiraban de igual manera en las hojas del cañaveral armonioso.

El fuego de la pasión de Carlos ejercía pues distinto influjo en Pilar y Nínay; mientras á ésta conservaba pura é inmaculada, á aquella manchaba y ennegrecía el alma. Las perlas en medio del Océano se conservan blancas, sin mancha alguna, aun sobre el incendio de un volcán submarino; pero á veces basta el tibio calor inherente á la juventud para que se ennegrezcan en el seno de una beldad.

*
* * *

Una tarde, mientras nuestra heroína se ocupaba de sus cotidianos trabajos, Pilar se paseaba impaciente en la galería, buscando alguna ocasión para hablar á solas con Federico.

Éste, acababa de llegar del pueblo de Antipolo, donde le habían retenido la enfermedad y la muerte de su padre D. Juan, quien to-

cando el límite de la corrupción, sucumbió entre tormentos horrorosos agravados por torcedores recuerdos.

El plan de la contrariada joven pugnaba por manifestarse á la realidad, como semilla viviente en el seno de la tierra.

Al fin, vió á lo lejos venir á Federico y se apresuró á bajar para detenerle y comunicarle sus proyectos.

Una vez en el jardín, púsose á cortar flores cerca de la puerta principal.

A los pocos instantes llegó el esperado joven y después de saludarla, dijo:

—Bonitas flores está V. cogiendo, ¿para quién se destinan?

—Son para Nínay,—contestó Pilar y añadió maliciosamente:—pero Nínay escogerá las más hermosas para Carlos.

Federico palideció.

—¿Se siente V. mal?—preguntó con solicitud Pilar comprendiendo la causa de aquella palidez.

—No; un poco de fatiga por el excesivo calor que hoy hace,—contestó Federico.

—Descanse V. aquí un momento,—dijo Pilar, señalando un banco rústico que había al pie de un árbol frondoso.—Y mientras V. descansa terminaré la obra comenzada. Pronto vendrá Carlos, y Nínay acostumbra saludarle poniendo en sus manos la más hermosa flor del ramo.

Federico murmuró con rabia:

—¡Carlos... siempre Carlos!

—¿Qué le extraña á V.? Es muy natural: se aman.

—Ese amor me desespera,—dijo el joven sin poderse contener.

—No se altere V.; nada se alcanza con la ira; con la calma y la constancia se destruyen hasta las rocas.

—¿Y qué quiere V. que yo haga?—preguntó Federico.

—¿Qué sé yo?... ¿Acaso soy yo el desaira-

do?... Mas creo que V. mismo tiene la culpa de todo lo que le pasa.

—¡Qué dice V.!

—Pienso—continuó Pilar,—que tiene V. el remedio, y no lo utiliza.

—Prosiga, que estoy pendiente de sus labios,—dijo el joven con ansiedad.—La pasión que me anonada, nubla mis ojos, y no acierto á ver. Pilar, sáqueme V. del infierno en que me abraso.

—Es V. exagerado—replicó ella,—no estamos en el infierno, sino en el mundo. Y en el mundo todo tiene remedio menos la muerte. El hombre, careciendo de alas, se eleva por encima de las nubes; sujeta al vapor y al rayo, y á veces como el viento, asiendo un objeto con violencia, lo mueve á su albedrío.

—¿Cuál es ese remedio?—preguntó anheloso el joven, acercándose á Pilar.

Ésta, paseando la mirada alrededor, para

cerciorarse de que se hallaban solos, y viendo que nadie les observaba, le dijo:

—¿Ama V. de veras?

—¿Si amo de veras? ¡Con locura... Y este amor es mi desesperación!

—Bien dicen que la pasión ciega; V. ve desesperación, donde yo veo esperanza.

—¡Oh! no prolongue mi martirio, hable V., guíeme.

—Pues bien—dijo Pilar,—creo que tiene V. valor, ejercítelo. No hay cosa más halagüena para las jóvenes filipinas, que una acción heroica. Es la mejor manera de hacerse amar de ellas.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Ya sabe V. cómo ha procedido Carlos. Con la constancia halló el medio de salvar á Nínay del veneno de una serpiente, V. puede encontrar también el medio de salvar á su padre.

—¡A su padre!—replicó Federico mirando con extrañeza á la joven, creyéndola que ha-

bía perdido la razón.—¿No es D. Evaristo, el hombre más feliz de la tierra, amado por Nínay y halagado por la fortuna?

—Ahora, sí, es el hombre más feliz, pero se podría turbar esa felicidad por breve tiempo, con una denuncia, con un destierro... y luego salvándole V., Nínay necesariamente le amaría.

Federico quedó asombrado con esta respuesta de Pilar, no pudiendo de ninguna manera comprender su intención; y conociéndolo la joven prosiguió:

—¿Se admira de lo que digo? ¿no lo comprende? ¡ah! porque no sabe V. amar como se ama en esta tierra, ni tiene V. el valor de esta juventud.

—¡Oh, Pilar! no vuelva V. á repetir esa frase; V. no me conoce, soy capaz de todo;—dijo con enérgico tesón el apasionado joven, herido en su amor propio.

—Es preciso probarlo, guardando mucha cautela. En el agua pura no prosperan los

dalág,—dijo Pilar, siendo interrumpida por la voz de Nínay que la llamaba alegre y cariñosa.

Federico quedó inmóvil en su sitio y preocupado con las palabras de la joven tentadora; apenas si acertaba á hablar á su adorada Nínay, á quien encontraba cada vez que la veía más bella y encantadora.

Dalág, pescado alimenticio (*Ophiocephalus vagus*, Peters.)

«Es una cosa admirable el ver en Filipinas á un indio pescando en un arrozal con su caña y anzuelo después de un fuerte chubasco.

»Como los arrozales están situados generalmente en las tierras bajas, estas se inundan en los tiempos de aguas y se llenan de peces parecidos á la trucha, aunque un poco más anchos; cuando están muy altas las aguas pescan los indios con anzuelo; pero cuando por efecto de las sequías van desapareciendo las aguas, se quedan los peces en seco, y entonces los matan á palos, habiendo tal abundancia en algunos puntos que se pueden cargar á carros. A estos peces se les conoce con el nombre de *dalág*»

(*Misterios de Filipinas*, por D. Antonio García del Canto, t. 1, pág. 28.)

*
* *

El agua pura de las montañas experimenta á veces un cambio, ora por hallar á su paso nuevas sustancias, ora por correr sobre terrenos de elevada temperatura. Así Pilar, purísimo manantial en Antipolo, se trocó en pantano corrompido por el ardor de su pasión. Luego, convertida en negra nube preñada de rayos y tempestades, se interpuso al sol que inundaba de benéficos resplandores la casa de D. Evaristo.

La constancia de los amantes levantaba en su pecho tenebrosos sentimientos que excitaban á Federico á los más infernales actos. Por otra parte, el desdeñado joven sentía crecer cada día más su pasión, como los bramidos del mar se aumentan cuanto más dura es la

peña que sus olas azotan. Así al menos lo expresaba Federico en la última conversación que tuvo á solas con Nínay.

El joven decía:

—Créame V., Nínay; yo la amo como ninguna mujer ha sido amada.

—¡Ay, Federico,—contestó la joven,—á cuántas habrá V. dicho lo mismo!

—Usted, Nínay, es la más hermosa del mundo; mi alma sólo busca lo perfecto.

—Merecida es la fama que tiene V. de galante.

—Ahora no soy más que justo. Acepte V. mi corazón; yo le proporcionaré la felicidad. Si V. desea riquezas, tendrá palacios, joyas y cuanto apetezca. Si honores, yo tengo títulos para V.; viviremos rodeados de encantos y placeres.

—Ninguna de esas cosas ambiciono,—dijo Nínay;—no busco riquezas, ni honores. Aun cuando estuviese en la miseria, viviría dichosa con tal que mis padres me viesan á su

lado. ¡Ah, si estuviera separada de ellos!... ni en el mismo cielo sería feliz.

—Pues prometo, téngalo V. por seguro, que con sus padres viviremos siempre, si me concede un lugar en su corazón.

—¡Mi corazón!... ¡Si ya no tengo corazón!

—No me responda V. tan cruelmente; no me empuje al abismo de la desesperación; el amor despreciado, con facilidad se convierte en odio; y el odio es como el dardo, nunca retrocede en su camino.

—Espero que la virtud no producirá el mal. El árbol no priva de su sombra ni al mismo que le destruye; y el amor es el origen de todas las virtudes.

—Y fuente de todo crimen.

—Pero V. es bueno y generoso. ¿No sabrá perdonarme un delito del que yo no tengo la culpa? ¿Depende, por ventura, de mi voluntad el poder amarle?

—Si V. pronuncia contra mí una sentencia de muerte, muerte habrá para todos. Mi ven-

ganza será sangrienta, — dijo levantándose Federico.

—No lo creo, no lo creo; V. es bondadoso, — murmuró la joven.

Federico cogió el sombrero y se retiró á su casa, sintiendo su cerebro convertirse en un volcán. «Es la primera mujer, se decía, que me ha desdeñado. ¡Oh, venganza, inspírame á vencer ese rebelde corazón, y tú, Pilar, acude en mi socorro para realizar nuestros planes.»

*
* *

Por entonces corrió la noticia de la sublevación del pueblo de S..., fuera de la provincia de Manila. Noticia que suelen aprovechar muchos para explotar á la gente rica con denuncias y amenazas, como algunos para realizar secretas venganzas. Ocasión más oportuna

tuna jamás se vió para los siniestros proyectos de Pilar y Federico ¹.

*
* * *

Una de esas hermosas mañanas de Enero, en que la monzón NE. esparce su frescura por los vergeles de Manila, D. Evaristo y su esposa sentados á la sombra de un plátano

¹ Este concepto no se refiere á la época en que gobernaba estas islas el general D. Fernando Primo de Rivera, marqués de Estella, en que el archipiélago filipino gozó de verdadera paz. El bizarro general, despreciando calumnias y alarmas, con que suelen ser amedrentados los gobernadores, inspiró en los indios confianza y tranquilidad, haciendo con esto prosperar el comercio y la industria, principal riqueza del país, de un modo inusitado.

Faltaría á un deber de gratitud si no consignase aquí los nombres de D. Lope Gisbert, de los condes de Arzarcollar, de los Sres. de la Corte y de los generales Molins y Montoro, de los Sres. Goicoechea, Iglesias, Tornell y del malogrado Andriansens, que han

pomposo, sostenían el diálogo siguiente:

—Abandonemos pronto esta tierra,—decía doña Carmen.—¿No te amedrenta el atropello que han hecho con nuestros amigos? ¿Quién puede impedir que un mal intencionado te calumnie como á D. Severino y D. Joaquín, que están gimiendo en la cárcel? Es difícil librarse de un traidor.

prestado al marqués de Estella sus valiosos conocimientos y activa cooperación para conducir al país á ese estado de prosperidad. Inteligencias ilustradas, han sabido respetar nuestras costumbres; corazones bien nacidos, han mostrado singular afecto á Filipinas.

Acogida cariñosa he recibido de todos ellos, y en especial de D. Lope Gisbert, ilustrado viajero é insigne economista. ¡Cuántos ratos agradables, robados á su celo y continuo trabajo en la Dirección de la Compañía Tabacalera, hemos pasado juntos, estudiando la espléndida naturaleza que nos rodeaba! ¡Cuántos instantes de placer han pasado para mí rápidos, oyéndole leer sus preciosos apuntes de viaje y sus inspiradas poesías de la juventud!

—Quedo Carmen, no te oigan,—respondió él.

—Escucha, Evaristo; no tomes á niñada lo que te voy á decir. Esta mañana cuando fui á la Iglesia, y rezando ante la Virgen, ví en sus ojos una mirada tan triste y tan cariñosa, que el corazón me oprimió y lloré. Pero yo me preguntaba: ¿por qué estas lágrimas?... ¿por qué esta pena?... ¿No soy todo lo feliz que puede ser una mujer en el mundo?... ¿Por qué entonces esta angustia, este temor?... Luego aquella mirada, aquel interés de la Virgen era un aviso. La pedí que me iluminara, que me hiciera ver por donde podría tocarme la desgracia; y al hacer esta súplica con tanto fervor, de repente se me presentaron á la imaginación los atropellos ocurridos en Manila. Comprendí que era la pedida respuesta, y vine apresurada á decírtelo. Marchemos, pues, inmediatamente lejos de aquí. No desoigamos el santo aviso. Levanta los ojos,

Evaristo; mira el cielo; se cubre de blancas escamas¹.

—No seas niña; no hagas caso de las supersticiones. Estoy persuadido de que no hay aquí seguridad para las personas pacíficas, y la amistad con nuestros amigos presos, aunque inocentes, me inquieta. Pero no puedo dejar los bienes de Pilar en el estado en que se encuentran: atendidos, la proporcionarán una buena fortuna; abandonados, fatal ruina. Calma tu inquietud: lo más que estaremos aquí serán tres días.

—¡Tres días!... Mucho tiempo es para que no se perturbe nuestra ventura. Los asuntos de Pilar los puedes dirigir desde Singapura.

—Ya he pensado en ello, hoy mismo veré al abogado.

¹ Una superstición en Filipinas es, que, cuando el cielo se cubre de nubes sobrepuestas en forma escamosa, anuncia próximo temblor de tierra ó algún otro infortunio.

—Considera que en este momento tal vez algún envidioso de nuestra suerte está labrando ya para nosotros la desdicha?

—Me alarmas tanto, que me robas el valor de que necesito revestirme.

—La Virgen del Buen Viaje te haga apresurar nuestra partida. Muchos se complacen en ver padecer, y otros se recrean en prodigar la injusticia y la crueldad. Cada vez que oigo esas palabras dichas á media voz: «¡Muerte!» «¡Destierro!» Cada vez que pienso en que la dicha de vernos tan amorosamente juntos, puede turbarse por cualquier motivo, ¡ay! me estremezco y tiemblo; y tiemblo más bien por tí á quien quiero más que á mi vida.

—¡Separarnos! ¡Oh, nunca, nunca lo permita el cielo! Dios no querrá separarme de tí y de Nínay. Sois mi vida; si bendigo mis afanes es porque respiro vuestro aliento, y trabajo por vuestro bienestar. Separarme de vosotros sería darme la muerte. Así querida mía, no me detengas; voy á apresurar nues-

tro viaje, —dijo D. Evaristo acariciándola, y se alejó apresurado.

—No tardes, vuelve pronto, —exclamó doña Carmen algo tranquilizada por las últimas palabras de su marido, aunque temerosa siempre de ver aparecer el infortunio.

¿Por qué estos presentimientos tan fijos de la amante esposa, como si ya viese la desgracia que iba á suceder?

Hay una fuerza reveladora de los hechos, sin nombre aún en todo idioma, cuya existencia se manifiesta clara y patente en ocasiones, moviéndose en un espacio desconocido entre el presentimiento y la visión. Fuerza que obliga á apresurar el paso á los viajeros sin que la tormenta se haya manifestado todavía; que inspira los sentimientos piadosos al moribundo, horas antes de su muerte. Poder misterioso que obligó á Franklin á continuar el juego de la cometa en medio de una tempestad para sujetar el rayo; que abrió los ojos dormidos de Newton, para ver en la

caída de una manzana el curso de las estrellas; que detuvo el paseo de Wat, para medir la fuerza del vapor; que hizo andar de pueblo pueblo á la burla de los sabios, al inmortal Colón para descubrir un nuevo mundo. Mano misteriosa que sentimos en las grandes catástrofes de la vida, influencia desconocida, pero observada en la historia.

Algún tiempo después entró D. Evaristo gozoso en su casa, diciendo á doña Carmen:

—Una gran noticia traigo para tí. Mañana mismo saldremos todos en el vapor *Anda* para Singapura. Acabo de hablar con los consignatarios. Ya puedes alegrarte.

Doña Carmen transportada de júbilo exclamó:

—¡Bendito sea Dios que me ha oído!

Y se fué gozosa á buscar á Nínay y á Pilar para comunicarles la feliz nueva.

D. Evaristo al encontrarse solo murmuró: «¡cuán buena es, cuanto me quiere! Mi alma siente el influjo de sus virtudes. Toda es for-

taleza en el cumplimiento de sus deberes, como toda emoción y lágrimas ante el dolor y la miseria. Con tenerla á mi lado Dios me favorece.»

Doña Carmen, al ver á Nínay y á Pilar, que estaban entretenidas con el juego de la *chonca*, sentadas en el suelo de la caída, prorumpió en vivas exclamaciones:

—Somos felices, hijas mías; alegráos, mañana saldremos de este hervidero de pasiones; al menos podremos contar venturosos días de tranquilidad en Singapura.

Exclamaciones íntimas, dichas con tanta expansión, que conmovieron á los corazones á quienes se dirigían.

Nínay y Pilar dejaron el juego y se levantaron al encuentro de la gozosa madre. Nínay, aunque agradecida por aquella solicitud,

Chonca, juego muy entretenido por sus combinaciones matemáticas, y de los más populares en Manila.

se estremeció penosa al pensar en la separación de Carlos.

La emoción de Pilar fué también grande al considerar desbaratados sus planes; pero su pensamiento rápido y fecundo concibió la idea de participar inmediatamente á Federico la repentina partida.

Así fué que, dando por pretexto arreglar el equipaje, se encerró en su cuarto, y cogiendo papel y pluma escribió con mano febril este lacónico billete:

«Federico: mañana es nuestra marcha para Singapura; el tiempo urge.»

Billete que puso en manos de Mercedes, su fiel criada, con quien podía contar ciegamente para todo, pues era hija de su nodriza, que siempre estuvo á su lado y la siguió cuando se trasladó á casa de D. Evaristo. La encargó el secreto, y que volviera á la mayor brevedad posible. Marchó la criada, y Pilar, para justificar el empleo del tiempo, por si la sorprendían, abrió los armarios y arrojó en

desorden sus trajes y su ropa en los baules.

Pero su agitación y su impaciencia eran tan grandes, que abandonando las ropas se asomó á la ventana, mirando ansiosamente el sitio por donde tenía que venir su criada. Al fin, después de un cuarto de hora, que fué para ella un siglo de inquietud, llegó Mercedes sofocada de la rápida carrera y la entregó esta breve contestación:

«Gracias por el aviso; hoy se realizará.»

La joven rompió el papel en menudos pedazos y los tiró esparcidos por la ventana; y luego, horrorizada de las mismas ideas que había acariciado tanto tiempo, se puso pálida y tristemente trémula. Por un momento se extendió ante sus ojos el horrible cuadro de luto y desolación que causarían sus planes, y aterrada se iba á lanzar fuera de su cuarto para avisar tal vez á D. Evaristo, pues era aún tiempo de huir; pero este impulso del bien fué ahogado con la presencia de Ninay, que entraba en aquel momento diciéndola:

—Pilar, hermana mía, soy feliz; mi madre, leyendo en mis ojos la pena que me causaba la separación de Carlos, me dijo:—No te aflijas, Carlos vendrá con nosotros; yo le notificaré nuestra marcha, y como te ama tanto, nos seguirá.

El impulso generoso de Pilar, al oír estas palabras, se desvaneció, volviendo á reinar en su corazón el odio y la venganza.

Y el relámpago de ira que brilló en su mirada lo dominó rápidamente, y con el mayor cariño contestó:

—¿Cómo tu madre, que tanto desea tu bienestar, había de querer separarte de Carlos?

—Dichosa soy con tener unos padres tan buenos, una hermana tan cariñosa y un Carlos que tanto me ama. Este viaje precipitado que me angustió al principio, es ahora mi mayor alegría.

Pilar, con dulces caricias, la contestó amorosa:

—Tú lo mereces porque eres buena, porque

amas de veras y tienes amor para todo el mundo.

Increíble parecía ver á una joven poder dominar de tal suerte los arrebatos del corazón. Pilar tenía el suyo lleno de odio, y sin embargo expresaba su rostro alegría, y sus labios pronunciaban palabras de cariño.

¿Era esto acaso una perfidia? ¿Era un resto de bondad moribunda que luchaba por vencer, ó por ventura un homenaje que á su pesar rendía en su corazón el mal al bien?



VII.—PASIÁM

En la séptima noche, varios jóvenes recitaron algunas escenas del primer acto de *Segismundo*, drama el más notable de la literatura tagala. Luego, Taric continuó su narración:

Cinco horas después de la escena que he relatado anoche, D. Evaristo y su familia estaban en la caída entregándose á las expansiones alegres del hogar.

Doña Carmen, de cuando en cuando mostraba algunos objetos arrancados de los rincones de los armarios, por haber estado arreglando sus baules de viaje, los cuales, por

ser de modas antiguas y al presente ridículas en extremo, hacían soltar alegres carcajadas á las dos jóvenes. Unas veces se dirigían las burlas á un *tápis* larguísimo ó á una saya estrecha de chocantes colores, otras á un sombrero de D. Evaristo de alas espantosamente anchas; ora Nínay enseñaba un vestido de la infancia que era de su primera comunión, ora uno de seda precioso con pañuelos y camisas de *nípis* que usaba en el colegio, haciéndola prorumpir en esta reflexión: — ¡Qué recuerdos despiertas, vestido mío! ¡Cuántas veces te has empapado en mi llanto de impaciencia por esperar la venida de mis padres! ¡Cuántas lágrimas de alegría

Tápis: especie de sobrefalda del traje de las indias filipinas. Voz aceptada por la Academia Española.

Nípis, m. Tela fina, transparente y poco blanca que se teje en Filipinas, bien con las fibras de las pencas del agave americano, bien con los filamentos de las hojas de la piña ananas.

(*Diccionario* por la Academia Española.)

has recogido cuando me visitaban inesperadamente!

Y dirigiéndose á doña Carmen y á D. Evaristo, añadía:

— ¡Oh, sí, padres míos, era mi único dolor, no veros, no sentir vuestras caricias! ¡Y no obstante, me dejábais luego sin compasión!

A lo cual, respondió D. Evaristo:

— Era solo por tu bien. ¿Quién te asegura que al separarnos no lo sentíamos más que tú? Olvidan los hijos á sus padres; pero los padres á sus hijos, jamás. Sí; era solo por tu bien: por eso bendecíamos el sacrificio. ¡Quién sabe si algún día llegarás á necesitar de lo aprendido! Tejen el hilo de nuestra existencia, el acaso y el plan; éste nos obedece, aquél nos manda; mientras el uno busca la luz de nuestra dirección, el otro nos arrastra á la oscuridad de lo impensado. ¡Felices los corazones que se han templado para recibir el golpe de los reveses de la fortuna!

El instinto invisible de la felicidad movía

sin duda los labios del bondadoso padre y de la cariñosa hija.

Este diálogo rompía la tradicional costumbre de la veneración profunda que se observa entre los hijos de Oriente. Es demasiado franco entre padres é hijos.

En Filipinas, entre las familias indias se conservan aún las antiguas costumbres, las puras tradiciones del respeto, en que se hace callar al corazón para no oír más que la voz del patriarca, en que los sentimientos humanos se postran ante la plegaria y la súplica. En estas familias que no han podido sustraerse á la ley general de las jerarquías que extienden su espíritu por todo el Oriente como en las primitivas sociedades de la Biblia; en estas familias que ven al parecer flotar en la inmensidad del espacio las sombras del infinito; en estas familias, decimos, el amor del hogar subyuga, anonada; el padre conserva su representación del Creador, el hijo venera en él los mandatos del Todopoderoso,

y hé aquí por qué en ellas no existe la comunicación expansiva de los corazones, la franqueza europea entre los padres é hijos, y hé aquí por qué decimos que este diálogo entre D. Evaristo y Nínay era demasiado franco.

Ante los grandes cataclismos de la naturaleza el instinto de conservación obra, rompiendo las reglas y las costumbres. Momentos antes de la declaración de un terremoto los seres de instinto perspicaz detienen su carrera ó huyen despavoridos sin saber adónde, ni la causa. Así fué á la verdad. En este alegre entretenimiento se hallaba la familia de D. Evaristo, cuando un rumor sordo resonó en la escalera, y el eco de pasos pesados y confuso ruido de armas sorprendieron aquellos pacíficos corazones.

Doña Carmen, creyendo que fueran algunas visitas, corrió á su cuarto, llevándose apresurada los vestidos y objetos.

Pilar, adivinando lo que iba á aconte-

cer, se retiró para ocultar sus impresiones.

—¡En nombre de la ley!—gritó una voz sonora. Y un oficial entró en la caída seguido de varios soldados preguntando por D. Evaristo Milo, quien adelantándose contestó:

—Yo soy; ¿qué quieren ustedes?

—Venga V. con nosotros.

—¿Adónde?

—¿Adónde sino á la fuerza de Santiago?

El inocente se aturde con esta respuesta del militar, dicha con una ironía y sonrisa que desconciertan su ánimo, haciéndole exclamar:

—¿A la fuerza de Santiago... yo... por qué?

—¡Oh, Dios mío! ¡Mi padre á la cárcel! ¡Separarme de su lado! ¡Jamás, jamás!—exclamó á su vez Nínay con desgarrador acento, corriendo hacia él y estrechándole. Después volviéndose airada al oficial, dijo:—No, no le llevaréis.

A las voces y lamentos, doña Carmen acudió apresurada; y á la vista de tan terrible

espectáculo, añadió tormentos al martirio y lágrimas al dolor con su faz angustiada y sus quejas llenas de la mayor amargura.

—Es inocente,—decía;—¿por qué le quieren llevar? ¿qué es lo que ha hecho? ¿cuál es su culpa?

—Nosotros no tenemos nada que explicar. No somos jueces. Basta ya, si no viene pronto le atarémos codo con codo, basta ya;—contestó el que impaciente deseaba terminar su misión.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! mis presentimientos no me engañaron,—murmuraba la desolada madre arrojándose en los brazos de su esposo, mientras el sufrimiento retorció su alma.

La presencia de los inflexibles soldados, el ruido de las armas, los ayes de los fieles criados, que tanto amaban á sus amos, torturaban cada vez más aquellos corazones ya afligidos.

Los ruegos de la infeliz Nínay, que con voz

lastimera decía: «Tengan piedad de mí; es mi padre; si le pierdo, ¿quién le reemplazará?» y las dolorosas súplicas de doña Carmen, dirigidas al oficial: «V. tiene esposa, hijos, compadézcase de nosotras,» conmovían profundamente hasta á los rudos soldados.

Mas el oficial, viendo que se prolongaba esta desgarradora escena, contestó con rudeza:

—No puede ser, abreviemos; si se resisten, irán todos á la cárcel por desacato á la autoridad.

—Eso queremos,—contestaron á un tiempo las desconsoladas mujeres.

Doña Carmen estrechaba con más fuerza el adorado esposo contra su pecho henchido de dolor, y no pudiendo ya contener tanta pena, profirió:

—¡Nos separan para siempre! ¡Nos queríamos demasiado!

—Soy inocente; dentro de poco volveré;

tranquilizáos,—contestaba D. Evaristo, haciendo esfuerzos para dominar su emoción. El martirio se reduplicaba á los sufrimientos de su adorada familia. Apenas pudo oirse su voz, llena de lágrimas, cuando desprendiéndose suavemente de los brazos de ellas, se dirigió á los agentes de la autoridad diciendo:

—Cuando gustéis.

El oficial, aprovechando este momento, se apresuró á conducirlo fuera de la casa.

Ninay, al ver alejarse á su padre, corrió hacia él; pero detenida por los soldados, exclamaba:

—¡Suéltanme ustedes, por piedad! ¡permítanme que le abrace por última vez! ¡esto no puede negársele á una pobre hija que va á perder su padre!

El infortunado D. Evaristo, con la cabeza inclinada y las lágrimas en los ojos, triste, abatido, sin fuerzas para sobrellevar tanta amargura, bajó la escalera murmurando si-

lenciosamente con infinita tristeza:—¡Éramos demasiado felices!... ¡Dios tenga misericordia de vosotras!...

—¡Evaristo de mi vida!

—¡Padre de mi corazón!

*
* *

Al mismo tiempo que se verificaba la escena anterior, Carlos recibía en su despacho la visita inesperada de Berto, quien le dijo agitado:

—Soy tulisan. Bien sabéis que pertenezco á esa sociedad, cuyos individuos están esparcidos en todas partes, lo mismo en los palacios, como en las cabañas. Acabo de recibir la comunicación secreta de que esta misma tarde han de prenderos. Huid, pues. En el río tengo preparada una barquilla para que os trasladéis al bergantín *María*, que zarpa hoy

mismo para *Calapan*. No hay tiempo que perder.

—¿Huir yo?—contestó Carlos,—¡oh! eso nunca. ¿Y por qué me han de prender si soy inocente?

—No es preciso ser culpable para morir en la horca ó en el destierro. Hoy se aprovechan los malvados para sus rencores y venganzas, amáis á una joven, y es necesario que viváis libre para ella.

Calapan, capital de la isla y provincia de Mindoro. Su término confina por E. y N. con el mar, por S. con el pueblo de Náujan, y por O. con el de Puerto-Galera y las desiertas soledades del centro de la isla. Hay en él montes elevados cubiertos de espesos bosques, donde se crían muchas maderas é infinidad de palmas. Es notable entre los árboles de estos bosques el llamado *Calinga*, especie de canela. En sus fragosidades se hallan búfalos, javalíes, venados é innumerables aves, y mucha cera y miel. Sus productos son arroz, café, pimienta y todo género de frutas y legumbres del país. En la playa se encuentran muchos huevos de tortuga y de la singular ave llamada *Tabon*.

—Bien,—contestó Carlos,—pero mañana pensamos partir juntos para Singapura.

—Mañana sería tarde,—replicó Berto.

—Si hoy me marchó, parecerá que los abandono.

—No; yo iré á referirles todo lo que aquí ha ocurrido, y como tanto os aman se alegrarán de que os pongáis en salvo. No es más que anticipar el viaje. Podéis desde Calapan tomar un barco que os traslade á Singapura, al lado de vuestra amada.

Fué interrumpida esta conversación por la llegada de un criado, que pálido y tembloroso entró precipitado diciendo:

—Señor, os vienen á prender; á la puerta tocan, mandando abrir en nombre de la ley.

—No hay remedio,—exclamó Berto;—la fuga por el río; huyamos. Y tú—dijo al criado,—entreténlos para que podamos alejarnos.

Y arrastrando á su amigo hacia el jardín, llegaron á la barca, saltaron á ella, y velozmente se alejaron de la orilla.

Los golpes redoblaban en la puerta con más furor, y cuando el criado la abrió, un teniente dijo:

—Bribón, ¿por qué no querías abrir la puerta?

—Porque mi señor no está en casa,—contestó con aprendida estupidez el criado.

—Ahora lo veremos si no está ó si se oculta;—dijo entrando el oficial seguido de varios soldados.

Y mientras registraban la casa, sin dejar un rincón por examinar, Carlos subía al bergantín *María*, después de haber estrechado con gratitud á su leal amigo.

*
* *

Pilar no contó jamás con la prisión de Carlos, que solo fué malvada idea de Federico, así que al notificar Berto á doña Carmen, la repentina marcha del amado joven, causó

sorpresa y sentimiento á todos. Nínay, en medio de sus amarguras, casi se alegró de esta noticia, pues al menos se había librado de la prisión y en Calapan como en Singapur, no correría los peligros de su bien querido padre.

La denuncia de Carlos irritó el ánimo de Pilar y maldijo á su autor, y presumiendo fuese el mismo Federico, juró venganza, si algún daño pudiera acontecer al fugitivo.

En la misma noche de la partida de Carlos, después de la notificación de Berto, pasó sobre Manila una tromba que causó grandes estragos en la población. Al día siguiente, los semáforos anunciaron la pérdida de varias embarcaciones, contando entre ellas la del bergantín *María*, que zarpó del puerto con rumbo á Calapan. La idea de la muerte de Carlos, fué apoderándose del ánimo de todos. Imposible describir la nueva pena de aquella familia, y los terribles dolores que desgarraban el angustiado pecho de Nínay.

Con la certeza de la pérdida de su amado, ella hubiera sucumbido de dolor; pero la sostenía la esperanza, aunque vaga, de que pudiera haberse salvado por cualquier accidente feliz de los naufragios.

Gran dolor atravesó también el alma de Berto y el pesar de haber aconsejado aquella huida, envolvió de luto su corazón. No es, pues, extraño, que aquel sér lleno de nobleza y de los más generosos sentimientos se constituyera guardian seguro de la casa de don Evaristo. Desde entonces, fué un esclavo juramentado de Nínay, y ningún sacrificio dejó de hacer para aligerar la inmensa pesadumbre de aquella infortunada familia. Desde entonces, también Pilar cobró odio tremendo contra Federico, desechándole como funesto instrumento de su propia pasión, y como reconociera en Berto á su antiguo amigo de Antipolo, confióle el secreto de la denuncia, pero ocultando su participación. Además, recordóle que Federico era hijo de D. Juan

Silveyro, el perseguidor de Lóleng, causa de su huída de Antipolo y origen de sus desgracias y temprana muerte.

Berto observó, por otra parte, cómo el desdenado joven insistía en sus pretensiones; cómo quería obligar á Ninay que le amase; cómo, en fin, el hijo seguía paso á paso la conducta del padre, y por esto le vigilaba con exquisito cuidado, estudiando sus menores movimientos.

*
* *

En la fuerza de Santiago, cárcel de los reos políticos, hubo una sublevación; atribuyóse á D. Evaristo la causa de ella, é inmediatamente se reunió consejo de guerra para sentenciarle.

Federico supo esto, y lo aprovechó para sus fines. Comunicó á Pilar sus planes, y ésta accedió.

Ya hemos dicho que la muerte de Carlos no era segura; siempre flotaba la idea de su salvación por cualquier feliz incidente. Así que Pilar no podía menos de ayudar á Federico siempre que se tratara de desunir los bien unidos corazones. ¡Terrible pasión! Su raudal se precipitaba embravecido al encontrar la profundidad de aquellos amores, como la *cascada del Botocán* al despeñarse levantaba con sus mismas aguas engañoso iris de ilusiones y de esperanzas. El estado de la vida de Pilar era para Ninay semejante al del lago tranquilo *Dagátan*. Reina la quietud en la atmósfera; no se siente la menor ráfaga de viento; nada se ve en la superficie del agua;

Cascada del Botocán ó de *Majayjay*, situada en el confín de las provincias de Tayabas y de la Laguna: el agua se precipita desde una elevación de 140 metros, formando una catarata de las más bellas del mundo.

Dagátan, laguna llena de caimanes, popular en la provincia de la Laguna de Bay.

pero el *caimán*, el genio destructor de la felicidad, se agita en su fondo.

Mientras doña Carmen dormía la siesta, Pilar introdujo secretamente á Federico en la habitación de Nínay. Ésta, se hallaba arrodillada delante de un crucifijo; su cabellera suelta la cubría como un hermoso manto hasta los piés; sus ojos derramaban copiosas lágrimas, y sus labios, agitados por la oración, pronunciaban en voz baja:—¡Oh, Dios mio! ¡haced que mi madre lo ignore; su affic-

«El **caimán** habita en las bahías, en los lagos y »en los ríos; pero en donde más abunda es en el lago »de Bay (en la parte llamada *Dagátan*); busca los lugares solitarios; es muy temible y persigue algunas »veces á las personas que se están bañando en las »aguas que él habita, hasta la misma orilla..... Los indios se meten sin temor alguno hasta el fondo de las »aguas para cazar el caimán; al efecto llevan en una »mano un instrumento cortante, y en la otra un palo »de madera fuerte, hecho una punta muy aguda por »ambos lados: buscan al caimán, y luego aprovechando el momento en que éste abre la boca para tragárselos, le introducen entonces el palo de que van pro-

ción me aterra; tremenda es la idea de un adios eterno; sea yo sola la que sufra las angustias de ese terrible momento!

Federico oyó las últimas palabras, comprendiendo por ellas que la joven sabía el inminente peligro en que se encontraba su padre, é interrumpió aquella súplica diciendo:

—Yo puedo hacer que vuelva la felicidad y la alegría á esta casa.

Nínay, sorprendida, se levantó exclamando:

—¡Usted aquí! ¿cómo se atreve á entrar?

—Porque vengo á proponer que salve V. á su padre.

»vistos, de modo que las dos puntas se apoyan, una »en el paladar, y otra en la mandíbula inferior, impidiéndoles de esta manera hacer daño alguno; pues »con los esfuerzos que hacen se clavan las extremidades del palo, quedando así sujetos, y mueren por de »contado ahogados por el agua que tragan, á causa »de no poder cerrar la boca.»

(Mallat: *Les Philippines*, t. I, pág. 158. Paris, 1846.—
Buzeta: *Diccionario*, t. I, pág. 41. Madrid, 1850.)

—¿Viene V. á proponerme la salvación de mi padre? ¿hay esperanza de...

—En mí, residen esas esperanzas, y en V., que se realicen.

—¡En mí, Dios mío! ¿Qué debo hacer?

—Su vida depende solo de un día.

—¡Un día!

—Sabe V. que un consejo de guerra le va á sentenciar y que esta sentencia será de muerte.

—Lo sé.

—Conoce V. mis influencias, y que mi palabra puede salvarle.

—¡Oh, Dios! entonces le salvará V. ¿no es verdad?—dijo Nínay con acento suplicante.

—Sí, le salvaré; pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que me escriba V. la carta que yo le dicte.

Nínay se sentó, cogió pluma y papel y se dispuso á escribir.

El joven comenzó á dictar:

—«Querido Federico.»

Nínay exclamó:

—¡Qué dice V.! A no tratarse de su persona, no conozco á ningún otro de este nombre.

Federico prosiguió dictando:

—«No me abandones en mi desgracia, ten »compasión de mi hijo.»

Al oír esto Nínay, se estremeció, y como leona herida, se levantó diciendo:

—Eso, jamás. ¿Quiere V. deshonrarme á los ojos de Carlos y de todo el mundo? Nunca.

—Bien;—dijo Federico con feroz sonrisa, y haciendo ademán de marcharse, añadió:—Que el cielo se apiade de su padre de V.

—¿Qué va V. á hacer?

—Que le sentencien á muerte.

—Pero, ¡Dios mío! ¿darán muerte á un inocente, por una calumnia, por una acusación infame?

—Aquí con influjo, todo se puede,—contestó Federico, sonriéndose como se sonreiría

el *asuang* que tiene asegurada su presa.

—Tenga V. piedad de mí,—dijo Nínay deteniéndole.—¿Es posible amar y ser malvado?

—Ya no amo;—contestó con acento salvaje Federico,—no siento más que odio: él me inspira; y una vez lanzado en la senda que me señala, no se mira á los lados, ni se retrocede; se va adelante siempre... adelante siempre... y si se encuentra un abismo... no hay más remedio que precipitarse en su sima.

—¡Ay! El espíritu maligno le guía, no siga usted sus consejos. El sándalo, embalsama al hierro que le hiere.

—No me detenga V., si salgo de esta casa sin lo que anhelo, si me detiene V. un momento más...

En aquel instante un reloj dió la hora.

—Las dos; si al dar las tres no he hablado

Asuang, brujo el más temido de las mujeres, porque es el que impide la felicidad de los partos y chupa el alma á los niños, según antigua superstición.

aún al que debe sentenciar, y espera lo que yo le diga, todo habrá concluído.

—No me haga más desgraciada; yo amaré á V. como una hermana; mi gratitud será inmensa; pero no quiera V. que falte á mi palabra empeñada ni á mi honor. El amor que siente V. por mí le haga bueno y generoso. Si yo accedo á sus súplicas tendrá en mí una estatua, no una mujer; pues mi corazón está dado.

Era la suplicante voz de Nínay tan dulce y persuasiva, que cualquier otro corazón hubiera conmovido; pero Federico, ebrio de furor, insensible á los ruegos, volvió á señalar el reloj, diciendo:

—El tiempo pasa; la sentencia se dictará.

—¡Qué implacable es V.!—dijo la joven, que vió en Federico á la temible fiera de Filipinas, el *carabao montés*; nada le detiene, ni

El **carabao** ó búfalo montés, es una fiera temible; los cazadores deben evitar su encuentro, en tanto que

barrancos, ni torrentes, ni abismos, hasta morir ó destrozar su presa.

La atormentada joven se estremecía á cada golpe del acompasado péndulo, creyendo oír en su sonido el canto lúgubre de la funesta ave *tic-tic* anunciando la aproximación del genio maléfico. Así la infeliz, viendo que era inútil todo ruego, haciendo un sublime esfuerzo sobre sí misma, exclamó:

—¡Padre de mi vida! Cúmplase nuestro destino.

Y sentándose otra vez, tomó la pluma diciendo:

—Dicte V.; ya no dudo, ya no vacilo.

Federico, inmutable, siguió dictando: «No me abandones en mi desgracia; ten compa-

sea posible, porque algunas veces se embosca, atacando por sorpresa á los transeuntes; les persigue con audacia, y si tienen la suerte de poder trepar sobre un árbol, el búfalo espera con paciencia, escarva la tierra y hace esfuerzos desesperados para arrancar el tronco.

»sión de mi hijo. Es preciso que nos casemos antes de que sea conocida mi falta.»

—¡Qué infamia! murmuró Ninay.

Corrieron por sus mejillas lágrimas ardorosas que cayeron sobre el papel, mientras su mano febril escribía.

Federico, fija la mirada en ella, parecía la serpiente fascinadora que atrae al pobre pajarillo; el infortunado se resiste, quiere huir; pero la corriente magnética le atrae, y es devorado por el hambriento reptil.

—Falta la firma,—dijo, viéndola soltar la pluma;—no me entretenga V., que el tiempo vuela.

La joven, sin fuerzas, desesperada, volvió á coger la pluma, y con mano trémula firmó murmurando:

—¡Padre mío, tu vida por la mía!

Federico cogió el papel y salió precipitado de la habitación, loco de júbilo por haber conseguido su objeto.

*
* *

Berto, avisado por un criado de Nínay, á quien él había colocado en la casa para ejercitar mejor su protección, esperaba impaciente la salida de Federico. Aunque nada viera ni oyera de lo que allí había pasado, lo supo todo por el vigilante criado. Estaba, pues, Berto en el portal, al pié de la escalera, agitando su odio en el recuerdo de las infamias del padre de Federico, como el elefante agita su trompa en la ira al olfatear la aproximación del elefante enemigo. Así, apenas divisara al joven que bajaba la escalera henchido de gozo, se acercó á él diciendo:

—Seguidme al jardín; há tiempo que tengo deseos de comunicaros un grave secreto.

—Decídmelo aquí.

—No puede ser; hemos de estar solos.

—¿De qué secreto se trata?

—De Nínay.

Federico, al oír este nombre, entró en viva curiosidad.

Marcharon los dos hacia la orilla del río. Una vez allí, Berto, con toda la energía de su alma, le dijo, dándole una bofetada:

—Sois un miserable, y os cruzo la cara como tal.

Federico, todo descompuesto, ciego de ira, se arrojó sobre Berto; mas éste, sujetándole por los brazos, le replicó:

—No se trata de darnos golpes, sino vernos cara á cara con la muerte. Tiempo es ya que cesen vuestras infamias.

—¿Qué infamias?—interrumpió Federico.

—¿No es infamia la denuncia de dos personas inocentes y la de querer obligar á un corazón que no os ama?

—Soltadme; estáis loco.

—Aquí tenéis armas; escoged pronto una,

—dijo Berto presentándolas;—no me obliguéis á escupiros el rostro por cobarde.

Federico, herido en lo más vivo de su orgullo, cogió un sable, arremetiendo contra Berto, sin darle tiempo de ponerse en guardia.

Pero gracias al ligero salto hacia atrás que dió el acometido, pudo librarse de una muerte cierta.

—Sois un infame en todo como vuestro padre,—dijo Berto.

Y poniéndose en guardia le esperó.

Mas Federico, ciego de ira, sin guardar regla alguna, se lanzó hacia él y le asestó un golpe á la cabeza.

El joven indio lo paró, se tiró á fondo y le atravesó el corazón.



*
* *

Nínay, llena de angustia, deseando aspirar nuevo aire, abrió la ventana de su aposento. Terrible congoja la ahogaba. Mas de súbito sus grandes ojos se dilatan con sorpresa; retrocede algunos pasos, y un estremecimiento nervioso agita todo su sér.

Es que ha visto á lo lejos, en el extremo del jardín, dos hombres que se baten, y reconoce en ellos á Berto y Federico.

Al pronto cree ser una alucinación de los sentidos sobrecitados; cierra los ojos para disipar la pretendida ilusión, pero al abrirlos de nuevo, horrible fué lo que contempló.

En aquel instante el sable de Berto atravesaba el pecho de Federico, que exánime se desplomaba en el suelo.

Al grito de espanto que arroja la sorprendi-

da joven, Pilar acude á su lado preguntándola:

—¿Qué te pasa? ¿qué ocurre?

Nínay, cogiéndola de la mano, la aproxima á la ventana, y señalando el sitio del duelo:

—Mira, mira,—la dice.—¡Federico muerto! él, que iba á salvar á mi padre! ¡Ay!... ¡huyó toda esperanza!...

Berto arrastraba entonces el cadáver hacia el río; lo escondió en una barquilla, y remando vigoroso desapareció.

Pilar, atónita de ver aquel espectáculo, sintió su cuerpo bañado en un sudor frío y mortal; faltáronle las fuerzas y se dejó caer en una silla, murmurando:

—¡Ay, los males se encadenan unos á otros! ¡Funesta pasión!

Doña Carmen se despierta con estos ayes lastimeros, y alarmándose deja el lecho sobresaltada.

El reloj dió la hora. No puede la imaginación alcanzar, ni la palabra decir, cuánto padeció la desgraciada Nínay al oír las tres

campanadas que la anunciaban el término fatal de la vida de su padre. ¡La sentencia del consejo de guerra! Se estremeció toda como si oyese llegar rápido el fuego exterminador, exclamando con las manos cruzadas y convulsas:

—¡Oh, padre mío, padre mío, ya para tí no hay salvación!

—¿Qué dice?—pregunta asustada la madre, que á la sazón llegaba al umbral de la puerta.

Nínay, con el color de la muerte en el rostro, desencajadas las facciones, la mirada errante, los labios trémulos, nerviosa, febril, proseguía delirante:

—¡Muerto Carlos! ¡Muerto mi padre! ¿qué queda ya para mí en este mundo?

Y de repente, trocando el abatimiento en furiosa desesperación, la amante joven, loca de dolor, increpaba los cielos:

—¡Qué cruel sois, Dios mío, en conservar-me la vida!

Doña Carmen se lanza á ella, que daba se-

ñales patentes de perder la razón, prorumpiendo en sentido y amoroso acento:

—¿Y yo no soy nada para tí, hija mía?

Nínay, al oír aquella voz maternal, envuelta por vez primera en amarga queja, acostumbrada á penetrar dulce y gozosa en su corazón, siente una punzada en lo hondo de su pecho, y como despertada de un delirio:

—¡Oh, perdón, perdón, madre mía!—exclamó estrechándola con frenesí, y elevando su faz hermosa al cielo, continuó:

—¡Oh, mi Dios! conservad mi vida aunque me desgarran todas, todas las fibras del alma; necesito vivir para consolar á mi madre.

No podía más la infeliz Nínay; un sollozo ahogó la voz en su garganta; reclinó el rostro sobre el seno de su madre, y mares de llanto vertieron ambas allí, entre gemidos desgarradores.



VIII.—PASIÁM

Después del rezo, se recitaron algunas escenas del segundo y tercer acto de *Segismundo*, y cuando hubo terminado, Taric empezó su narración:

No se puede dar el adios al pueblo natal, sin sufrir amarga pena. No se puede dar el adios á la patria querida, sobre todo en la soledad del mar, sin verter una lágrima. Y si en ese pueblo hay un sér adorado, y en esa patria hay sinceros y leales amigos, no se puede decir adios sin mezclar algunas lágrimas ardorosas con las amargas olas que os alejan de todo lo que es querido.

Carlos, apoyado en el palo mayor del bergantín, veía pasar al través de su llanto los buques anclados en la barra del río Pásig, el malecón fortificado, la farola solitaria, las murallas y las casas de la ciudad, las iglesias con sus torres, que doblaban tristemente sus campanas quizás por los amigos.

Qué hemos de decir de los tormentos de Carlos al surcar por vez primera el mar, cuando exclamaba:

«Adios, Nínay, mi cielo de paz y ventura; adios, amigos queridos, asilo de mis dudas y aficciones; adios, cuanto he amado y querido en la tierra. ¡Adios! ¿Hasta cuándo? Os dejo entre las sombras de la muerte, á merced de los caprichos de la tiranía.»

Y el dolor que abate el pecho más enérgico, ese oculto enemigo que no se deja asir cuerpo á cuerpo para luchar con él, desgarraba su corazón. No había luz en el cielo que le consolara; comenzaba un viaje peligroso entre los abismos de las olas; contemplaba en todas

partes su pena, y para hacerla más cruel, más desgarradora, la inmensidad del mar la retrataba sin límites, sin fin.

«¿Dónde está,— preguntaba con amargura,— dónde está ese sol, esa mirada de amor que Dios deja caer en este valle hondo y oscuro? ¡Oh, si al menos hubiera podido despedirme de ella, sus últimas palabras guardadas en mi corazón, su última mirada conservada en mis ojos, serían mi consuelo, mi luz en este viaje tenebroso!...»

A estas y otras más desgarradoras consideraciones se entregaba Carlos, cuando atravesó la espaciosa bahía de Manila, cuando pasó delante de la isla del Corregidor y de las montañas de Mariveles; cuando cayó la noche y el mar empezó á reflejar el estado de su espíritu, levantando olas rugientes, y el cielo mismo á imitar sus ojos, que lloraban, dejando caer copiosísima lluvia.

El arraez ó patrón del bergantín *María* observa con espanto que la altura barométrica

marca 740 milímetros; el termómetro apunta 9° centígrado; que la aguja giraba sin poder señalar rumbo alguno; los vientos eran circulares y de 36 metros por segundo de velocidad ¹; el navío resistía á los esfuerzos de la desesperación; el rayo encendía la atmósfera. Es que el Dios iracundo de las tormentas pasaba sobre una tromba que removía los dilatados abismos.

El bergantín revolotea entre las olas como ligera pluma, salta de un lado á otro, tropieza contra una roca y se deshace.

Un ¡ay! desgarrador conmueve el corazón lleno ya de horribles terrores, y un momento después sólo se oía la imponente voz de la tempestad.

Carlos se agarra á un mástil; voga en las sombras de la noche; ora sube, ora baja las empinadas montañas de agua; le faltan las

¹ O sean, 77 millas inglesas por hora próximamente.

fuerzas, y pronunciando el nombre querido de Nínay, se abandona al capricho de las olas. Pero ¡oh Providencia! siente en sus pies la salvadora arena; gana la playa, y se abandona al sueño rendido de fatiga al abrigo de un peñasco.

A la mañana siguiente un ruido extraño le despierta; se levanta, y de lejos divisa un gran combate, en que, tanto amedrentaban los gritos infernales, como las armas terribles que desgarraban y mutilaban los cuerpos; los combatientes ensordecían el aire con sus aterradoras voces: se bajan, se levantan, se arrodillan, se arrastran, ya se ocultan detrás de las matas, ya se envuelven en una nube de polvo formada á su rededor por la arena removida con pies y manos. Cien flechas de hierro en su veloz carrera encienden la atmósfera.

Una mujer con suelta cabellera, perseguida por un grupo de feroces salvajes, huye del centro de la batalla y se dirige aterrori-

zada hacia donde se encontraba Carlos. Éste, movido por generoso impulso toma la defensa de la débil perseguida, y armado de dos piedras de granito, derriba al primer perseguidor con un golpe certero. Arráncale sable y lanza, y con ellos se defiende, poniendo en fuga á los demás, como impetuoso huracán que dispersa montón de hojas secas.

El sable es venerando, ha contado mil victorias; es la primera vez que cae en la desgracia; su forma es análoga á la usada por los Bertas ¹, pueblos nómadas del alto Nilo. Schweinfurth le ha representado en la mano

¹ Se entiende bajo el nombre genérico de Bertas, todo el continente comprendido entre Dar-el-Berta y el Sur del Kordofan. Este territorio montuoso, ocupado por negros independientes, está dividido en pequeños reinos, cuyo jefe toma el título de *mélek*. Para la caza y la guerra desdeñan los arcos y las flechas de que se sirven los pueblos vecinos; no emplean más que la azagaya (lanza ó dardo pequeño arrojadizo), la espada y una corta maza.

Tienen un collar de hierro que es típico; el hombre

del famoso Mounza, rey de los Mombouttons.

La lanza está recamada con puntiagudos dientes de tiburón.

El derribado era el rey de una tribu invasora, cuya muerte causó espanto é hizo huir á todos los suyos, amedrentados y despavoridos.

La mujer salvada es una isleña de negros ojos y ardiente mirada, labios abultados, de torso y brazos desnudos, delicadamente torneados ¹; viste una saya de Pondichery, suave

que lo lleva no puede separarse de él, y la decapitación sola puede hacerlo perder.

(M. Hartmann: *Les peuples de l'Afrique*.—Ferd. Hofer: *L'Afrique australe*.)

¹ El seno, considerado como uno de los tesoros más preciados de la belleza, y al cual las indias consagran los cuidados más nimios para que la pureza de su línea permanezca intacta, se suele cubrir con tejidos transparentes ó con mallas de oro sembrado de brillantes, las cuales se prestan á las más ligeras palpitaciones.

(M. Alfred Grandidier: *Voyage dans les provinces méridionales de l'Inde*.—*Tour du monde*, 1869.)

como la seda ¹ y bordada de oro, manifestando en su ligereza y flexibilidad la muselina india, cuyos graciosos pliegues recuerdan el ropaje de la estatuaria griega, que ninguna tela europea puede imitar. ¿Es una reina india, ó es una de las favoritas del *mahl*? En el collar de perlas que rodea su cuello, se ve brillar el *tali*, prestándose á las más ligeras palpitaciones: en sus pendientes de oro y perlas, en sus ajorcas, pulseras y argollas

¹ Las mujeres Mogolas llevan velos de esa muselina lisa, suave como la seda, de una ligereza incomparable, sin perjuicio de su consistencia, que los Romanos llamaban *Ventus textilis et nebulosa linea*; porque desde la antigüedad estos productos han valido á los indios su gran renombre de ser los más hábiles tejedores del universo.

(A. Racinet: *Le Costume historique*. Paris, 1876.—Victor Jacquemont: *Voyage dans l'Inde*.)

Mahl, harem indio. (Véase el apéndice **B**.)

Tali, pequeña joya de oro, suspendida con un cordón, que el esposo ata al cuello de la esposa en las ceremonias de las bodas.

de pies, en los anillos que brillan en sus manos se reconoce á una india distinguida. Su cuerpo lustroso está cubierto del aromático polvo de sándalo ¹. ¿Tal vez lleve descubierto el seno por pertenecer á la casta *Tchegoí* ó á la de *Najer* ², que no pueden presentarse á la vista de un superior con el pecho cubierto? ¿Es una *radjptana* ³, noble escapada de la *zenanah*? ¿Es una mujer hermosa natural de

¹ Las mujeres frótanse el cuerpo con el jugo de la raíz del azafrán, lavándose en seguida de modo que no quede más que un tinte general, casi indeterminado, perfumándose después con polvos de sándalo.

(Ferrario: *L'Hindoustan*. — M. Guil. Lejean: *Le Pendjab et le Cachemire*.)

² «Les femmes de la caste *Tchegoí* ou Tier, ainsi que celles des *Najer*, ne peuvent paraître avec le sein couvert en présence des personnes au-dessus d'elles. Cet usage est général au Malabar et dans tout le reste de la Péninsule.» (*Lettres de Lázaro Papi*.)

³ Las mujeres *radjptanas* son generalmente altas, bien formadas, y algunas muy bellas. Las nobles viven encerradas en la *Zenanah*; las otras son libres y salen con el rostro descubierto; pero tienden con modestia

Rotti, donde nacen las circasianas de la Oceanía? Así al menos lo demuestra la provocativa belleza de sus formas. ¿Quién será? se preguntaba Carlos, mientras caminaba al lado de la joven, que llena de gratitud le llevaba de la mano al centro del campamento.

Mas hé aquí que mientras se acercaban á la muchedumbre, ésta se agita, danza locamente llenando los aires de gritos atronadores. Saludaban á su soberana y demostrábanle su inmensa alegría.

su *sari* sobre la faz cuando se creen observadas por un europeo.

Estas mujeres llevan la basquiña plegada, el ligero corsé que no cubre más que el seno y las espaldas, la manteleta de gasa ó de seda con que se envuelven el busto al mismo tiempo que la cabeza. Se atavían de una cantidad prodigiosa de adornos de oro y plata, como las mujeres de todas las razas de la India.

(M. Alfred Maury: *Le Brahmanisme*, *Encyclopédie moderne*, Firmin-Didot.—M. Alfred Grandidier: *Voyage dans les provinces méridionales de l'Inde*.—*Tour du monde*, 1869.)

Carlos comprendió entonces que aquella desconocida era la reina de la isla, y que le presentaba á su corte, la cual manifestaba su contento con un baile extraordinario, recordando las fantasías árabes dibujadas en alguna acuarela de Fortuny ó en algún lienzo de Fromentin.

Regaláronle como trofeos de victoria despojos de carne humana ¹, un escudo de piel de elefante, semejante al *scutum* romano; un cris morisco y un *khouttar* con sus vainas de

¹ De Bry (de Caffrorum militia) reproche aux Abyssins un trait de leurs mœurs militaires dont l'usage se perpétue aussi en Cafrerie, c'est de se faire un horrible trophée de dépouilles charnelles enlevées aux morts sur les champs de batailles. *Victores cæsis excidunt pudenda, quæ exiccata regi offerunt*. (Véase *Voyage en Abyssinie*, par M. Guillaume Lejean.—*Croisière à la côte d'Afrique*, par M. le vice-amiral Fleuriot de Langle.—*L'Afrique australe, l'Afrique orientale*, par Ferd. Hoefler.)

Khouttar, puñal indio. Esta arma no se usa más que en el Indostán. Existe un ejemplar en el Museo del Louvre de Paris.

piel de serpiente, y bajo frases misteriosas confirióle la agradecida reina las plumas de avestruz para llevarlas en la cabeza como distintivo de reconocido valor.

Reuniéronse en un paraje, á la sombra de los cañaverales, todos los guerreros, casi desnudos, con *pukoyes* y sombreros de la más rica variedad, así de pieles de mono, antílope, tigre y hojas de palma aquellos, como de colas y plumas vistosas estos, ostentando en sus manos arcos, flechas, lanzas, crices, sables, hachas, sin faltar aquella que se ve en manos de ciertos faraones en las pinturas de Bet-Oually.

Salieron luego en larga procesión las mujeres del pueblo, saludando á la reina victoriosa, y llamó la atención de Carlos la pasmosa variedad de peinados, de igual modo

Pukoyes, hojas ó tela que cubre las partes pudendas.

que en las bajas regiones de la Cafrería no había dos peinados iguales, sobresaliendo el que se parecía á un casco, adornado con su cimera, de caracter severo, para cuya confección se necesitan muchos días¹.

La variedad de los trajes demostraba las diferentes regiones á que pertenecían aquellas mujeres arrancadas sin duda alguna de sus hogares; pero en todas ellas era común el uso de pomadas y aceites untados en el cuerpo, para preservarlos de los rayos del sol; abundaban los adornos de cascabel, abalorios, corales y los *cauris*, pequeños moluscos que sirven también de moneda, distinguiéndose el collar de hierro del que no pueden desprenderse sino por decapitación.

¹ Se alude al peinado de los pueblos africanos del Gabon, pertenecientes á la familia Senegambiana. (Véase *Le Gabon*, par M. le Dr. Griffon du Bellay.— *La Sénégambie et la Guinée*, par M. Ambr. Tardieu.— *Les peuples de l'Afrique*, par M. Hartmann.)

Encendieron grandes hogueras alrededor del campamento, y se colocaron en medio una docena de bailarinas. Principiaron las *devadâses* á girar en torno de sí, y el pueblo las saludó con veneración; ellas no danzan más que en los días de gran solemnidad, delante de sus dioses. Luego siguieron las *nartachis*, *varangana* y *veschastri*, que acompañan las procesiones triunfales; y después, en medio de una alegría expansiva, popular, al compás de canciones amorosas acompañadas de los instrumentos musicales el *tourti*, el *matalan* y el *tal*, las

Devadâses, bailarinas que viven encerradas en el templo, consagradas al culto.

Nartachis, **varangana** y **veschastri**, bailarinas que viven fuera del templo y acompañan las procesiones en ciertas solemnidades.

Tourti ó **tourry**, especie de gaita.

Matalan, tamborcito sujeto á la cintura; se toca con las manos, sirviendo los dedos de palillos.

Tal, pequeños timbales de metal. (Véase F. J. Fé-tis, *Histoire générale de la musique*.)

cancenis (las *bayaderas de la Oceanía*) agitaron sus flexibles caderas, excitando los sentidos. Llevan la vestidura semejante á la de *Latchimi*, diosa de la belleza, madre de Amanga, dios del amor; bailan; sus movimientos son tan flexibles, tan rápidos, tan vertiginosos que á uno de sus veloces giros caen de golpe sobre la arena.

Tik, que así se llamaba la reina, presencia el espectáculo con gran dolor, bajo una sombrilla de plumas, al soplo de varios *pounnoyas*, abanicos agitados dulcemente por

Cancenis, bailarinas del pueblo conocidas también con el nombre de *hijas de la danza*.

(Bose: *The Hindoos as they are*. Londres, 1881.—Bray de Saint-Pol-Lias: *Pérak et les Oranges*. Sakeys, 1883.) (Véase el apéndice **B**, *Bailarinas de la India*) donde se explican sus danzas, sus trajes y sus joyas.,

Latchimi, mujer de Vichnou, la Venus de la India.

Pounnoyas. Los primeros abanicos en la India eran hojas de palmeras; se servía también de mosque-ros hechos con la cola del *yak*, nombre tibeciano del buey gruñidor, con arreglo á la relación de Fa-hian.

esclavos. Así pasaron el día de la victoria.

A la mañana siguiente, recogieron los cadáveres de los héroes tendidos en el campo de batalla, y hallaron también el del *rajah*, rey de la isla, con el pecho cubierto de heridas, formándose una tumba de gloria, cubierta de su propia sangre. Tendiéronlos en palanquines adornados de ramas y flores.

La reina, entre sollozos y lágrimas, lava, perfuma, y cubre de flores el cadáver del *rajah* y después de haber besado una á una las heridas y el pecho, lo guardó en un *jalledar*.

El cortejo fúnebre fué precedido por una banda de músicos; abría la marcha el *phounga* seguido del *tamburak* y del *puckaway*,

Jalledar, palanquín riquísimo que sólo lo usan los príncipes y rajahs.

Phounga, trompeta larga de cobre, llamada también *Taré*.

Tamburak, instrumento de cuerda el más antiguo de la India; se asemeja á la guitarra.

Puckaway, tambor de forma ligeramente elíptica semejante á los *cimbales* y al *derbouka* de los árabes.

detrás venían los portadores de objetos usados por los héroes, los de las vasijas de manteca clarificada y aceite perfumado, los de los tiestos de plantas, los de los cestillos de flores, y al fin los palanquines, el *dóli* con el *jalledar* á lo último. Formóse una gran hoguera, en torno de la cual, se colocaron las plantas y las flores, se la avivó con la manteca y aceite, y sobre ella se echaron los cadáveres entre los cánticos de los *hombres dos veces nacidos*¹ que ostentaban el *cordón sagrado*².

Terminó esta ceremonia religiosa el gran Sacerdote de la isla, con su canto brahamánico, quien mostrando el cordón santo sobre

Dóli, palanquín de mujeres ricas.

¹ Sacerdotes brahmanes.

² Insignia del sacerdocio.

(Véase Victor Jacquemont: *Voyage dans l'Inde*.—Dubois de Jancigny: *L'Inde*.—Didot: *Univers pittoresque*.—Ferrario: *L'Inde*.)

las espaldas, el rosario en la mano, el *kousa* en el dedo, la frente marcada de ceniza, parecía un *Djâmadagni*.

Carlos proclamado jefe de tribu, á pesar suyo, teniendo que recibir los homenajes de aquella corte salvaje de ceremoniales tan varios y extraños, no sabía cómo huir, ni cómo orientarse para volver á Manila, ó al menos comunicarse con Nínay. En vano recorrió la isla de Norte á Sur, de Este á Oeste; en vano subió los más elevados picos, en vano se paseó una y mil veces por las desiertas playas para ver si descubría una vela salvadora, que llevara sus mensajes á su patria: solo veía el mar desierto y sin límites, y por mensajeros, las aves revoloteando alegres sobre su cabe-

Kousa, especie de hierba que usan los indios en muchas ceremonias religiosas: *poa cynosuroides*.

Djâmadagni es uno de los siete Richis primitivos que habitan la constelación de la Gran Osa; es hijo de Richika, padre de Paracurama; fué muerto por los hijos de Kartavirya. (*Vichnu-Purâna*.)

za ¡cuántas veces mirándolas pasar rápidas envidió su suerte! ¡cuántas hubiera querido poner su pensamiento en sus alas!

Y en tanto, la soberana de piel reluciente y esculturales formas, ¿en qué pensaba? ¿llo-raba aún la muerte de su esposo? ¿se encerraba en la *zenanah* para gemir entre sus esclavas? ¿llevaba aún á la empinada roca, depositaria de los restos del rajah, las flores de su viudez?

Tik, sola y triste se sienta en la cima de una montaña; persigue con la mirada á un hombre que se pasea en la playa, que sube los más elevados picos, que mira con envidia el rápido volar de las aves... y este hombre es el extranjero que le arrancó de las garras de los feroces invasores, librando á su pueblo de la esclavitud.

Pero el extranjero no piensa en sus triunfos, ni en el homenaje que le rinden sumisos los vasallos.

La reina busca en los ojos de Carlos el fue-

go que arde en su corazón, y solo encuentra las miradas frías de la indiferencia. Tik, herida por el dios armado de flechas y de flores, *Kâma*, gime y padece en la soledad.

Corrieron los días; pasaron los meses; durante ellos hora por hora, iba Carlos á la playa por encontrar una esperanza, y volvía siempre con el mismo desengaño, con la misma tristeza en el alma. Más de una vez, en su loca desesperación, quiso atravesar á nado el mar. Pero, ¿hacia qué parte? ¿sabía acaso el nombre de la isla, una de las mil que pueblan el Océano más grande de la tierra? Muchas veces en los tormentos de su dolor, pensó en la muerte.

Una noche serena, subió á la cúspide de un monte; clavó su ardiente mirada en el cielo, y vió el tranquilo fulgor de las indiferentes estrellas; miró al mar, y contempló las espumosas aguas, que depositaban en la playa los despojos de las olas; se fijó en el abismo que formaban las rocas á sus piés, y pensó

buscar en el oscuro fondo un asilo seguro para su acerbo dolor. Entonces resolvió morir; pero en el momento de lanzarse al abismo, sintióse detenido por mano nerviosa; volvióse airado y reconoció á Tik, á la soberana de la isla:

—¿Qué me quieres?—dijo.

La reina contestó enérgica y apasionada, mostrando su desnudo pecho, todo agitado y convulso:

—Buscas el abismo, y lo tienes sin igual en mi corazón; lánzate á él, seguro de no encontrar su fondo.

Carlos la miró sorprendido, y vió en el centelleo de aquellas miradas la lava de pasiones que desbordaba de un pecho volcánico.

En aquel instante se oyó la gritería formidable de una multitud que escalaba la elevada cima: era el pueblo que venía buscando á su reina.

—Salvaos, salvaos, reina querida,—gritaban desesperados; una tribu enemiga invade

nuestros campos, destruye las empalizadas, tala nuestras tiendas, y se hace dueña de la isla.

La joven se dirige entonces á Carlos y le dice estrechándole amorosa:

—El destino dispone que muera contigo; soy dichosa.

—Huid, huid,—continuaba gritando el pueblo,—tras nosotros sube el invasor; ya escalan el pico; ya llegan.

En efecto, oíanse cada vez más cerca el vocerío de los vencedores, que escalaban las rocas.

Carlos dice á Tik:

—Sálvate; vive para tu pueblo. Yo no tengo patria, ni hogar y debo morir.

—Para qué la vida sin tí,—replicó la apasionada isleña,—pues que deseas la muerte, quiero también morir; al menos la muerte me unirá contigo.

El invasor gana la altura; los últimos súbditos que defienden á su reina luchan con

desesperación por salvarla; levantan con sus cuerpos barrera formidable.

Carlos y la reina se encuentran frente á frente; la muerte les rodea; detrás el abismo, delante el invasor. Carlos enardecido, defiende á Tik; arremete contra el enemigo, y se abre paso con su cortante *campilán*, repartiendo el terror y la muerte; mas, una saeta envenenada se clava en el pecho de la reina, que envolviendo á Carlos en una mirada de amor, murmuró:

—¡Oh, sálvate; en la gruta de la playa hallarás mis tesoros, sálvalos, tuyos son; mi destino se ha cumplido: muero en tus brazos!

Carlos, en medio de la confusión y oscuridad de la noche, esconde el cadáver de Tik en la indicada gruta, halla los tesoros,

Campilán, m. Sable recto y largo usado en Filipinas, cuya hoja va ensanchando progresivamente hasta la punta, y que tiene el puño de madera, sujeto á la espiga con bejuco. (*Dic.* por la Acad. Esp.)

llega á la playa, apodérase de una canoa invasora, agita los remos, y se pierde en la inmensidad.

*
* * *

Volvamos á aquella casa, recostada en medio de un precioso jardín, cerca de la orilla del Pásig, cuyos moradores supieron convertirla en mansión peregrina.

Han transcurrido tres años. La naturaleza que la rodea nada ha cambiado en su esplendor. Como siempre, desde sus ventanas disfrútase de un magnífico paisaje.

Al frente, y besando la verde alfombra que pisan los muros, preséntase abundoso el río, que al través de pintorescos grupos de balanceantes cañas y aéreas bongas, extendidas á la otra ribera como transparente cortina, se deja observar en largas revueltas, acariciando casas de nipa con sus palomares, casas de piedra con iglesias y torres.

Por Occidente contémpanse las montañas elevadas de Mariveles, esperando el reposo del sol fatigado para adormecerle en sus bosques al compás de las aguas y las hojas. Claudio de Lorena, no tiene colores en su paleta para pintar el lánguido crepúsculo de ese sol, ni Ruysdael para copiar la melancolía de ese bosque. Preciso es pertenecer á nuestra raza para reproducir en el lienzo ese dulce y encantador espectáculo. ¡Cuán bello y sentido es mirar semejante panorama, cuando recibe la última mirada del día! ¡cuán triste murmura la fuente! ¡cuán hermosa cae la tarde! ¡cuánta regalada música en los ríos y en los mares, en los valles y las montañas, al descender el Ave-María! ¡cuántas lágrimas percíbense en ese adios de la luz tropical!

Por Oriente, vése un río; tras el río, un valle de flores, meciendo pintadas mariposas; tras el valle, la escala de siete montañas, coronada de ermitas; tras las ermitas, el

cielo azul lleno de gloria y de resplandores.

Pero ¡ay! el interior de la casa ha cambiado por completo. Aquella alegría, que se agitaba en ella al principio de esta historia, huyó rápida. Hoy reina la tristeza y el dolor. Sus ventanas, cerradas; las calles del jardín, cubiertas de hierbas; las flores, marchitas.

¿Qué se han hecho de sus moradores? Tantas alegres fiestas, tanto bullicio, tanta vida y animación ¿dónde se han ido?

D. Evaristo y doña Carmen, aquellos amantes padres, que labraban gozosos la dicha de todos los que les rodeaban, ¡ay! yacen en la tumba; él, en la nostalgia, muerto en el destierro; ella, enferma desde el día de la prisión al saber la pérdida de su esposo, sucumbió también de pena.

Pilar, la ingrata joven cuya pasión aciaga causó su propia ruina y la de los demás, huyó con el peso de su culpa á ocultarse en el pueblo natal.

Berto, el leal amigo de aquella desgraciada

familia, habiendo burlado las pesquisas de la justicia humana, merced á la compañía de tulisanes, vive en una modesta casa del laborioso barrio de Santa Cruz. Las bondadosas mujeres que vieron la justa lid en la cual pereció Federico, no quisieron ser infames deladoras del amigo protector.

¿Y Nínay? Miradla: camina lentamente por el sendero que conduce á la gruta, con las manos cruzadas, los ojos elevados al cielo, rodando por sus mejillas amargas lágrimas que van á perderse en su seno. Parece con su hermosura y sus penas infinitas una diosa errante caída en nuestro suelo, que recuerda la patria, la felicidad perdida. Llega al mangle confidente de sus amores; se detiene, y dulcemente se deja caer en un rústico banco, falta de fuerzas para luchar con su dolor. Su mirada, llena de melancolía, vaga por el espacio; sobre los valles, sobre las montañas se cierne su espíritu recordando tiempos que huyeron; en Manila, en Antipolo, en las ori-

llas del Pásig, en los paseos y caminos, mira los objetos mudos que fueron testigos de risueños planes y engañadoras ideas; en todas partes, ve las lágrimas de las cosas. Contempla el anillo, testimonio de fidelidad, y exclama: «Nunca, nunca te separarás de mí.» Y después de un breve rato repuso: «Y el que yo le dí, ¿dónde estará? ¡tal vez en la mano de otra!... Dios mío, ¿me habrá olvidado?... ¡ay la ausencia es tan ingrata!... ¡Y yo en tanto esperando hora por hora su vuelta!... ..Y aquellas dulces promesas que recrearon, y recrean mi alma con sólo el recuerdo, ¿habrán sido falsas?... no, no, eran sinceras; las recibía purísimas mi corazón. ¿Y por qué su amor no había de ser tan firme y tan constante como el mío? Han pasado los meses y los años, y mis sentimientos son puros é intensos como en los días felices en que nos jurábamos eterna unión aquí, bajo este árbol, bajo esta sombra amada. ¡Ah, Carlos mío! perdóname si un momento he dudado

de tu cariño; sí; tú me amas, y si no acudes á secar mis lágrimas, y á devolver la alegría á mi corazón, es que el Señor nos reserva esta felicidad para el cielo. Ruégale que me una pronto á ti... Padres míos, mirad vuestra hija; ¡todos me habéis abandonado! ¡cuán sola estoy, ay de mí!

Así exhala sus quejas; así pasa las horas y los días la desgraciada Nínay, como la infeliz abeja prisionera en el cáliz del loto, expresando en sentidos lamentos el abandono de sus compañeras.

Gallardos jóvenes solicitan su mano; sus parientes le aconsejan que corresponda á alguno; sus amigos la rodean; pero en vano, su corazón es fiel al recuerdo de Carlos; quiere vivir sola con su dolor. No halla consuelo en el mundo para sus amarguras. Busca un refugio en los brazos de la religión. Aliviando dolores ajenos mitiga sus propias penas.



IX.—PASIÁM

Al entrar en la casa de doña Margarita noté en el zaguán varios cajones de caña que encerraban animales de distintos géneros, como *tabones*, codornices, *labuyos*,

Tabon (*Mangapodius rubripes*), ave parecida á una gallina ordinaria, pero de patas más largas y uñas muy fuertes con que se sirve para escarbar la tierra. Tanto el macho como la hembra son de color negro leonado; viven ordinariamente en bandadas en los bosques. En la época de la reproducción se separan por parejas. El macho y su hembra buscan en los alrededores de los lagos ó de los ríos grandes masas de arena. En ésta hace un hoyo de ocho á diez piés de profundidad la hembra, y deposita en él un huevo,

jabalíes, venados, corderos y otros muchos. Los criados que los cuidaban me informaron que habían sido traídos por los parientes de la difunta, acabados de llegar de lejanos pueblos.

Subí y hallé en el descanso de la escalera

cubriéndolo cuidadosamente. Al día siguiente vuelve al mismo sitio, y haciendo la misma operación deposita un segundo huevo al lado del primero. Continúa así todos los días hasta que su postura, que se compone de ocho á diez huevos, termina. Estos huevos son muy grandes, mayor que el doble de los de gallina. La incubación se abandona al calor de la arena.

Durante este tiempo el macho y la hembra se alejan del hoyo por temor de que sea descubierto por su presencia. A época fija, que la naturaleza les indica, vuelven; la hembra se introduce de nuevo en la arena, rompe el primer huevo que ha puesto, y de él sale un polluelo que tiene la fuerza necesaria para seguir á su madre, la cual vuelve á cubrir el hoyo, repitiendo al día siguiente la misma operación, y así sucesivamente por el mismo orden con que los ha puesto. Toda la familia marcha entonces al bosque para vivir en común, hasta la vuelta de la época de la reproducción,

dos enormes conchas marinas llamadas *taclovos* del tamaño de las más grandes pilas bautismales, llenas de agua cristalina, y en la sala raras y hermosísimas flores del *jarro*, de la *bleda*, del

«El **taclovo** es un marisco inmenso, con cuya concha se suele hacer una gran pila para agua bendita, el cual, por decirlo así, se prende á sí mismo, pues cuando un buzo de los que van en busca de perlas descubre á uno de ellos, descuelga una cuerda sobre el cuerpo del animal, el cual cierra fuertemente las conchas y se ase por este medio al instrumento que de su elemento le saca.» (Mas: *Informe*, t. 1, «Animales», pág. 9.)

Jarro ó Batidor. «Esta planta es de las más raras y hermosas; se cría en Vintar de Ilocos. Cada hoja tiene uno como jarro, dentro del cual contiene sobre una taza de agua cristalina y muy buena para beber; el jarro tiene su tapadera que cierra tan exactamente la boca, que no se puede derramar el agua aunque soplen vientos fuertes y se vuelque el jarro. Para trasplantar esta planta se amarra á un árbol, raspándole antes la cabeza, y de este modo se abraza al árbol y prospera.» (Mas: *Informe*. «Vegetales», pág. 50.)

«En Humayas ví una Flor llamada **Bleda**, que es

tánag y de las *á mil leguas*, cubriendo el altar, y al pié de éste un petate donde se había esparcido una ligera capa de blanca ceniza, y ví en todos lados más profusión de adornos y de luces y mayor concurrencia que en noches pasadas. Esto último no me extrañó, por ser el noveno *pasiám*, y natural que acudieran á la casa todos los deu-

»como una Rosa de hojas grandes, y por la mañana
 »está blanca como la Nieve, á las nueve tiene un encarnado claro, y á medio día un rojo encendido, como
 »grana, y en él persevera hasta que se marchita.»

(Pedro Murillo Velarde, *Introducción á las crónicas franciscanas*, por Fr. Francisco de San Antonio.)

Tan-ag, árbol: sus flores son de un encarnado hermoso; la corteza es muy tenaz y se pueden hacer cuerdas de ella; los cogollos y hojas tiernas se comen cocidas; cura la sarna con lavarla con la decocción de estas hojas y aplicar las mismas hojas cocidas.

A mil leguas, planta: el olor de sus flores, transcendental á larga distancia, le ha dado este nombre, y se venden en Manila ensartadas entre flores de sampaguita, á manera de rosarios, siendo de mucho aprecio por el olor que comunican á la ropa.

dos y amigos. Mas las novedades que he mencionado excitaron vivamente mi curiosidad y la de los europeos. Preguntamos á Taric la causa de todo ello, y con su natural bondad nos contestó:

—Confieso que ignoro la significación de tantos detalles; á mí mismo me han sorprendido. Desde la llegada de doña Margarita se ha transformado esta casa en otra nueva, desconocida por completo. Dicha señora ha vivido siempre en las montañas de Mapisong, y sigue los consejos de la *catalòna* que ella ha traído para curar á su sobrina. Voy á preguntar á la sacerdotisa por el objeto de estas novedades, y daré á ustedes cuenta de lo que me refiera.

Taric se marchó, en efecto, á enterarse, y al cabo de buen rato volvió diciéndonos:

—Explicaré á ustedes lo que me han contado:

«Es antigua creencia que el alma del difunto vuelve á la casa al noveno día de su muerte para asistir al convite y conocer quiénes le dedican recuerdos, quiénes honran su memoria. Por esto se le prepara el agua en la escalera en señal de homenaje y para que mitigue su cansancio del largo viaje etéreo, y se extiende la ceniza sobre el petate para que los elegidos conozcan las huellas del sér glorificado. Por esto hay más esmero y más lujo, más adornos y más regalos á la familia, y mayor concurrencia y alegría en la morada.»¹

Y de tal explicación deduje que la creencia de la visita del alma es el origen del *pa-*

¹ La costumbre de celebrar el *Pasiám*, llamado antiguamente *Bitao*, dura sólo tres días ahora en Manila, y sin las supersticiones y detalles que aquí se mencionan. Véase el apéndice **C**.

siám, y de las grandes reuniones que se celebran después del entierro.

Mientras tanto los rezos se habían concluído, y comenzaron los cantos fúnebres.

Terminados estos, Taríc continuó la bella historia de Nínay del siguiente modo:

Carlos se alejó de la isla. Dejó correr su canoa al soplo del viento. Nuevo Eneas sobre las olas de la esperanza huyendo de Cartago. ¿Quién no recuerda en Tik la pasión de Dido?

Su alegría era inexplicable; veía la libertad flotar sobre las aguas. Después, la orilla desapareció; y se extendió á su mirada la inmensidad. Por todas partes abismos: arriba, los de la luz; abajo, los de las ondas. Lo inmenso, presentó á sus ojos la imagen del amor infinito: el cielo, envuelto en su manto de estrellas, bajaba misteriosamente á besar el seno de la mar palpitante.

«¡Oh, Nínay adorada! exclamaba, ¿te volveré á ver? ¿te encontraré cambiada? ¡cuántas habrán sido tus penas!... Tal vez no me reconocas al verme; mucho debo haber cambiado; cuando me descubra ante tí, te hablarán los hilos blancos de mi cabellera, los intensos padecimientos que he sufrido. ¡Tres años de martirio; tres años de soledad; tres años contados segundo por segundo!»

«He visto árboles espléndidos, flores hermosas, fuentes cristalinas. Pero no eran las fuentes que te retrataban; no eran las flores que te sonreían; no eran los árboles que te daban sombra. ¡No te veía y cuán solo estaba!»

«He vivido en medio de un pueblo numeroso que me recibió entusiasta como á héroe; que me ha obedecido como á rey; que me ha querido como amigo. ¡Pero no te veía y cuán sólo estaba!»

«He vivido en medio de jóvenes hermosas de dulce sonreír como la brisa de la mañana;

he sentido á mi lado el fuego de un volcán. ¡Pero no te veía y cuán solo estaba!»

Así se agita aquel pecho amante, mientras la canoa, en medio del seno tumultuoso de la creación, se balanceaba sobre las animadas olas. La fatiga le entrega al sueño, y el sueño dibuja en su fantasía la felicidad.

La luz de la aurora le despierta y le hace reconocer la barca. Era un esquife real morisco, dispuesto con necesarias provisiones para desafiar el aislamiento y las vicisitudes del mar.

Reparó en el regalo que había recibido de la reina Tik. Es una caja basta groseramente hecha de conchas de marisco; la abre y ve pepitas de oro nativo, perlas, brillantes y otras piedras preciosas; semejante á los palacios del Oriente, que escondiendo sus maravillas, no muestran al exterior más que tristes muros, así aquella caja, por fuera tosca, era por dentro deslumbradora. Carlos se creyó un momento mago de la Persia ó un

rey poderoso. Proyectos fantásticos cruzaron su mente.

Mientras tanto, la canoa bogaba, pero ¿hacia dónde? Carlos no lo sabía. Era imposible determinar su ruta, no teniendo un punto de comparación en un mar tan dilatado como el Pacífico; abandonó pues su suerte á la Providencia siguiendo el soplo del viento.

Pasaron días; ha aprendido ya las diferentes coloraciones del mar según el estado de la atmósfera, como el hombre según sus pensamientos ó caprichos: alegre y límpido, si en el cielo de su frente brilla la esperanza; sombrío y triste, si le oscurecen las nubes de la desesperación. Ha observado sus corrientes, sus ríos y riachuelos¹ formando ruidos como si pasasen sobre rocas, á semejanza de la corriente de sus ideas cuando pasan por las du-

¹ Llamados por los ingleses *Side Rips* (De Humboldt.)

das. Ha visto esas miriadas de insectos y peces que Michellet llama *hacedores de los mundos* como los mil recuerdos de su amada procreadores de ensueños y de delicias. Ha experimentado, en fin, que el mar es como la vida humana, lleno de fluctuaciones y vicisitudes diversas; se agita como un pecho amante; tiene arrebatos en sus volcanes submarinos; calma en sus días de bonanza, furor en sus tempestades; conserva secretos infinitos en sus abismos insondables; guarda esperanzas ilusorias, como las reverberaciones de sus aguas parecidas á las miradas de Ninay, que reflejan luz que viene de los astros, que reflejan luz que viene de Dios.

Al cabo de muchos días, sintió al fin la alegría del ilustre Genovés al descubrir las islas Lucayas, viendo las costas de Mindanao; allí le habían arrojado los vientos; allí celebró pactos de sangre con los Dattos, como lo hiciera Magallanes con los reyes de Cebú para ganar amistades y conquistar su reino. Como

Ulises, visitando Chipre, la Fenicia, el Egipto y la Libia, Carlos pasó en bancas, canoas ó en goletas las cien islas que forman el Archipiélago, esas islas semejantes á las de Grecia, que parecen mariposas revoloteando en los primeros rayos del sol para llenarse de poesía, de encantos y de riquezas. Y cuando podía contar cosas maravillosas de tierras desconocidas, como Herodoto en la antigüedad, ó como Marco Polo en los tiempos modernos, llegó al fin al deseado puerto de Manila.

El amor en la ausencia
es como el aire;
apaga el fuego chico,
y aviva el grande.

Y así fué, á la verdad, para Carlos; la ausencia encendió más su pasión y los dolores sufridos en el destierro daban á su vuelta á Manila más dulzuras y encantos. Con qué sedientos ojos miraba la playa, las casas, las calles; con qué avaro anhelo corría de un

lado á otro para ver si los objetos estaban en el mismo lugar en que los dejara.

Apenas puso los piés en tierra, corrió, mejor dicho, voló con las ansias de tan larga ausencia, al pueblo de Santa Cruz para ver al objeto único de sus deseos. Al pisar la calle de Carriedo, se estremeció; allí estaba la casa de Nínay. Entró en el zaguán sin preguntar, como lo hacía en otros tiempos; subió la escalera, comprimiendo su pecho por temor de que estallara de placer. ¡Oh, Nínay mía! se decía; yo sabré convertir nuestras penas en deleites; yo sabré tornar en flores todas las lágrimas.

Un caballero que salió á su encuentro, le pregunta:

—¿Á quién busca V.?

—¿Á quién? Á los señores Milo.

—Los señores Milo hace dos años que no existen.

—¡Qué dice V.!

—Que ya no existen.

—¿Y Nínay?

—Murió también para el mundo.

Estas palabras hieren el fondo del corazón de Carlos, que enmudece; siente la frialdad del sepulcro. ¿Cómo pintar la impresión de estas sencillas, pero las más desgarradoras palabras que le precipitaban desde lo más alto de los cielos de su alegría á lo más profundo de los abismos del dolor? El desconocido que las había pronunciado, notó la impresión causada en el joven, cuyo rostro se inmutara de repente; del color encendido de gozo que traía, vió cambiarse en mortal palidez.

Prodígale frases cariñosas y solícitos cuidados, los cuales mitigaron un tanto la intensa pena de Carlos, el cual, después de largo rato de silencio, preguntó al compasivo caballero:

—¿Me podría V. dar algunas noticias de los señores Milo?

—Yo no los he conocido; solamente he oído

hablar de ellos á un amigo que los trató mucho.

—¿Tendría la bondad de decirme el nombre de ese amigo?

—Berto.

—Es amigo mío también; ¿dónde vive?

—En la calle de Dulumbáyan, núm. 5.

Carlos se dirige apresurado á esta calle para buscar á Berto, quien, sorprendido de verle llegar, se queda inmóvil. Mas vuelto de la sorpresa se arroja en los brazos de Carlos.

Los dos amigos se estrecharon con tanto sentimiento, que conmovieron á las personas que lo presenciaban.

—¡Oh, cuán desgraciado soy! — exclamó Carlos, desprendiéndose de los brazos de su amigo.

—¿Cómo, hoy que vuelves á pisar nuestra tierra después de larga ausencia?

—¡Mi Nínay, mi vida ha muerto!!

—¿Quién te lo ha dicho?

—Fuí á su casa, y allí lo he sabido.



—Te han informado mal. Ella vive; es hermana de la Caridad.

—¡Hermana de la Caridad! ¡Muerta también para mí!

—No, aún puede ser tuya.

—Quiero verla, quiero verla, Berto.

—Vámonos, la encontraremos en el convento.

—Vámonos, pero antes guarda esta caja;—dijo Carlos entregándole aquella de Tik de tanta riqueza;—deseo que la custodies; es un tesoro que únicamente á tu lealtad confío, y si muero tuyo es.

Berto tomó la caja y la ocultó en el fondo secreto de un armario.

Los dos amigos se dirigieron al convento donde estaba Nínay, contándose sus respectivas historias.

Berto oía conmovido la vida de Carlos durante los tres años de ausencia, lejos de la patria, y comparando con la suya, asaz triste, recordaba aquella máxima de Tchou-Hi: «Tú

no tienes más que un asno por cabalgadura; un hombre marcha delante de tí montado sobre un buen caballo; tú te afliges, tú te desanimas. Vuelve la cabeza; ve esa multitud que te sigue á pié, encorvado bajo el peso de los fardos, y consuélate.»

Pero ¡ay! cuando los dos amigos estaban cerca, casi pisando el umbral del santo edificio; cuando Carlos tocaba su dicha de ver á la mujer adorada, se sintió acometido por el terrible mal que azotaba entonces la población de Manila: ¡el cólera!

Carlos hizo esfuerzos supremos para continuar su marcha, pero imposible; los terribles dolores que sentía le hicieron caer sin conocimiento, y como una masa inerte rodó por el suelo. Berto y algunos transeuntes acudieron en su auxilio; y viendo sus dedos ennegrecidos y fríos, comprendieron que era víctima de la epidemia. Fué conducido al Hospital como lugar más próximo para suministrarle los urgentes socorros.

Los atacados son numerosos, y el médico tarda en llegar hasta él; pero al fin le pulsa y le examina, y desahuciándole, ordena que alguna hermana de la Caridad le ayude á bien morir. Se acercó Sor Dolores. La santa hermana queda muda y estática ante aquellas facciones que tanto se parecían á la imagen que una vez se imprimió en el fondo de su pecho. En uno de los movimientos del espirante, Sor Dolores le ve en la mano el antiguo anillo *anteng-anteng*, que hábale entregado en el jardín de Santa Ana.

El corazón tranquilo salta apasionado y palpita violento en el delicadísimo seno de aquella virgen.

Carlos, en cuyos ojos moribundos brillaban las claridades de la verdad, al ver á la joven Religiosa la reconoce, y con esfuerzos lúgubres exclama:

— ¡Nínay... adorada!!

Estas palabras envueltas en los tristes gemidos de un agonizante excitaron la sorpre-

sa de los presentes, haciendo circular por las venas de la Religiosa un estremecimiento indefinible.

En vano Sor Dolores se esfuerza por dominar los impulsos de su sentimiento; en vano pide auxilio á la Religión, en vano invoca sus fervientes votos; la joven, sin poderse contener más, exclama arrebatada de tiernísimo amor:

— ¡Carlos mío, Carlos de mi vida!.....
.....

Berto presenciaba la escena con profunda aflicción y derramaba lágrimas silenciosas sobre el infeliz amigo, que se apoyaba en sus brazos.

Nínay cayó de rodillas junto al joven amado, y después de un breve, pero profundo silencio, estrechándole las manos, balbuceó acongojada del dolor con que por largo tiempo se había alimentado:

— Vuelvo á verte y me abandonas; ¿por qué te alejas otra vez de mí?

Esta pregunta, henchida de hondas quejas y ardientes lágrimas, escapada sin querer de los labios de la que tanto padecía, fué quizá el mayor martirio de la agonía de Carlos.

El moribundo fijó en ella la mirada llena de pasión, murmurando con infinita amargura:

—¿Por qué me alejo otra vez de tí? ¡Ay, Nínay!...

Y exhaló su último suspiro.

La joven Religiosa siente en su pecho una cruel herida, como si un puñal ardiendo atravesara su corazón; experimenta un terrible síncope. Llévanla á su lecho, rodeándola de cariño y de las mayores solitudes, y no pudo salir de él sino después de largo tiempo.

Doña Margarita Buísan, hermana de doña Carmen, que vivía en las soledades de Nueva Écija, apenas supo esta grave noticia, acudió presurosa al lado de su huérfana sobrina.

Aprovechando una ligera mejoría de la en-

ferma, la cariñosa tía pidió permiso y lo obtuvo de la superiora del convento para trasladar á Nínay á su casa de Santa Ana.

Gran satisfacción embargó el ánimo de doña Margarita al ver que su sobrina podía ser curada por una *catalona* de Mapisong, traída por ella con este objeto; pues es preciso advertir que doña Margarita, criada entre ideas y supersticiones antiguas del país, tenía fe ciega en los pronósticos de las sacerdotisas y en las invocaciones de los anitos, á pesar de ser devota apasionada de la Virgen y creer en los méritos de la Redención sacrosanta. La pobre señora atribuía las desgracias que habían sobrevenido á la casa de su hermana al hecho de salir de la familia el *anillo anteng-anteng*, pasando á manos extrañas. Mas ¡ay! ni los sortilegios y conjuros de la *catalona*, que cuidadosamente se ocultaban á Nínay, ni los incesantes cuidados de la cariñosa tía, ni los solícitos desvelos de los amigos, pudieron atajar los rápidos progresos de

la enfermedad y detener aquel espíritu que luchaba por desprenderse del mundo para volar á unirse con los seres amados.

*
* * *

El cólera seguía entretanto haciendo estragos; á montones se arrojaban los cadáveres en la fosa.

El amigo fiel hizo grandes esfuerzos, y al fin lo consiguió para poder enterrar los restos mortales de Carlos en un sepulcro separado.

Pilar, sabedora de la muerte de Carlos en Manila, quiso visitar su tumba. Estaba en ella orando un día, cuando aparecieron doña Margarita y Ninay.

Al ruido que producen las pisadas y el roce del vestido, Pilar alza los ojos y queda estática de asombro al reconocer á la joven.

Creyó al pronto fuese una encarnación de su cruel remordimiento.

Un temblor convulsivo invade su cuerpo. Durante un instante contempla sin pronunciar palabra, con una emoción inmensa aquel pálido semblante en que el dolor había marcado su huella, aquellos ojos enrojecidos por las lágrimas, y aquellos labios trémulos y descoloridos. Luego por un movimiento rápido se arrastra hacia Ninay, estrecha sus rodillas, y exclama:

—Perdón, perdón, pobre mártir.

—¿Por qué te he de perdonar, hermana mía?
—dijo la desventurada joven un tanto sorprendida; y cogiéndola con cariño quiso alzarla del suelo.

Mas Pilar risistiéndose la dijo:

—No, no, aquí de rodillas á tus pies debo estar toda la vida; yo soy la causa de tus desdichas. Por mí eres huérfana, por mí perdiste á Carlos. ¡Ah! mi funesta pasión, cual la lava del volcán lo asoló todo á su paso.

—¡Oh, Dios mío, otra desgracia más! ¿habrá perdido la razón?—exclamó Nínay mirándola compasiva y asustada.

—No, no estoy loca. Si lo estuviese cesarían mis crueles tormentos. Enamorada yo ciegamente de Carlos, concebí la idea de desunir vuestras almas. Yo fui quien sugirió la idea á Federico para que denunciara á tu padre. ¡Ay! los males se sucedieron unos á otros como las olas del mar de mis dolores. Esta idea hizo concebir también otra á Federico, cual fué denunciar á Carlos.

Nínay al escuchar tan terrible revelación, lanza un grito sordo y horrorizada retrocede algunos pasos increpando furiosa:

—¡Tú, fuístes tú la que hizo morir á mi padre en el destierro; á mi madre de dolor! ¡á ellos, que te acogieron y te amaron como á hija! ¡Tú la causa de la pérdida de Carlos!... ¡Tú me viste devorar hora por hora todas las amarguras de la vida, y tu corazón ingrato no tuvo un instante de compasión!

—¡Ah, Nínay! piedad, piedad, todas tus penas y sufrimientos no son comparables á los que sufro ahora. Si con mi sangre pudiera lavar mis faltas, derramaría hasta la última gota para volver á verte feliz. No compares tus penas á las mías. Por ellas tu conciencia pura te hace esperar un fin venturoso; ¡ay! por la mías, sólo el eterno martirio. Desde la partida de tu padre al destierro, no ceso de sufrir; los remordimientos destrozan mi corazón. Cada rayo de sol que nos alumbra, es una lima ardiente que tortura mi alma: no hay suspiro, ni hay voz humana que no sea para mí un grito de condenación.

—Ese es tu castigo,—dijo Nínay, y sus ojos relampaguearon.

Parecía en su explosión de ira el ángel vengador.

—¡Ese es mi castigo! para mí ya no hay misericordia, maldíceme; arrójame de tu lado; debo arder en el fuego de mi desesperación.

Nínay, alma generosa, como nube benéfica

que convierte la amarga ola en dulce lluvia, enternecida por las últimas palabras de la arrepentida joven, le tendió las manos, diciendo:

—Levántate, hermana mía. Tu confesión te purifica. No busquemos la felicidad en la tierra. Si grandes han sido tus culpas, Dios está para juzgarlas. Aquellos á quienes tanto ofendiste, te perdonen como te perdono yo.

.....

Y á la moribunda luz del sol que tras el monte se ocultaba, las dos jóvenes confundieron sus lágrimas y suspiros sobre una misma tumba.

Nueva emoción fué esta, para la delicada joven, que agravó notablemente su enfermedad. Dulce languidez sentía el cuerpo, mientras el alma se deleitaba entreviendo el cercano término de sus penas y el principio de

sus dichas. Y al fin, Nínay, pensando en Carlos como esos amorosos pajarillos¹ que en muriendo uno de ellos, sucumbe el otro de dolor, exhaló su último suspiro, cuando las *flores de la Oración* abrían su caliz, elevando su aroma al cielo.



Apenas Taric terminó la narración, nos acercamos á él para manifestarle nuestra gratitud. Luego fuimos á depositar en las manos de doña Margarita nuestras ofrendas, con el objeto de sufragar los gastos de las misas que habían de celebrarse al día siguiente por el alma de su difunta sobrina.

Y como en las noches anteriores, para

¹ Se alude á los pajarillos *mayas* (*Munia oryzivora*, Bonaparte), (*Passer jugiferus*, Temminck).

Las **Flores de la oración** se abren al anochecer, despidiendo penetrante y exquisito aroma, y cierran sus pétalos al primer rayo del sol.

dar fin á la ceremonia, nos dirigimos adonde estaba preparada la cena tradicional.

Sorprendiéronos allí un fenómeno particularísimo.

Las hojas que cubrían el sitio reservado á la finada arrojaban un extraño resplandor. Fijéme, y vi que las del balete habían sido reemplazadas con las del maravilloso *alinagnag*. Mas los europeos, que ignoraban la cualidad de esta planta, no salían de su

Alinagnag. «Hay muchos troncos y cañas cubiertos de limo, y también hongos y hojas de plantas que lucen á veces de noche como lumbre: hay una planta en especial de esta clase llamada *alimagnag* ó **alinagnag**. Ha habido españoles recién llegados que han querido encender un cigarro al ver esta luz. Tal vez proviene de animales microscópicos de la clase luciérnaga, pues refregada la hoja sobre la ropa deja rastros fulgentes.»

(Mas: *Informe*, «Vegetales», pág. 6.)

«Ay en estas Islas vnas Luciernagas, que llaman *Alitaptap*, que tienen tanta luz, que passandolas de noche por el renglon de vn Libro, se puede ir leyen-

estupor contemplando el ramaje luminoso, y se aproximaron para examinarlo sin poner en él las manos temerosos de quemarse.

Los referidos sucesos, las oraciones y cantos fúnebres, el aspecto singular de la casa mortuoria con los detalles supersticiosos, la tristeza y la alegría alternándose en los semblantes de los concurrentes, la algazara de risas y llantos que se mezclaban sin cesar, la pérdida de la sobrina ama-

»do, vuelan hasta los tejados, y los Arboles, y en algunos ay tantas, que parecen Arboles de Luz, lo que especialmente ví en la Isla de Sequijor, y creo que por esto la llamaron los primeros Conquistadores Isla de Fuegos. Y con esto se puede explicar vn Phenomeno, que observé en varias partes donde en medio de los Montes vía como una luz de una vara de diámetro con poca diferencia, y aunque me hacía fuerza, que naciésse de esto semejante luz, como me decian los Indios, por sèr aquella fija, y estáble, y andar estos Gusanillos en continuo movimiento, volando de aquí para allí, me responden, que en ha-

da, juntamente con la leyenda del regreso de las almas al hogar querido, los recuerdos de las antiguas creencias y costumbres, todas estas ideas se agolparon de súbito para herir la imaginación tranquila de aquellos habitantes del Norte.

Buscad un hombre nacido en la llanura, refractario á sortilegios y supersticiones, transportadle á los agrestes picos y brumosas montañas, y le veréis al cabo de los

»llando aquellas Yervezuelas, ó Zacate, que son de su
 »gusto se están quietos allí, royendo toda la noche: ó
 »siguiendo los Elementos Chímicos, pueden decir sus
 »Patronos, que son Gusanillos distintos; vnos, en que
 »prevalece lo espiritoso del Mercurio, y por esto son
 »inquietos, y volátiles; otros, que predomina lo olea-
 »ginoso del Sulfur, que sirviendole su viscosidad de
 »Glutino los tiene más permanentes, y fijos.

»En los Mares de Mindanao encontré varias veces
 »de noche muchos Pececillos pequeños juntos, como
 »en Esquadron, y forman como un Pescado mayor
 »que vna Ballena, y caminando por la superficie del

años cambiar poco á poco su imaginación, hinchíendola de visiones y fantasmas, de grutas y encantamientos. Así ocurre, por ejemplo, al castellano que se trasplanta á las abruptas regiones de Noruega. Llevad ahora á ese mismo hombre á estas zonas tropicales en que el cielo es más luminoso, la tierra más vigorosa; en que los valles se llenan de aromas embriagadores, las montañas se cubren de fuego abrasador, el sue-

»Agua hacen vna Estela, que parece vna luz grande,
 »dicen, que se juntan assi para atemorizàr à otros
 »Pescados, que los persiguen, y vsan de este ardid
 »guiados de aquello: *sed qui non prosunt singula junc-*
 »*ta juvant*, y les quadra el nombre, que es Ayuban.
 »Ay otro género de Pescadillos, que nadando por la
 »superficie del Agua de noche dejan un rastro de luz,
 »que en su tortuosidad parece vna Culebra.»

(P. Myrillo Velarde, en su *Sentir acerca de las Chronicas de la Santa Provincia de San Gregorio de las Islas Philippinas*, por Fr. Juan Francisco de San Antonio, S. Miguel, 1738.)

lo se sacude en fuertes terremotos; en que los arroyos se convierten en ríos y los ríos en mares, las plantas en árboles, en árboles que esconden sus copas en el seno de las nubes ¹; y las nubes preñadas de rayos y tempestades, y los ríos de caimanes al par que de pececillos de variados colores, y las montañas de búfalos y *saúas*, y las grutas de tornasoladas golondrinas y de

¹ «Hay en las islas maderas excelentes y de tamaños estupendos. El teniente coronel D. J. de Aguilar, que estuvo de alcalde en Caraga, me ha asegurado que ha visto canoas de 28 varas de largo y 3 de ancho de un solo trozo; y que hay por aquel país árboles tan altos que los pájaros en sus copas están fuera del alcance de una escopeta.»

(Mas: *Informe*, «Vegetales», pág. 4.)

«Un gobernador de la isla de *Negros* hizo construir de una sola pieza, una goleta, á la que no añadió otra cosa, que los bordajes.»

(P. Bravo, *Diccionario*, t. I, pág. 34.)

La culebra que llaman **saúa** los tagalos, y *boa* los españoles, crece hasta 20 varas de largo y más de un

murciélagos colosales, y las praderas de gigantescas *pagalas* y de pajarillos rutilantes que forman sus nidos en el cáliz de una flor, y veréis á ese hombre que de calculador ó indiferente se torna en cierto modo visionario ó supersticioso á la vista de tanto lujo y tanta exuberancia, abriendo su inteligencia á lo maravilloso y su corazón á los sentimientos y preocupaciones que embargan al mismo indígena.

No es pues de extrañar la sorpresa y admiración de los europeos ante aquellas ho-

pié de grueso. Estos culebrones carecen de veneno, pero enroscados de medio cuerpo en un árbol arrebatan con la cola á un venado, lo suben y lo devoran. Algunos indios las cuidan en sus casas, y venden su excremento á los chinos, que lo pagan muy bien para ciertas medicinas.

(Fr. Joaquín Fonseca: *Historia de los PP. Dominicanos*, t. I, páginas 26 y 27.)

Pagala. Ave de cinco pies de altura. (*Pelecanus philippensis*, Gemlin), (*Procellaria gigantea*, Latham).

jas tal vez fulgurantes por haberlas ya tocado el alma que vuelve al noveno día á visitar el hogar querido.

Uno de ellos, vivamente excitado, preguntó á la *catalona*, que estaba cerca, señalando el fenómeno:

—¿A qué se debe ese prodigio?

—A la sustitución de las hojas del sagrado *Balete* por las del celestial *alinagnag*,—contestó la sacerdotisa.

Balete ó Baliti (*Ficus indica*). Arbol corpulentísimo, cuyas ramas se doblan hasta tocar á tierra, en donde prenden, y se hacen nuevos árboles abrazando estrechamente y ahogando á los que les han dado origen, y así sin cesar se agranda y se eleva de un modo fabuloso. (P. Blanco: *Flora*, pág. 677.)

«En el monte Manghiri en Camarines Sur, hay uno en cuya copa se ha fabricado una casa con dos pisos para estar al abrigo de los idólatras, en la cual hay tres cañones de á dos.»

(Mas: *Informe*, «Vegetales», pág. 17.)

Este árbol, según tradición, es la residencia de los *Nonos* (antepasados ó genios, espíritus (en China), dio-

—¿Y por qué ese cambio?

—Así como ustedes apelan á los cirios, lámparas y demás luces artificiales para honrar los muertos, nosotros preferimos esa divina iluminación que nos ofrece la

ses, Lares ó Penates (en Roma), etc.) Dos jóvenes se amaron apasionadamente, y guiados por el Amor, se refugiaron en el tronco de un corpulento y elevadísimo *Baliti*, huyendo de la maledicencia de los hombres. Allí esparcieron la tierra, único recuerdo que llevaron del hogar paterno; allí, *ella* sembraba toda clase de plantas, y *él* cuidaba todo género de animales; allí vivieron largos años, hasta que las nubes, cargadas de agua, se rompieron y anegaron toda la redondez de la tierra. Perecieron todos los hombres, menos ellos, y bajando las aguas poblaron otra vez el mundo con sus descendientes.

Sobre esta manera de explicar el origen de los filipinos y del género humano, el R. P. Fr. Juan Ferrando (*Historia de los PP. Dominicos en las Islas Filipinas*, t. I, pág. 45), dice:

«Los indios infieles que bajan á Nueva Vizcaya se incomodan si se les habla de religión: á las instancias de los PP. misioneros contestan francamente que

misma naturaleza. Según nuestras creencias, nada agrada tanto á los espíritus que vivieron entre nosotros como el resplandor de esas hojas empapadas en la luz de los cielos.

»ellos tambien tienen su Dios y almas de los difuntos
 »que los guardan, y que su religión consiste en buscar
 »oro, viajar y comerciar para comer y saciarse. Algu-
 »nos han opinado que descienden de los chinos; pero
 »tan lejos están ellos de pensarlo, que conservan en-
 »tre sus fábulas la tradición de haberse ahogado todos
 »los hombres en una grande inundación, y que sólo se
 »salvaron un hombre y una mujer en el encumbrado
 »monte Polac, de quienes dicen que descienden todos
 »los que componen su nación.»

Esta creencia procede sin duda alguna del continente asiático; pues es sabido que mucho antes que los españoles entraran en el archipiélago filipino se habían verificado varias irrupciones de mogoles, malayos y semitas, que habían arraigado en diferentes parajes del país.

Véase acerca de este asunto la magnífica obra escrita por el sabio escritor Raimundo Geler, titulado *Islas Filipinas*, cap. I, que copiamos en el apéndice **D**.

En esto dieron las tres de la mañana, y fatigado por el sueño, y sin esperanza de ver el alma de la joven, quizá por no ser yo de los elegidos, me retiré á casa con el propósito de escribir todo lo que oí y presencié en el Pasiám.



ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

APÉNDICE A.

NOTICIA DE LA IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA DE ANTIPOLLO,
Y ALGUNOS FAVORES SUYOS.

Quando *D. Iuan Niño de Tabora* venia por Governador de estas Islas, viò en la Parroquial de Acapulco vna Imagen de la Santisima Virgen, que de tal modo le llevò el afecto, y la atencion, que hizo todas las diligencias, para traerla por Protectora del viage. Y aunque vbo dificultad en darsela, sus ruegos, y promesas fueron poderosas, paraque consiguiese este celestial Thesoro, y con gran regocijo se embarcò en el Navio de estas Islas, à veinte y cinco de Marzo, de 1626. A su proteccion debieron el feliz viage los navegantes, aviendose librado de varios peligros. Llegò à Manila el Governador, y por el especial afecto, que tenia à la Compañia, juzgo,

nos diò esta Imagen, paraque se colocase en la magnifica Iglesia de Antipolo, que se estaba fabricando por aquel tiempo.....

En Antipolo estubo esta sagrada Imagen hasta el año de 1639. que los Sangleyes alzados invadieron el Pueblo, la alanzearon, y la pretendieron quemar en *Ginapao*, bosque distante vn quarto de legua del Pueblo, donde con otras alhajas de la Iglesia la avia escondido el P. Rector de esta Residencia. De alli la sacaron los Españoles, y se puso en Cavite, desde donde hizo varios viages à Nueva España, hasta que se restituyò à su antiguo Templo, el año de 1653. donde se colocò, y puso de asiento como en proprio domicilio con notable solemnidad. Pero en breve la sacò de alli la necesidad publica. Padecieron por aquel tiempo estas Islas golpes muy sensibles, y que les llegaba à lo vivo. Se perdiò el Galeon S. Diego de buelta de la Nueva España con la mayor parte de los intereses. Perdiòse el Galeon S. F. Xavier con mucha plata.....

En esta triste constitucion se acordò el Governador de estas Islas, D. Sabiniano Manrique de Lara de la Virgen de Antipolo, y le pareciò el mas pronto, y seguro remedio à tan grandes repetidas calamidades acudir à su Patrocinio. Por esto pidiò con instancia, que se embarcase en el Navio, que iba à Acapulco esta sagrada Imagen, por el bien comun de la tierra, y prometiò restituirla à su casa, remediada, como confiaba, la necesidad publica. Debajo de este seguro se embarcò el año de 1659. y el viage fue tan feliz, como se deseaba, pues no consta de averia, perdida, ni arribada hasta el año de 1662. que invernò en Acapulco el Galeon S. Ioseph.

521. Estubo colocada la Imagen en el Colateral de la Epistola del cruzero en vn retablo, en que se representaban los principales sucesos, y favores de esta Soberana Señora, hasta el año de 1684. que se puso *en vn bello Trono* dorado en el retablo del altar mayor. En la Iglesia se vè la historia del sacrilego

atrevimiento, con que la alanzearon los Sangleyes: el milagro, con que se librò del fuego, sin arder en medio de las llamas, la defensa de Cavite de la invasion de los Olandeses: el socorro, que la Virgen diò à varios Galeones nuestros, que peligraban en los mares combatidos de olas, vientos, y peligros.

La Imagen es de vara y quarta de alto, el aspecto es de vna rara Magestad, en que sobresalen con primor, la hermosura, la modestia, el agrado, y vn particularisimo ayre de soberania. Al mirarla, infunde à vn tiempo amor, devocion, confianza, y vn respeto reverente. Varias vezes se ha visto mudar de color el rostro, mostrando en el varios afectos, como atestiguò el Ilmo Señor Doctor Don Miguel Poblete, Arzobispo de Manila, testigo de mayor excepcion, no solo por su calidad, sino por la exaccion, con que, como Siervo fidelisimo de esta Señora, no apartaba sus ojos de sus ojos... Hasta aora conserva la Imagen las cicatrizes, que abrieron las sacri-

legas lanzas de los Sangleyes. Y aunque varias vezes se han procurado cubrir con encarnacion, al dia siguiente las hallaban descubiertas, siendo voluntad de esta Reyna manifestar à todo el mundo sus llagas.....

522. Su fiesta principal se celebra aora en la *primera Dominica de Mayo*. Y solo entonces parece estrecho su espacioso Templo por el grande concurso, que acude de todos aquellos contornos. Sale en procesion aquel dia, y toda la octava esta descubierta en medio del Cruzero, y todo el Novenario es frequente el concurso de los que vãn à confesar, y comulgar, y à venerar à la Santa Imagen, y festejarla con canciones, danzas, y otras demostraciones de regocijo. Y es cosa admirable en esta tierra, que aviendo tenido su elevacion, y decadencia casi todos los Santuarios de estas Islas, cuyo concurso, y frecuencia crece, ò decrece segun varias circunstancias; este Santuario ha tenido por muchos años vna devocion, y concurso estable sin decadencia.

Lo que ha nacido, de que en todos tiempos han experimētado los fieles en esta Soberana Señora amparo en todo genero de necesidades, como se vee en los casos siguientes, que constan comprobados en los archivos de dicho Pueblo.

Vn Indio, llamado *Iacinto Bernardo*, natural de Mandaloyon, iba vna vez à la Laguna de Bay embarcado, con el iban otro Indio, y su muger à sus tratos, llegaron à la barra de Taytay, donde encontraron dos embarcaciones, y en ellas quatro hombres. Las tres embarcaciones empezaron à navegar por la Laguna, y aviendo sobrevenido vna recia tempestad, se acogieron à una ensenadilla junto à Binangonan. Despues de cenar, acometieron los malvados de las otras embarcaciones à la de Iacinto Bernardo, y aviendo muerto al marido, y muger, dieron al dicho Iacinto siete heridas mortales; que huyendo de los agresores, se echò al agua, y clamando à la S^{ma} Virgen de Antipolo, hizo voto de servir vn año en aquella Iglesia, si le libraba de aquel peligro. Mas de docientas brazas fue nadando, hasta llegar à la orilla, donde estuvo quatro dias, y quatro noches: alli lo hallaron vnos Indios, y avisaron al Padre de Binangonan, que lo llevò à su casa, y lo curò con mucha caridad, hasta que quedò sano, y luego fue à Antipolo, donde cumpliò su

promesa, sirviendo vn año à la Virgen, à cuyo especial favor atribuyò su vida, y salud.

523. *Vna muger de Angono* iba à Antipolo vn Sabado de mañana à oir la Misa de la Virgen, y estando ya cerca de los guayabales de dicho Pueblo, le avisaron de parte de su marido, que bolviese à toda prisa à su casa, porque no se encontraba vn hijuelo suyo, como de tres años. La buena muger, encomendando su hijito à la Virgen, prosiguiò su camino, respondiendo al marido, que confiase en la Soberana Reyna. Oyò la Misa, y repitiò à la Señora la suplica de su hijo. Acabada la Misa, bolviò à su Pueblo, y hallò ya à su hijito en su casa, y averiguando el caso, le dixo el marido, que avia buscado à su hijito ayudado de otros muchos Indios en el rio, suponiendo, que no hallandose en el Pueblo, acaso se avia ido al rio, y de hecho fue asi. Buscaron al niño en el rio, y no hallandolo en la ribera, lo hallaron debajo del agua, pero sano, y sin lesion, y solo encontraron mojada la ropa. Y preguntando al niño, como no se avia ahogado, estando debajo del agua, le respondió, que vna Señora muy hermosa le avia librado, apartando el agua con la mano, paraque no se ahogase, hasta que lo hallò su Padre.....

(P. Pedro Mvrrillo Velarde: *Historia de la provincia de Philipinas*, segunda parte, libro III, cap. II, Manila, 1747. Véanse los capítulos I y III.)

APÉNDICE B.

BAILARINAS DE LA INDIA: SUS DANZAS, SUS TRAJES Y SUS JOYAS.—EL MAHL Ó EL HARÉM DE LA INDIA.

Hay tres clases de bailarinas:

1.^a Las *Devadâses*, que están consagradas al culto; cuidan del interior del templo; alumbran las lámparas y danzan delante de su Dios los días solemnes.

2.^a Las *Nartachis*, *Veschastri*, *Varangana*, etc., que acompañan las procesiones en ciertas solemnidades; pero no están encerradas en el interior del Templo.

3.^a Las *Cancenis*, *Nautch-girls* (hijas de la danza), conocidas bajo el nombre de *bayaderas* que les han dado los portugueses. Concurren á todas las fiestas y son llamadas en todas las casas ricas. Cantan y danzan. Su danza consiste en una pantomima amorosa. Las

nautchs ó danzas de las bayaderas son una de las diversiones favoritas de los ricos, y el acompañamiento obligado de toda fiesta.

El traje lujoso de estas bailarinas consiste: 1.^o, en una gorrita bordada de perlas, medio oculta por un *sari* transparente, velo inmenso que envuelve la cabeza, dejando descubierta la cara, y cae con amplitud por delante y por detrás; 2.^o, en un *puyjamas* (pantalón) de seda, bordado, sujeto á la cintura por un simple cordón; 3.^o, en un *kangra*, túnica amplia de tela preciosa, que cae hasta los tobillos en numerosos pliegues, teniendo únicamente estrechas las mangas, que llegan hasta la muñeca. Sobre esta túnica llevan el *choli*, chaquetita que sólo baja á la altura del nacimiento del pecho, con mangas muy cortas. En estos trajes el rojo domina; es el color emblema de la alegría y del placer, así como el negro es el del mal augurio.

Suelen llevar muchas joyas, no faltando nunca las sortijas, las pulseras y ajorcas, y el

doble collar de conchas ó perlas en el pecho.

Toda la fortuna del Indo está muchas veces convertida en joyas; se atribuye esta costumbre á un hábito adquirido bajo la antigua monarquía mogola; la religión del tirano musulmán le prohibía apropiarse los efectos de las mujeres; así que los indos, para sustraer sus riquezas de la avaricia del conquistador, las convertían en joyas de sus mujeres.

En sus bailes las bayaderas preludian ordinariamente dando unas vueltas con los brazos levantados; el *sari* ó velo transparente flota; el *kangra* se hincha y se desenvuelve en toda su amplitud. Los cascabeles de los brazaletes marcan el ritmo. En un momento dado se despojan del *choli* y del *kangras*, quedándose desnudas hasta la cintura; entonces por medio de hábiles graduaciones agítanse, desarrollando las fases obligadas del *nautch*, en cuya danza se combinan magnífica y hábilmente la gracia y voluptuosidad de los movimientos con el brillo de las joyas.

Suelen bailar también la danza de origen persa llamada *la abeja*, que es una de las más bonitas que he visto. Al compás de recitados poéticos la bailarina finge estar picada por una abeja, y afecta perseguirla, despojándose sucesivamente de todos sus vestidos. El cuerpo que exhibe así está muchas veces cubierto de pinturas (*tatouages*), representando flores, palmas, aves y hasta de grandes reptiles enroscados en las piernas. Hay bailarinas que emplean en este ejercicio una flexibilidad, una agilidad incomparables que ejecutan verdaderos prodigios.

(Véanse Bose: *The Hindoos as they are*, Londres, 1881, y Brau de Saint-Pol-Lias: *Pérak et les Orangs*, Sakeys, 1883.)

El *mahl* de los Indios corresponde al *harém* en el serrallo de la Persia y de la Turquía; y como el harém, es el lugar donde están encerradas las mujeres, y por lo mismo, impenetrable.

Bernier, que en calidad de médico fué in-

troducido muchas veces en el *máhl* de Aureng-Zeb por curar una mujer enferma, no ha podido jamás ver nada de sus cuartos interiores; se le envolvía la cabeza para introducirle.

Según el citado Doctor, en el *mahl* de Aureng-Zeb, que contenía dos mil mujeres ocupando un gran número de departamentos más ó menos suntuosos, conforme el rango, había pocos departamentos que no tuviesen hermosos paseos, lugares sombríos, pequeños lagos, fuentes, cascadas, grutas ofreciendo un retiro agradable durante el calor del día, y pabellones elevados para dormir al fresco. Había allí muchas cuadrillas de bailarinas y cantoras; cada reina y cada princesa tenía su orquesta particular; pero parecía que estas mujeres no residían en el palacio ó no se les llamaba más que de tarde en tarde en el *harem* para recrear al emperador.

Las mujeres esclavas ejecutan las obras serviles; el emperador mismo es servido por ellas. El Gran Mogol tiene una guardia per-

manente de cien mujeres tártaras, armadas de arco, puñal y cimitarra.

En los departamentos interiores, como en las puertas, hay una multitud de eunucos; el número de los que reciben encargos para fuera, á disposición de las mujeres, es prodigioso.

(Véanse Víctor Jacquemont, *Voyage dans l'Inde*.—M. L. Rousselet, *Inde des Radjahs* (Tour du Monde, 1870, 71).—Ferrario, *Le costume ancienne et moderne*.)



APÉNDICE C.

COSTUMBRES ANTIGUAS DE FILIPINAS SOBRE ENTIERROS,
LUTOS Y CEREMONIAS DEL « PASIÁM » Ó BITAO.

§ 439. En muriendo el Enfermo, se seguía el llanto de los Parientes, y Amigos, y aun de otros alquilados Plañideros, que lo tenían de Oficio, en que infertaban un canto melancólico en alabanza del muerto. Lababan, sahumaban, y amortajaban el cuerpo, y algunos le embalsamaban al uso de los Hebreos, con algunos licôres aromáticos, assi le enterraban con todo acompañamiento.

§ 440. La *Sepultura* de los Pobres era un hoyo, que hacian debajo de la misma Casa, que llaman *Silong*. A los Ricos, y Poderosos los tenían sin enterrar tres dias llorando, y cantando: hacian una Caja, ô Ataud de una

pieza, que era un Tronco de Arbol cabado, y le ajustaban bien la tapadera, para que no pudiesse entrar viento. Allì encerraban al Difunto, adornado de ricas presséas, y lamini-llas de Oro, especialmente sobre la boca; y como ordinariamente eran Maderas incorruptibles, las que usaban para esto, se hán hallado de este modo algunos cuerpos incorruptos, despues de largos años.

§ 441. En uno de tres lugares colocaban este Ataud con el cuerpo, segun la disposicion del Difunto. O en su misma casa, en lo mas alto, en uno como sobradillo, donde solian poner sus alhajas, y otros trastos: ô debajo de la Casa, que es el *Silong*, lebantado del Suelo; ô si era en el mismo Suelo, abrian un hoyo, y le cercaban de Varandillas sin cubrirlo, y allí depositaban la Caja con el Cuerpo: â otros los enterraban en los Campos, y en la Casa encendian fuegos, y ponian Guardias de vista, para que no viniésse el difunto â llevarse consigo â los vivos. Otros se

mandaban enterrar â las Riberas del Mar, en un lugar alto, para su veneracion, y culto; y se ponian Centinelas, paraque no passasse por alli Embarcacion alguna, por determinado tiempo.

§ 443. Al tercero, ô quarto dia del entierro concurría toda la parentela â la Casa del difunto; porq.^o decían, que en aquel día bolvíâ el al Mundo â visitarlos â ellos. Ponían, â la punta de la Escalera de la Casa, Agua en una Bacía, ô Barreño, paraque el difunto se labasse allí los pies, y se quitasse la Tierra del Sepulchro: tenían encendida una Candèla, todo aquel dia entero; tendían un Petate, ô Estera en el Suelo, y le polvoreaban de ceniza, para que dejasse allí señaladas las huellas el difunto; y para el tiempo de comer, dejaban en la Mesa el mejòr lugar vacío, para el huesped muerto: comian y bebían, como en un combite muy espléndido, y gastaban lo restante del dia en contar, y cantar las proèzas del difunto: y luego se iba â su

Casa cada uno; y â esta ceremònia llamaban **Tibao**. Este antiguo uso de esta concurrèncía aún le mantienen los Indios; pero está quitado todo lo supersticioso, y erròneo, y se juntan â rezar por el difunto: pero no carece de inconvenientes dignos de remedio.

§ 444. Los *Lutos* los explicaban con el ayuno, manteniéndose solo con legumbres en aquellos dias del duelo, y â este ayuno, ó abstinencia llamaban *Sipá* los Tagalos. En el vestido usaban los Bisayas el color blanco, como los Chinos, en señal de luto, y aún se usa en algunos Pueblos; pero en lo restante de las Islas, el color negro es el luto más usado: y con este modo de luto se cubren todo el Cuerpo de tal modo, que no se les vé el rostro â los enlutados, especialmente â las mugeres, y si es luto entero. En este no pueden los hombres traer sombrero, sino un paño negro en la Cabeza rodeado. Por cualquier pariente difunto traen luto, aunque sea de distante grado; pero segun el grado de parentesco, es

lo más, ó menos del luto, assì en la forma, como en la duracion del tiempo.

§ 445. De lo dicho se infiere la creéncia, que tenian estos Indios de la *Transmigracion* de las Almas de los difuntos: etc.

(Fr. Juan Francisco de San Antonio: *Descripcion Histórica, Geografica, Topografica de las Islas Filipinas; Principios de las Chronicas de la Provincia de San Gregorio*, parte 1, libro 1, cap. XLIII, páginas 152, 153 y 154, Manila, 1738.)

APÉNDICE D.

HABITANTES DE FILIPINAS Á LA LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES.

Es una creencia común que, las islas descubiertas por Hernando de Magallanes en Marzo de 1521, se encontraban pobladas por una raza completamente salvaje. Error tan grande merece se rectifique.

No fueron los españoles los primeros conquistadores de aquel archipiélago. Les precedieron en la empresa los indios del continente asiático.

La escasa raza primitiva que poblaba las islas, ántes de la invasión de los últimos, era semejante á la de los negros de Nueva-Guinea, si bien la filipina ni tenía la piel tan oscura, ni sus facciones eran tan irregulares, á juzgar por los pocos restos que de ella pueden verse aún.

El establecimiento de los indios, que alcanzaban ya entonces un grado mayor de civilización que los pobladores indígenas, hizo que estos últimos se refugiaron en el interior de los bosques.....

El imperfecto conocimiento que de la lengua árabe tenemos aún, y las pocas traducciones que existen de los más notables escritores de aquel país, no han sido suficientes para que se conozcan con perfección sus grandes trabajos geográficos.....

De lo que no resulta duda es, que visitaron los mares de Malaca, Siam y la Cochinchina, sin que se internaran en el interior, así como que entraron sus frágiles embarcaciones hasta el puerto de Kan-Fou, hoy Cantón. Consta también, que á consecuencia de la alianza de la dinastía china de los Tang con la árabe de los Abbassidas, estos se establecieron en Cantón, obteniendo jurisdicción propia y el libre ejercicio de su culto.....

Sabios orientalistas, según el historiador

Sherer, han alegado razones muy plausibles para reconocer entre los descubrimientos de que hablan las narraciones de los viajes de los árabes, á Sumatra en Kala, Java en Djabba, y Borneo en Suborma, por las grandes concordancias que presentan las producciones citadas en primera línea por los navegantes, y las de las islas dichas, así como por las descripciones de los accidentes geográficos que estos han hecho y aquellas tienen.

Según aquel historiador, háblannos también aquellas narraciones, de las por su riqueza fabulosas islas de Warkwak, que se encontraban después de Suborma (Borneo), y que algunos se han imaginado fueran las Molucas. Nosotros, por nuestra parte, creemos reconocerlas en la Paragua y adyacentes.

La seductora perspectiva que estas islas presentan, con sus costas en que se destacan majestuosas palmeras; sus valles vestidos con una vegetación exuberante; sus llanos, cu-

biertos de menuda hierba, y sus altas montañas, que ostentan orgullosas corpulentos árboles, y en cuyos bosques no ha penetrado aún la luz del sol, son motivos más que suficientes para exaltar la ardiente imaginación de los hijos del desierto.

La semejanza que, además, se nota en la percepción del sonido que se obtiene, en virtud de la emisión de la palabra Warkwak, y la del nombre que hoy lleva la pequeña isla de Balabag, situada entre Borneo y la Paragua, presta más fuerza á esta opinión, é insistimos en ella, porque la riqueza de aquel reducido y privilegiado suelo es digna de que con razón se la califique de *fabulosa*.....

Admitida la llegada de los árabes á Borneo, deben desaparecer las dudas de si estuvieron ó no en las islas Filipinas. Natural era que así fuera, si intentaron buscar la ruta de Cantón como término de su penosa é inmensa navegación. Para ello debieron dirigirse hacia el N., derrotero que no hubieran podi-

do seguir sin dar con la Paragua ó Mindanao, Calamianes y Mindoro ó las Visayas, y por último con Luzón. Este viaje, por otra parte, no puede considerarse de alta mar, por la proximidad de unas islas á otras.

Los invasores ocuparon las costas y los llanos, y á la llegada de los españoles, es ciertísimo que, el país estaba muy lejos del atraso en que encontramos á las Américas.

Las Filipinas se hallaban casi en análogas condiciones que los territorios que, durante el siglo xvi, constituyeron el vasto imperio colonial de los portugueses en Asia, porque su civilización era muy parecida á la del pueblo originario.

La historia de las conquistas practicadas por el heróico Almeida y el inteligente Alburquerque, y sus tratados con los reyezuelos de Cochin y Cananor, etc., que tienen una gran analogía con la de los primeros conquistadores españoles y los reyezuelos de Manila, Cebú, etc., y la semejanza que con el

malayo tienen los distintos dialectos que se hablan en el archipiélago, comprueban la verdad de lo dicho y de la procedencia asiática de la raza filipina.

La historia mercantil de los árabes presta sobrados motivos para sospechar, que estos llegaron también á visitar y á establecerse en nuestra colonia, en las remotas épocas de sus viajes y exploraciones geográficas.

Constantes intermediarios del comercio terrestre y marítimo entre la Europa y la India, antes del descubrimiento del paso del Cabo de Buena Esperanza, sábese que recorrieron todo el litoral del Asia hasta Malaca, practicando después sus exploraciones, unas veces hacia el NE. y otras hacia el SE.

Aun dado el caso que los árabes no hubieran tomado la posible dirección que hemos indicado, ni que hubieran tampoco intentado descansar de su expedición en Cantón, hay otro motivo para suponer fundadamente llegaron por aquellos tiempos á las Filipinas.

La situación topográfica del archipiélago de Joló, entre las dos grandes islas de Borneo y Mindanao, que por idénticas razones lo mismo podría considerarse adyacente de una que de otra isla, por su gran proximidad á ambas, debió mantener ya relaciones con las dos, que es imposible no hubieran notado los árabes para continuar sus exploraciones hasta Luzón.

Esta opinión es muy verosímil, porque existen pruebas de que los habitantes de las Visayas son originarios de la raza de la isla de Macasar, á donde se duda si llegaron los árabes; pero que estando esta mucho más distante de las Filipinas que Borneo, en donde se puede sentar como exacto que estuvieron, no es de presumir, que teniendo esta isla mejores medios de comunicación que la de Macasar con aquellas, no hubieran existido relaciones con las islas del N. en algún tiempo.

Confirman todo lo dicho los historiadores de la conquista española, que aseguran haber encontrado el mahometismo en varias de

las islas, y aun en Manila, cuyos moradores se abrigan con un chaleco holgado, pantalón ancho y corto, á semejanza de los zara-güelles de Valencia, y la cabeza de un turbante ligero, como los árabes.

El ejercicio de la piratería, tan común en estos, se hallaba también en práctica en Filipinas, y en tan gran escala, que el primer gobernador español que, siguiendo la huella de Magallanes, trató de establecerse en Cebú, capital de las Visayas, tuvo que abandonar su propósito y buscar el centro de sus operaciones en la grande isla de Luzón.

Todas estas circunstancias acusan indudablemente una larga residencia del elemento árabe en Filipinas; y de tal manera ha influido en aquel país, que todavía hoy se encuentran las islas del S. sujetas á la ley de Mahoma y regidas por un sultán.

Lo que quizá pudiera ser objeto de controversia, es la averiguación de cuál fué la raza que con anterioridad á la otra contribuyó á

que los indígenas del país se refugiaran en los bosques y las montañas.

La ruta que hemos descrito, que debieron emplear los árabes pasando por Malaca, Sumatra y Borneo, es también la misma que á nuestro juicio debieron seguir los indios, como más natural, dado el atraso de la navegación en aquellos tiempos; y de presumir es que, tanto por lo considerable de la población malaya ya existente en la época del descubrimiento, como por la proximidad de Filipinas y la India, fueran los habitantes de esta los primeros emigrantes, y que los árabes al llegar á Sumatra siguieron la ruta que debieron indicarles los naturales de este país.

Su arribada á las islas de la Sonda; su centro de operaciones mercantiles en Kan-Fou (Cantón); el espíritu guerrero y emprendedor de la raza que no los había detenido en sus costas, sino que los hacía llegar hasta donde se levantaba el sol; el ejercicio del comercio

recomendado por el Coran, y la vehemencia de sus deseos en la propagación de su fe, entonces en todo su empuje y esplendor, tenían necesariamente que haberles hecho emprender muchas excursiones en el sentido indicado, que apoyadas en su factoría de la China, contribuyeron después quizá á la emigración de los pobladores de esta, incapaces por sí mismos entonces de tales empresas.

Una particularidad que se nota en la historia de Filipinas, es que los japoneses, aislados del resto del mundo, sostenían ya á la llegada de los españoles, relaciones comerciales con aquellas islas, estableciéndose muchos de ellos en sus principales poblaciones.

(Raimundo Geler, *Islas Filipinas*, cap. 1.)

